

Carmencita Revisited

Santiago Martín Bermúdez

PERSONAJES

CARMENCITA.

FERMÍN DE LA ROSA, *su marido.*

ALBERTO RUBIO, *invitado de ambos.*

EL CHOFER/ MIGUEL.

EL MAYORDOMO.

EL SECRETARIO.

La comedia *Carmencita revisited* se divide en cinco escenas. La acción tiene lugar en «Villa Carmencita», donde vive el matrimonio formado por CARMENCITA y FERMÍN DE LA ROSA, y se desarrolla entre las tres de la madrugada y las nueve de la noche de un hermoso día de primavera del año 1988. Sus personajes son seis y sólo uno de ellos es femenino. Ninguno es secundario, todos cumplen un cometido importante a lo largo de la acción.

Provisionalmente podemos identificarlos así:

Al final se incluye una relación de fragmentos musicales sugeridos para determinados momentos, a modo de música incidental.

Ya que el texto puede parecer excesivo para una posible representación de esta comedia, el propio autor sugiere que se someta a cortes.

Escena I

Oscuro. Poco a poco se distingue la imagen de un video, que llega a hacerse nítida. Es la imagen de FERMÍN DE LA ROSA, que se vale de este medio para enviar el mensaje que ahora concluye.

FERMÍN.- (...) Porque, en efecto, he oído hablar mucho de usted, y muy bien. Por eso, mi mujer y yo queremos invitarlo a la fiesta que preparamos, una fiesta que está abierta a muchos, pero que en la intimidad va a ser celebrada por unos pocos. Y entre esos pocos queremos que se encuentre usted, que conoció a mi esposa hace años, antes de partir usted al extranjero. Sé de sobra que es un hombre muy ocupado, un profesor de mérito que representa en ese país la fuerza de la cultura española. Pero quiero pedirle que haga un pequeño hueco para estar con nosotros, para felicitar como merece a mi esposa, a Carmencita, nuestra Carmencita. Ella quiere que usted esté aquí, en su cumpleaños. Y sé que va a usar alguna fórmula de las suyas para que usted acepte. Y yo, aunque no le conozco, también quiero que venga. Este país es muy distinto ya, como usted sabe. Anímese y vívalo con nosotros. Aunque sólo sea por unos días. Quién sabe si la llamada dormida de su tierra no despertará en esta fiesta entrañable.

(Oscuro. Se disuelve lentamente la imagen del video. En plena oscuridad surge, tenue, un rumor de motores de avión. Una sutil iluminación y unas sombras sugieren un hombre sentado, que viaja en él. Lee una carta, aparentemente leída una y otra vez. Escuchamos la voz femenina de quien la escribió.)

CARMENCITA.- (Off.) Así es, mi querido, mi queridísimo Alberto. Tal vez tú seas de los que olvidan. Yo no he podido olvidar. No debería quejarme. No tengo razones para ello. Acaso tus éxitos te han hecho olvidar. Sólo te pido que vengas a esta fiesta. No temas que ese pasado te vuelva a atrapar. Pero puedes revivirlo. No fue tan desagradable. Ahora todo ha cambiado. Somos libres. Lástima que, por el camino, se hayan quedado algunos pedazos de nuestra alma, alguna ilusión, algún amor...

(Se disuelve la voz, aumenta el rumor de los motores. Poco después va desapareciendo éste y la voz regresa.)

Cuando llegues, sea la hora que sea, quiero verte. Daré órdenes en ese sentido. Que me despierten, si es necesario.

(Se disuelve de nuevo la voz, ahora bajo una música fragmento y, también, el motor del avión. El pasajero sigue leyendo, leyendo... Vuelve la oscuridad y, con ella, se impone un cambio sonoro. Muy tenuemente, antes de hacerse la luz sobre el decorado de la primera escena, suena de nuevo la música, que muy poco a poco aumenta de volumen, comienza a iluminarse la escena, y llega a su culminación al iluminarse plenamente. Desciende entonces, pero permanece al fondo, como una presencia escasamente manifiesta, hasta comenzados los diálogos.

Es el vestíbulo de la gran casa de CARMENCITA y FERMÍN DE LA ROSA. Puerta a la calle. Escalera hacia los pisos superiores. Alguna puerta más hacia distintas dependencias.

El sonido de otro motor, ahora un automóvil, se irá sobreponiendo a la música y la hace inaudible cuando el coche llega a la puerta de la casa. Tras detenerse, ruido de puertas, una pausa, y entra EL CHÓFER, con una maleta, que deja junto a la escalera. Enseguida, tras él, entra ALBERTO, con un maletín, despacio, curioso, como si intentara aprenderse la casa, los cuadros, los muebles...)

EL CHÓFER.- Acomódese, por favor. Enseguida aviso al mayordomo.

ALBERTO.- Le despertaremos, probablemente.

EL CHÓFER.- Él sabía de sobra la hora de su llegada. Está preparado para la sorpresa.

(EL CHÓFER llama por un teléfono. ALBERTO se sienta.)

El señor ha llegado (...) Puntual, sí (...) No lo sé, pero puede preguntárselo usted mismo (...) Sí, le haré compañía hasta que baje (...) Dése prisa, por favor, es muy tarde (...) Ah, entonces, allá usted. (Cuelga.)

ALBERTO.- Creo que les estoy causando problemas.

EL CHÓFER.- A mí, no. Pero el mayordomo es muy especial. **(Desea cambiar de asunto.)** Debe estar usted molido.

ALBERTO.- Bastante. **(Bosteza.)** Demasiadas horas de avión.

EL CHÓFER.- Tenga paciencia, entonces. El mayordomo tardará un poco en bajar. Estaba en la cama.

ALBERTO.- La verdad es que puedo acomodarme yo mismo. Vengo de un país donde no se estilan mayordomos.

EL CHÓFER.- Sería preferible que ahora no lo hiciera. No sería un problema para usted, pero podría serlo para el mayordomo y para mí mismo.

ALBERTO.- ¿Por qué?

EL CHÓFER.- Para el mayordomo, por no estar esperándolo. Para mí, por no entregarle en manos del mayordomo.

ALBERTO.- Está bien, si no puedo irme a dormir sin verle, aprovecharé el tiempo. Tengo que ver a doña Carmencita ahora.

EL CHÓFER.- Cómo, ¿a estas horas? Imposible.

ALBERTO.- Tiene que ser posible. Ella misma me insiste en que le avise de mi llegada, sea la hora que sea.

EL CHÓFER.- Y usted se lo toma al pie de la letra.

ALBERTO.- Por qué no. Si pudiera, le enseñaría la carta.

EL CHÓFER.- No es necesario. La creo capaz de pedirle a usted que llame a las tres de la madrugada, pero qué sería de nosotros si nos atreviéramos a permitirselo.

ALBERTO.- No comprendo. ¿Está usted seguro de lo que dice?

EL CHÓFER.- Claro que lo estoy.

(Pausa. ALBERTO está repentinamente sorprendido. Cree reconocer al CHÓFER.)

ALBERTO.- Cómo ha dicho. Por favor, ¿quiere usted repetir eso?

EL CHÓFER.- Repetir el qué.

ALBERTO.- Respóndame lo mismo cuando le vuelva a hacer la pregunta. Veamos. No entiendo. ¿Está usted seguro de lo que dice?

EL CHÓFER.- Claro que lo estoy.

ALBERTO.- Exacto. Eso es. Te he reconocido a pesar de la barba. Eres Miguel Terán.

EL CHÓFER.- Sí, lo soy. Pero la barba no es ningún disfraz. Sólo sirve para ocultar la papada. Es la edad.

ALBERTO.- Qué sorpresa. Nunca pensé que pudiera encontrarte aquí.

EL CHÓFER.- Ni nadie. Pero no me quejo.

ALBERTO.- Aparte de la barba, no has cambiado mucho. En cambio, tú no me recuerdas a mí.

EL CHÓFER.- Pues... no, la verdad es que no...

ALBERTO.- Cómo es posible. Soy Alberto Rubio.

(EL CHÓFER continúa perplejo.)

Sí, hombre, soy Berto. Berto, «el niño», ¿no te acuerdas?

EL CHÓFER.- **(Se le hace la luz.)** ¡El niño!

(Gran sorpresa. Regocijo de ambos. EL CHÓFER ríe ruidosamente.)

¡Claro! ¡El niño! Haber empezado por ahí.

(Se abrazan y se palmean con estrépito.)

Entonces, eras tú quien venía de América. Sí, me dijeron que estabas allí. ¿Qué haces por aquella tierra?

ALBERTO.- Enseño cosas a los gringos.

MIGUEL.- **(En adelante le llamaremos así.)** No me digas.

ALBERTO.- Ya lo ves. Caramba, no puedo creerlo. Veinte años, por lo menos.

MIGUEL.- Algo así. Pero tú sí has cambiado.

ALBERTO.- **(Decepcionado.)** ¿De veras?

MIGUEL.- Muchísimo. Esas gafas.

ALBERTO.- Es que soy profesor.

MIGUEL.- Tú eras bastante más joven que nosotros. Por eso te llamábamos «el niño», supongo.

ALBERTO.- Al principio no me gustaba nada.

(Ríen, divertidos por su encuentro inesperado.)

MIGUEL.- ¿Cuándo te fuiste de España?

ALBERTO.- Hace mucho tiempo. En el sesenta y ocho.

MIGUEL.- Es cierto. El estado de excepción. Casi veinte años. Pero has vuelto a menudo, ¿verdad?

ALBERTO.- No, sólo un par de veces. Durante la transición. Por ver a mi familia. Pero no vi a los amigos. No me gustaba nada lo que estaba pasando. Y no he vuelto. Ahora vengo... a una fiesta de cumpleaños.

(Ríen de nuevo; se advierte que cualquier pretexto es bueno para reír.)

Cuando me fui, tú estabas...

MIGUEL.- Sí, en la cárcel. Duró algún tiempo más. Demasiado.

ALBERTO.- Sé cuándo saliste. Hablaba muy a menudo con nuestro común amigo Nacho. Fue una brutalidad. Cuando me fui, Carmencita y tú...

(Ha dicho esto con cierto temor, comprendiendo que quizá ha ido demasiado lejos. Pero MIGUEL responde con naturalidad, sin dramatismo, aunque no pretende banalizar el asunto.)

MIGUEL.- ...Ya habíamos roto. Pero todo se habría arreglado si no me hubiera comido esos tres años. O tal vez no. Se hubiera arreglado, pero sólo para romperse definitivamente más tarde.

ALBERTO.- Hablas de ello como si le hubiera sucedido a otro.

MIGUEL.- La verdad es que le sucedió a otro. Tú recuerdas a Miguel Terán, el líder estudiantil.

ALBERTO.- La pesadilla del rectorado y del comisario Piqueras. ¿Es cierto que Piqueras te torturó?

MIGUEL.- Eso pertenece al pasado.

ALBERTO.- Cómo puedes hablar así.

MIGUEL.- No pueden abrirse continuamente antiguas heridas. El pasado está muerto y las heridas se han cerrado.

ALBERTO.- Piqueras era un franquista miserable, un verdugo.

MIGUEL.- Como tantos, pero con más oportunidades de ejercer y con muy mala paga, me consta.

ALBERTO.- No le estarás disculpando.

MIGUEL.- No, Alberto, no es eso. Caramba, da la impresión de que para ti no hubieran pasado esos veinte años. Fui yo quien recibió las caricias de Piqueras y sus chicos, no tú. Tú pusiste mucha tierra por medio. O mejor dicho, todo un océano.

ALBERTO.- Comprendí que no había nada que hacer aquí. Hay algo más que me gustaría preguntarte de ese sicario.

(Gesto de fastidio de MIGUEL.)

¿Es cierto que Piqueras te amenazaba con la presencia de Carmencita en medio de... los interrogatorios?

MIGUEL.- Eran métodos de entonces. Cualquier cosa era buena para obtener información. Y nada mejor que humillarte con lo que pudiera dolerte más. **(Ha hablado de nuevo con naturalidad. Pero es evidente que pretende cambiar de asunto.)** Este tipo empieza a pasarse. Podía haber bajado ya.

ALBERTO.- ¿Y Carmencita?

(MIGUEL iba a continuar con sus protestas contra el mayordomo, pero le toma de improviso la sutil impertinencia de ALBERTO, en la que su curiosidad de amigo desterrado puede más que la prudencia y el pudor. Hay una pequeña pausa que le permite a MIGUEL recomponer su habitual humor y lo moderado de su desilusión.)

MIGUEL.- (Irónico.) Es la dueña de esta casa.

ALBERTO.- Eso ya lo sé. Soy invitado suyo.

MIGUEL.- Quieres averiguarlo todo demasiado deprisa. No es posible informarse en una hora de lo que ha sucedido en veinte años.

ALBERTO.- Carmencita y tú rompisteis.

MIGUEL.- Digámoslo así. Cuando salí, estaba prometida con Fermín.

ALBERTO.- Fermín de la Rosa. ¿Quién es? ¿De dónde salió?

MIGUEL.- No lo sé. Estaba por ahí.

ALBERTO.- ¿Era de los nuestros?

MIGUEL.- No. Estudiaba varias carreras a la vez. No tenía tiempo de otras cosas. Carmencita y él se conocieron. Y se enamoraron.

ALBERTO.- No debió de ser agradable para ti.

MIGUEL.- **(Fastidiado ante lo obvio.)** No, claro que no. Pero me hice a la idea. Y cuando salí de la cárcel, todos estábamos tan contentos. Y con el tiempo... heme aquí de nuevo junto a Carmencita.

ALBERTO.- No lo entiendo. Tú terminaste Económicas brillantemente. Escribías, estabas cotizado. Sé que has ganado mucho dinero. ¿Qué haces aquí... de chófer?

MIGUEL.- Todo tiene una explicación. Aunque prefiero tener que darte ésta.

ALBERTO.- Como quieras. Espero que no te hayan ido mal las cosas.

MIGUEL.- **(Fastidiado.)** Claro que no. **(Burlón, pero firme.)** Es mejor ser chófer que estar lejos de Carmencita.

(Silencio. Estupor de ALBERTO.)

ALBERTO.- ¡Miguel! Estás enamorado. ¡Aún estás enamorado!

MIGUEL.- También tú lo estabas. Todos lo estaban. Entonces yo era el único que merecía su amor. Luego fue Fermín.

ALBERTO.- **(Su estupor y sorpresa se convierten en recelo.)** Fermín de la Rosa. Tú mismo, después de tanto tiempo. ¿Qué me ha escrito a mí, entonces?

MIGUEL.- **(Desagradablemente sorprendido.)** ¿A ti? **(Pero se recompone. Parece comprender. Escéptico.)** Ten cuidado, Berto. Ella es más fuerte que todos nosotros juntos. No deberías haber venido.

ALBERTO.- **(Con desconfianza, como tras una revelación.)** ¿Que no debería...? ¿Es a ti a quien no le gusta mi presencia aquí?

(MIGUEL se encoge de hombros, con divertido escepticismo y aire burlón. En ese momento irrumpe el mayordomo que, desde el piso de arriba, desciende ruidoso y digno hacia el visitante. ALBERTO va a hablar, pero lo hace antes el MAYORDOMO, en un tono de notorio reproche, que se pretende desdeñoso.)

MAYORDOMO.- ¿No va a presentarnos, Terán?

MIGUEL.- No creo que sea necesario. (A ALBERTO.) Señor Rubio, buenas noches. Le dejo en manos del mayordomo.

MAYORDOMO.- El señor está en buenas manos.

MIGUEL.- No voy a discutirlo. Buenas noches. **(Mutis.)**

MAYORDOMO.- **(Sin mostrar su enfado, con aire de gran señor, mesurado y divertido.)** Es un maleducado, no hay remedio. Dos impertinencias en sólo unos segundos.

(ALBERTO no sabe cómo reaccionar. Va a decir algo, pero le interrumpe el MAYORDOMO.)

Usted es el señor Rubio. Bienvenido a la casa de la familia de la Rosa. A su servicio, el mayordomo de la misma.

(El MAYORDOMO ha permanecido todo este tiempo en el penúltimo escalón, sin llegar a ponerse al nivel de ALBERTO. Ahora lo hace por fin.)

ALBERTO.- Es un placer. Quiero decirle que lamento haberles causado estos problemas por el horario de mi avión.

(Le va a dar la mano. El MAYORDOMO queda muy sorprendido.)

MAYORDOMO.- (Accede de mala gana a darle la mano.)

Se ve que viene usted de un país igualitario. Aquí, quizá lo ha olvidado, no vemos bien la confraternización con los sirvientes.

ALBERTO.- ¿Quién no lo ve bien? Los señores, supongo.

MAYORDOMO.- Sobre todo, los propios sirvientes.

ALBERTO.- ¿A qué lo atribuye?

MAYORDOMO.- A las cargas sin compensación que suelen derivarse de esa confianza, siempre desfavorable al criado. A la pérdida de intimidad y de respeto, garantizadas por la distancia. A la repugnancia misma de la igualdad.

ALBERTO.- Si sus ideas son generales, veo que el igualitarismo falangista ha sido ampliamente derrotado por la moral aristocrática.

MAYORDOMO.- Felizmente. Lo malo de los falangistas era precisamente eso, un igualitarismo de nuevo rico. No se atrevieron a convertirse en señores.

ALBERTO.- Me inclino a pensar que les hubiera resultado imposible.

MAYORDOMO.- Tal vez. En todo falangista había la pretensión de ser un Napoleón, pero a lo máximo que llegaron fue a la paranoia energúmena de Yagüe.

ALBERTO.- Creo advertir en usted un intelectual liberal antifranquista.

MAYORDOMO.- Disculpeme el señor. Es sorprendente que en una frase tan breve haya enunciado nada menos que tres errores. Revela una rara capacidad de síntesis. No soy intelectual, no soy liberal, no soy antifranquista.

ALBERTO.- No es antifranquista, pero no le gustan los falangistas.

MAYORDOMO.- Franco y los falangistas nunca se llevaron bien.

ALBERTO.- ¿Me va a contar ahora aquello de que Franco utilizó a los falangistas?

MAYORDOMO.- No, pero podría contarle que los falangistas utilizaron a Franco, lo consiguieron durante un tiempo, a costa de una debida obediencia pagada a precio nada desdeñable, y después fueron enviados allí donde estaban más o menos cuando se unieron a Franco. A la nada.

ALBERTO.- Pero usted salva la figura de Franco.

MAYORDOMO.- No es necesario. Se salva ella sola. Ahora son otros tiempos. Las cosas cambian, y es necesario que sea así.

ALBERTO.- (Irónico.) No está del todo mal encontrar alguien fiel a la memoria de Franco.

MAYORDOMO.- No hay que negar el pasado, señor. Existe en el presente...

ALBERTO.- ...Y condiciona el porvenir.

MAYORDOMO.- En efecto, señor.

ALBERTO.- Palabras del pasado.

MAYORDOMO.- No son palabras de mi pasado, pero por entonces mis conversaciones con gentes ajenas a mí me aportaron algún concepto útil, como el de dialéctica. En aquellos días podía uno amaestrar un loro, enseñarle palabras como ésta, o como conciencia de clase, cantidad y cualidad, plusvalía, agitar las contradicciones, etc., etc. y tenía usted un marxista.

ALBERTO.- Eran los mismos tiempos en que con la palabra patria podía hacerse de un simpático chimpancé un peligroso perdonavidas.

MAYORDOMO.- Con la palabra patria, sí, tiene razón el señor. Es lo que ahora ocurre en Vascongadas. Sólo que allí, la vida no se la perdonan.

ALBERTO.- Bueno, bueno. Las doscientas mil personas que mató Franco tras la guerra civil es un récord difícil de igualar.

MAYORDOMO.- Niego ese récord. Pero pueden conseguirlo con paciencia. No les faltan oportunidades ni impunidad.

ALBERTO.- No estoy muy informado. Vivo demasiado lejos.

MAYORDOMO.- En este caso se está peor informado cuanto más cerca se vive.

ALBERTO.- Curioso. Lo normal ha sido siempre justificar el presente a partir del pasado. Usted, en cambio, parecer pretender justificar una represión infame por los crímenes de unos trogloditas cuarenta o cincuenta años después.

MAYORDOMO.- El señor me ha comprendido mal. O me he expresado erróneamente. No pretendo justificar nada. Humildemente, considero que nada es justificable. Las cosas son sostenibles o insostenibles. En un momento dado, el régimen de Franco se hizo insostenible, y su artífice falleció.

ALBERTO.- ¿Lo decidió él?

MAYORDOMO.- Es probable. Vio que era el momento oportuno. De nada valieron los intentos de algún avisado allegado suyo por mantenerlo con vida.

ALBERTO.- Preciosa metáfora.

MAYORDOMO.- Celebro que el señor haya advertido tan rápidamente que se trata de una metáfora. Aunque le parezca mentira, hay quien se ha tomado estas palabras mías al pie de la letra. (Ríe.)

ALBERTO.- Eso significa que lo hace usted por provocar. (Ríe.)

MAYORDOMO.- Claro. Pero casi nunca es necesario insistir demasiado. (Ríen ambos, muy divertidos.) El señor ha salido francamente airoso de la prueba.

ALBERTO.- (De repente, extrañado.) ¿Le puedo pedir un primer favor?

MAYORDOMO.- Estoy a la disposición del señor.

ALBERTO.- ¿Podría usted reírse otra vez como lo acaba de hacer?

MAYORDOMO.- No comprendo, señor.

ALBERTO.- Ahora le explicaré. Por favor, ríase usted.

MAYORDOMO.- Lo intentaré, señor. (Ensayo unas carcajadas.)

ALBERTO.- No, así no. Como ahora, cuando parecía que se retorció usted de la risa.

MAYORDOMO.- Ah, ya comprendo lo que desea el señor. **(Finge una risa como la de hace unos momentos, sin carcajadas, como si se deshiciera por dentro. Deja de reír, repentinamente serio de nuevo.)** ¿Está bien así, señor?

ALBERTO.- Sí, gracias. Pero no caigo.

MAYORDOMO.- Sigo sin comprender...

ALBERTO.- ¿No nos conocemos de antes?

MAYORDOMO.- Es probable. He conocido mucha gente en mi vida. Me he dedicado a demasiadas cosas.

ALBERTO.- Diría que nos conocemos, pero no recuerdo de qué.

MAYORDOMO.- Por el momento, permítame que le acompañe a su habitación. **(Observa el equipaje.)** Veo que no han subido el equipaje. Me verá obligado a hacerlo yo.

ALBERTO.- Lo haremos ambos, no faltaría más. Pero antes me gustaría dejar resuelto algo para lo que Terán me remitió a usted. **(Saca la carta de CARMENCITA.)** En esta carta Carmencita me insiste en que, al llegar, se le advierta de mi presencia. Desearía verla ahora mismo.

MAYORDOMO.- Por favor... El señor ha debido interpretar erróneamente los deseos de doña Carmencita. Si el señor hubiera llegado durante el día, por supuesto que se le habría advertido de su presencia a la señora y a don Fermín. Ellos mismos habrían salido a recibirlo. Pero ahora son más de las tres de la madrugada y los señores descansan tras una jornada agotadora.

ALBERTO.- Veo que me he expresado mal. Escuche, por favor. **(Lee.)** «Cuando llegues, sea la hora que sea, quiero verte. Daré órdenes en ese sentido. Que me despierten, si es necesario».

MAYORDOMO.- El señor me pone en una situación difícil. Es mi deber que su estancia aquí sea lo más agradable posible, pero...

ALBERTO.- Discúlpeme si insisto. Dice aquí que daría órdenes.

MAYORDOMO.- Puedo asegurarle al señor que no las ha dado.

ALBERTO.- Compréndame usted a mí también. Yo preferiría irme a la cama directamente...

MAYORDOMO.- Hágalo, señor, es lo más adecuado... y lo más prudente.

ALBERTO.- ...Pero la insistencia de doña Carmencita en ser avisada me hace temer que mañana me reproche...

MAYORDOMO.- En lugar del señor yo no temería nada en ese sentido. ¿Cree que la señora recuerda siquiera que ha escrito eso?

ALBERTO.- Me temo que no está usted en condiciones de comprender el sentimiento de la señora en un escrito dirigido a alguien que la conoce desde hace más de veinte años...

MAYORDOMO.- Como yo, entonces...

ALBERTO.- Nosotros éramos amigos.

MAYORDOMO.- Le recuerdo al señor que en cuestión de... de amistad, nadie mejor que el propio Terán.

(Se miran en un significativo silencio durante unos instantes. El MAYORDOMO espera el efecto de sus palabras.)

Y, sin embargo, él no se atrevió a perturbar el sueño de la señora.

ALBERTO.- El caso de Terán es distinto, precisamente por lo contrario. Tal vez por eso me remitió a usted.

MAYORDOMO.- Disculpe el señor que le puntualice que no debió de ser sólo por eso. También fue debido a la línea jerárquica del servicio en esta casa. **(Espía de nuevo la reacción de ALBERTO.)** En virtud de esa jerarquía mi deber es remitirle ahora al señor secretario de don Fermín, al que será preciso despertar. **(Ante un gesto de ALBERTO.)** Pero no se preocupe, tiene un carácter muy afable. Todo lo soporta. No con mansedumbre, sino con estoicismo. Sin embargo, y por última vez, le advierto al señor que todo será inútil.

ALBERTO.- Considero que si es su deber profesional hacerme tal advertencia, es mi deber moral agotar las instancias necesarias hasta que se cumpla lo que está escrito en este papel.

MAYORDOMO.- No quiero que el señor crea que pretendo incumplir sus instrucciones. Permítame que lleve su equipaje arriba... El señor debería esperar aquí. Voy a avisar al señor secretario de don Fermín, que bajará enseguida. **(Va a tomar el equipaje, pero antes saluda por última vez a ALBERTO.)** Estamos para servirle.

(El MAYORDOMO sube la escalera con las dos maletas de ALBERTO. ALBERTO queda solo. Canturrea. Se pasea. Mira aquí y allá. Y de repente... ¡ya recuerda! Se detiene, lleno de estupor. Mira hacia la escalera. Va hacia ella. Cuando pisa los primeros escalones, el MAYORDOMO desciende ya. Mientras desciende:)

El señor será atendido inmediatamente por...

ALBERTO.- (Le interrumpe. Le señala, acusador, desde abajo.) ¡Piqueras!

MAYORDOMO.- (Sorprendido, sin comprender.) Para servirle.

ALBERTO.- No va usted a negar que es Lorenzo Piqueras.

MAYORDOMO.- (Chusco.) ¿Por qué lo iba a negar?

ALBERTO.- ¡El comisario Lorenzo Piqueras...!

MAYORDOMO.- No sé si tengo derecho a ostentar ese título. Me encuentro en situación de excedencia voluntaria.

(Ha terminado de descender la escalera. Ahora están ambos al mismo nivel, de nuevo. ALBERTO, con estupor, se limita a mirarle.)

Entonces tenía razón el señor, me conocía usted. Desgraciadamente, siempre he sido un desmemoriado, y no recuerdo cuándo tuve el honor...

ALBERTO.- El honor lo tuvo usted hace tiempo, yo era demasiado joven y todo fue demasiado rápido. Por entonces, Terán y yo éramos amigos, y ambos lo éramos de Carmencita.

MAYORDOMO.- (**Corrige discretamente.**) De doña Carmencita... Sí, hace rato me hice más o menos cargo de esa liaison... (**Intenta aparentar que finge.**) Pero sigo sin comprender... (**Vacila, como si intentase recordar. Lo ha olvidado, aunque sabe perfectamente de qué debe de conocer a ALBERTO.**)

ALBERTO.- (**Reprime su indignación con aire afectado.**) Piqueras, ¿ha oído hablar usted del término...

(Lo paladea previamente, le observa fijamente, mientras el MAYORDOMO parece ocupado en el polvo depositado sobre algunos objetos.)

...tortura?

MAYORDOMO.- (**Finge recapacitar, como si de repente hubiera perdido todo interés por la dudosa limpieza de los objetos que observaba.**) Tortura... Sí, señor, hay varias acepciones, y no me refiero sólo a las del diccionario. Varias acepciones y también alguna exageración. Es lo que nos hace padecer, con dolor, alguien que usa de su poder con ilegitimidad...

ALBERTO.- ¿Quiere decir con eso que la legitimidad puede hacer justo el padecimiento de la tortura?

MAYORDOMO.- El señor ha comprendido perfectamente. Pero en lugar de hacerlo justo, prefiero decir que la legitimidad hace que el dolor sea, simplemente, legítimo, como cuando un padre vigilante castiga sin salir a su hija porque tiene sólidas razones para temer por su honor, o cuando un marido golpea a una esposa infiel.

ALBERTO.- Sus ejemplos son todos muy familiares...

MAYORDOMO.- La familia es el símbolo de la sociedad.

ALBERTO.- (**Irónico.**) ¿No es la base?

MAYORDOMO.- También.

ALBERTO.- Supongo que no le importará que yo tenga mi propia concepción de la tortura.

MAYORDOMO.- No faltaría más, señor.

ALBERTO.- Sin embargo, prefiero referirme a una experiencia personal. Hace veinte años, en la Puerta del Sol...

MAYORDOMO.- No quisiera irrumpir en la intimidad del señor.

ALBERTO.- Demasiado tarde, Piqueras, ya irrumpió en ella hace veinte años.

MAYORDOMO.- Demasiado tiempo, y ya le he dicho al señor que estoy excedente. Además, es muy tarde ya...

ALBERTO.- Aquel día no era mucho más pronto.

MAYORDOMO.- Me asombra la enorme memoria del señor.

ALBERTO.- Y a mí me asombra su capacidad de olvido.

MAYORDOMO.- No lo crea el señor. En realidad, tengo una memoria discreta. Desde luego, carezco de vivencias fuertes o de fuertes rencores, que suelen propiciar un lugar privilegiado y siempre móvil a determinados recuerdos. **(Repentinamente, esperando el efecto de sus palabras.)** Pero el señor comprenderá que en mi época de la Puerta del Sol conocí demasiados delincuentes para recordar, precisamente, al señor, que quizás pasó por allí casualmente y sin culpa.

ALBERTO.- No fue casualmente ni sin culpa. Usted me interrogó con gran irritación.

MAYORDOMO.- ¿Irritado yo? Me sorprende. Raras veces lo he estado.

ALBERTO.- Creo que acababa de «interrogar» precisamente a Terán.

MAYORDOMO.- ¿A Terán? Entonces, se explica. Terán siempre me ha irritado. Ese hombre es... cómo decirlo... mi castigo...

ALBERTO.- Por entonces era usted el suyo.

MAYORDOMO.- Sólo cuando pasaba por la Puerta del Sol. Tenía otros castigos, no podía vivir sin ellos. **(De repente, nuevo efecto sorpresa.)** Entonces, ¿era usted un subversivo, como Terán? Cómo pasa el tiempo.

ALBERTO.- Qué tiene que ver ahora el tiempo.

MAYORDOMO.- El tiempo nos unió a los tres una noche de hace veinte años, en la Puerta del Sol. Ahora nos reúne de nuevo, en esta preciosa finca, para celebrar un cumpleaños.

ALBERTO.- Es usted un cínico, Piqueras. ¿Lo era ya entonces?

MAYORDOMO.- Sí, decididamente, sí que lo era. Pero el señor me debió de conocer poco. ¿Cuántas veces fue detenido?

ALBERTO.- Sólo aquella vez.

MAYORDOMO.- ¿Y enseguida se fue a Estados Unidos...?

(ALBERTO **calla.**)

Si hubiera usted insistido en su actitud en favor de la democracia...

ALBERTO.- **(Corrige, irritado.)** Si yo hubiera insistido en mi actitud subversiva, le habría conocido mejor, ¿no es eso?

MAYORDOMO.- Permítame corregirle, señor. La subversión y la democracia son cosas distintas, incluso opuestas. Pero usted abandonó su dudosa causa muy pronto. Nada le retuvo aquí, ni siquiera doña Carmencita, en la flor de su juventud.

ALBERTO.- No es agradable vivir en un país donde tienen tanto poder unos tipos como el comisario Lorenzo Piqueras.

MAYORDOMO.- ¿Poder? No, no. Muchas horas de trabajo, noches en vela, incomprensión, mezquinas retribuciones... No debió el señor privar al país de un cerebro privilegiado como el suyo sólo por el accidente de mi mera existencia en él. Claro, es posible que el señor comprendiera que la causa no merecía demasiado esfuerzo... y al mismo tiempo los atractivos americanos no serían desdeñables. El señor ya sabía inglés, a la perfección. ¿Dónde lo había estudiado? En Estados Unidos, precisamente. No era muy habitual eso en los años sesenta. Por desgracia, yo no podía enviar a mis hijos allí. Me conformaba con Benidorm, que por entonces era ya tan insoportable como ahora, pero eso les permitía chapurrear algo de inglés o francés e incluso vivir alguna aventura apresurada con criaturas de su edad, de piel muy blanca y tendencia a la obesidad. El señor, le felicito por ello, tuvo más suerte.

ALBERTO.- Acaba usted de hacer una crítica del señorito español, pero muy poco convincente. Es una crítica falangista.

MAYORDOMO.- El señor sabe ya que mi sensibilidad no es esa. Además, soy ajeno a la crítica. Puedo dar pataditas, pero soy incapaz de adoptar uno de esos sistemas de patadas generalizadas que se conocen como actitud crítica. Intentaba matizar, con esa sutileza que el señor ha demostrado comprender en diversos momentos de esta misma velada, en cuanto al poder de las personas como yo en el país que el señor abandonaba entonces con toda comodidad... Debió de ser más o menos cuando Terán estuvo en la cárcel.

ALBERTO.- Piqueras, puedo admitir su cinismo, pero no pretenda darme lecciones ni me cuele de matute una moralina que en usted resulta de especial mal gusto. Yo me fui de un país donde imperaba la brutalidad de hombres como usted, y con eso quiero decir la España de Franco, de Carrero, de Alonso Vega...

MAYORDOMO.- Puede seguir descendiendo el señor. Aún le falta mucho para llegar al comisario Lorenzo Piqueras.

ALBERTO.- Ahora regreso a una España distinta, y llego a una casa donde me encuentro nada menos que con el torturador Lorenzo Piqueras.

MAYORDOMO.- El señor acaba de hacer uso de la exageración del concepto «tortura» a que me refería antes.

ALBERTO.- Y me lo encuentro refinado, ponderado, con unos modales irreprochables, insospechados...

MAYORDOMO.- Ésa es mi auténtica personalidad, aunque reconozco haber perdido los nervios, ocasionalmente, en momentos de surmenage. No sea injusto conmigo. Siempre practiqué y admiré la buena educación. La dureza del momento, sin embargo...

ALBERTO.- (**Finge burlona comprensión.**) ...pudo llevarle a aplicar la electricidad en los interrogatorios o a asomar a los detenidos por la ventana como si los fuera a precipitar al vacío...

MAYORDOMO.- (**Firme, pero sin salirse de sus casillas.**) ¿Me permite el señor decirle que me coloca en una difícil situación?

ALBERTO.- (**Se echa a reír.**) Nunca tanto como usted a mí aquella noche. Y mucho menos de lo que supuso usted para Terán en aquellos tiempos. Recuerdo que le amenazaba con torturar también a Carmencita, con llevársela lejos, para interrogarla y seducirla...

MAYORDOMO.- (**Despectivo.**) ¿Eso se lo ha dicho Terán?

ALBERTO.- Eso es *vox populi*. Lo decía la propia Carmencita.

MAYORDOMO.- ¿Doña Carmencita? Permítame dudarle. Y si es así, lo ha olvidado.

ALBERTO.- He regresado a un país con poca memoria, por lo que veo... Pero yo recuerdo muchas cosas. Recuerdo que a usted le gustaba Carmencita. Llegó a sugerir un intercambio: Terán por una parte, ella por otra...

MAYORDOMO.- Esa anécdota de mal gusto no es real. Alguien la obtuvo de una ópera de Puccini...

ALBERTO.- Yo sé que es verdad. Y por eso comprendo ahora la razón de que usted se avenga a ser mayordomo en esta casa...

MAYORDOMO.- (**Repentinamente alterado, por primera vez en toda la noche.**) Disculpeme el señor. Es muy tarde para mí y me veo obligado... (**Huye escaleras arriba.**)

ALBERTO.- ¡No puede usted estar lejos de Carmencita...! ¡Está enamorado... como Terán!

MAYORDOMO.- (Desde las escaleras, se vuelve. Intenta dominar su furia.) El señor secretario de don Fermín estará con usted en unos instantes... Buenas noches. (Sube y desaparece.)

(A solas, ALBERTO parece contento y satisfecho por haber «desenmascarado» a Piqueras. Se pasea sonriente, como quien ha conseguido una victoria con cierto componente de travesura. Por fin, desciende el secretario de FERMÍN DE LA ROSA, un hombre de bondadosa apariencia, cercano a la ancianidad.)

SECRETARIO.- (Desconcertado al verle solo.) Señor Rubio...

ALBERTO.- Encantado de conocerle, caballero...

SECRETARIO.- (Desolado.) Le han dejado solo... Pero si dije que...

ALBERTO.- No se preocupe, por favor. Piqueras y yo somos viejos conocidos. Hay confianza.

SECRETARIO.- (Benévolo.) Imagino a lo que se refiere. Quiere usted decir que le conoció... en aquellos tiempos... Lamento que le hayan dejado solo. Le ruego que acepte nuestras disculpas.

ALBERTO.- Ya le digo que no me importa, se lo aseguro. Para mí era preferible. No hablemos más del asunto. Soy yo quien tiene que disculparse por haberle despertado a estas horas.

SECRETARIO.- No. No es culpa suya haber llegado de madrugada.

ALBERTO.- Le agradezco su comprensión. Es usted mi última carta. La señora ha insistido en que quería verme en cuanto llegara.

SECRETARIO.- Claro. Dentro de unas pocas horas podrá verla.

ALBERTO.- Carmencita me ha escrito que no espere esas horas. Tengo que verla ahora mismo.

SECRETARIO.- Señor Rubio, eso no es posible. Creo que no necesito explicarle por qué.

ALBERTO.- Si le insisto es porque tengo razones poderosas y porque la propia Carmencita me lo ordena.

SECRETARIO.- No me interprete mal. No dudo de sus razones, no dudo de su razón. Pero hay otras razones, no digo que superiores, pero sí distintas, que son imperativas para mí.

(ALBERTO queda sorprendido al oír estas palabras. Mira fijo al SECRETARIO que advierte, nervioso, el cambio de ALBERTO.)

Creame que lamento todo esto. Es mi obligación darle la más cordial y entrañable bienvenida a esta casa en nombre de la maravillosa pareja formada por don Fermín y doña Carmencita de la Rosa. Su estancia aquí será atendida como merece y no tendrá queja alguna del servicio que...

(Ante la insistente mirada de ALBERTO, el SECRETARIO se siente cada vez más inseguro.)

Mañana será la gran fiesta de cumpleaños de doña Carmencita, una fiesta a la que nos uniremos todos los que trabajamos en esta casa y a la que acudirán ilustres personalidades del país y del extranjero...

(Ante el persistente silencio de ALBERTO.)

Señor Rubio... ¿le sucede a usted algo?

(Se miran, el SECRETARIO con perplejidad, ALBERTO indagando al mismo tiempo dentro de sí.)

ALBERTO.- (Hace memoria, no sin dificultad.) «Todas las escuelas tienen sus razones. No hay que dudar de cada razón. Sin embargo, en todo momento se imponen razones concretas que acaso no sean superiores al conjunto de aquéllas o de cada una en particular, pero que resultan imperativas en un momento determinado».

SECRETARIO.- (Sorprendido.) ¡Caramba...!

ALBERTO.- Más o menos así empezaba usted su famoso discurso, profesor. Fue un caso sonoro de ironía. Parecía que iba a justificar la política económica del gobierno. Habría razones concretas que se imponían a las razones académicas, a las razones de los sabios. Fue un ejercicio de retórica moderna, muy sutil, que finalmente demostró lo contrario de lo que esperaba el ministro tecnócrata allí presente.

SECRETARIO.- Tiene usted buena memoria. ¿Estaba usted allí?

ALBERTO.- No, por desgracia. Pero circularon copias clandestinas del discurso.

SECRETARIO.- Es cierto. Vi algunas. Contenían errores, incluso cosas que yo no había dicho.

ALBERTO.- No importa. Aquello le convirtió a usted en un héroe nacional.

SECRETARIO.- Y poco después en un cesante.

ALBERTO.- Sí, también lo recuerdo. Fue la señal de la revuelta estudiantil.

SECRETARIO.- No exactamente. Todo sucedió al mismo tiempo. Aprovecharon que me puse al lado de los estudiantes para abrirme expediente. Pero no fui el único, como usted sabe. Aquella primavera fuimos expulsados de la universidad unos cuantos catedráticos.

ALBERTO.- No muchos. Otros supieron refugiarse en una supuesta libertad de cátedra.

SECRETARIO.- ¿Cómo dice usted?

ALBERTO.- Nada, nada... Sólo repetía las palabras de uno de sus colegas expulsados. Lo leí en un artículo de la época final del franquismo. Aunque he estado lejos, no he dejado de consultar la prensa de mi lejano pueblo.

SECRETARIO.- Es cierto, es cierto... El colega se excedió un poco.

ALBERTO.- A juzgar por ciertos resultados, se excedió... O tiró donde no era. En fin, otros nos hemos refugiado en el extranjero, como me acaba de recordar un antiguo miembro de la policía política.

SECRETARIO.- Pero usted tenía que ser muy joven entonces.

ALBERTO.- Aún estudiaba bachillerato.

SECRETARIO.- Y ya frecuentaba los medios demócratas.

ALBERTO.- Frecuentaba los medios subversivos.

SECRETARIO.- Entonces ambas cosas eran lo mismo.

ALBERTO.- Hay quien cree que subversión y democracia son cosas diferentes, acaso opuestas.

SECRETARIO.- Puedo comprender las razones de los que así opinan, pero en ocasiones se imponen razones concretas y poderosas que...

(Se detiene, algo avergonzado. Sólo entonces se da cuenta ALBERTO de lo que empezaba el SECRETARIO a repetir, y ríe. El SECRETARIO, tras un momento de perplejidad, se une a la risa de ALBERTO. Riendo aún.)

Le ruego que me disculpe... Los viejos tenemos a veces unos latiguillos incorregibles.

ALBERTO.- Lo comprendo, profesor. Aquello fue un auténtico momento de gloria. No voy a reprocharle que utilice el material de un éxito que fue tan útil a la causa, que tan caro pagó después... y que es todo suyo.

SECRETARIO.- Sin falsa modestia, le diré que reconozco que aquello fue un bombazo. Quién me lo iba a decir. Pero siempre he lamentado haber alcanzado notoriedad de esa manera. Hubiera preferido alcanzarla con los libros que he escrito.

ALBERTO.- Como usted sabe, los libros de un universitario serio no sirven para alcanzar notoriedad. Y menos los de teoría económica. Sólo en América surgen de vez en cuando *best-sellers* universitarios. Pero no me diga que le hubiera gustado la fama de un Macluhan o de un Samuelson.

SECRETARIO.- Por qué no. Se lo confieso con sinceridad, y creo que lo mismo le sucede a mis colegas, aunque ellos lo oculten con púdica discreción. Algunos darían varios años de su vida por tener un éxito popular a la francesa. Sin embargo, ellos y sus discípulos echan pestes de la vida académica en Francia. En esto no encontrará usted cambios. Los españoles siguen intentando parecerse a Francia, siguen sin conseguirlo e intentar mojarle la oreja en charlas de café.

ALBERTO.- A los españoles siempre les ha molestado el *chauvinismo* francés. Ese *chauvinismo* es un tópico, pero es auténtico.

SECRETARIO.- Molestado... No es ese el concepto correcto, en mi opinión. El francés es profundamente *chauvin*, es cierto. Pero el español está profundamente acomplejado. Por eso la relación entre ambos es siempre... tan emotiva.

ALBERTO.- Según eso, sus colegas se comportan como franceses vergonzantes.

SECRETARIO.- No sólo mis colegas. Y le digo que en esto no encontrará cambios. Algunos se han hecho más anglófilos, o más germanófilos, para compensar. Como si una cosa excluyera la otra. En economía, en cambio, somos ahora manchesterianos.

ALBERTO.- O más bien de la Escuela de Chicago.

SECRETARIO.- Pero una vez más hemos hecho, con cierto retraso, lo que habían previsto los franceses. En los años setenta Francia mantuvo vivo un reducto ultra liberal. Es cierto que nuestro liberalismo sigue más el modelo chileno. Pero, después de todo, la victoria es innegable.

ALBERTO.- Lo que, según sospecho, no parece hacerle a usted mucha gracia. Le recuerdo como un keynesiano convencido. Muchos han cambiado. ¿Por qué no usted?

SECRETARIO.- No lo sé. Lo mismo que Galbraith. O tal vez porque aún no he perdido la inocencia.

ALBERTO.- ¿La inocencia...?

SECRETARIO.- No me haga caso. Yo también citaba ahora un artículo, la antigua profesión de fe conversa de un colega cuya edad está más o menos a mitad de camino entre la de usted y la mía.

ALBERTO.- No lo recuerdo. No siempre me llegaba la prensa, y muy a menudo no tenía ningún ánimo para consultarla.

SECRETARIO.- No tiene importancia. Nuestras polémicas, cada vez más raras, y nuestros soliloquios, cada vez menos inocentes, son pláticas de familia de las que nadie hace caso.

ALBERTO.- Esa cita sí la reconozco. Es del Tenorio.

SECRETARIO.- Por cierto, ¿sabe usted que ya no se hace el Tenorio?

ALBERTO.- No me diga. Si se hacía todos los años.

SECRETARIO.- Ahora ya no. Raras veces. Una tradición perdida.

ALBERTO.- ¿Por qué?

SECRETARIO.- No sé. Tal vez porque hemos perdido la inocencia. **(Ríen ambos.)** En fin, señor Rubio, creo que le estoy entreteniendo. Ha hecho un largo viaje y querrá descansar.

ALBERTO.- Soy yo quien debe pedir disculpas, profesor.

SECRETARIO.- No hay disculpas que valgan. Le acompañaré a su habitación. Por aquí. **(Le indica la escalera.)** Es muy tarde ya. Pero podrá dormir lo suficiente y asistir al despertar de doña Carmencita.

ALBERTO.- ¿Cómo...?

SECRETARIO.- ¿No se lo habían dicho?

ALBERTO.- No comprendo.

SECRETARIO.- Es muy sencillo, señor Rubio. Como antiguo amigo y compañero de la señora de la casa, ausente durante tantos años, se le invita al despertar de doña Carmencita.

ALBERTO.- Es decir, que no puedo hacerla despertar ahora, pero...

SECRETARIO.- ...Pero sí puede asistir al momento en que ella crea conveniente despertarse.

ALBERTO.- Eso me recuerda una ceremonia antigua...

SECRETARIO.- En este caso es más íntima y más excepcional. Además, se trata de asistir a su despertar en sentido estricto. Deberá esperar en silencio hasta que despierte, y eso puede significar mucho tiempo. **(Arrobado.)** Pero le aseguro que merece la pena.

ALBERTO.- No es preciso que me lo asegure. Pero es sorprendente... ¿No supone una clara invasión de la intimidad de la señora?

SECRETARIO.- En esta casa las intimidades se entreveran ocasionalmente. Tal vez tenga ocasión de comprobarlo.

ALBERTO.- Le confieso que no me seduce la idea de una red de intimidades, ni siquiera ocasional. ¿No les resulta a ustedes molesto?

SECRETARIO.- No, en absoluto. Quizás sea difícil de comprender para alguien que viene de fuera, de fuera de esta casa, quiero decir, pero la verdad es que esas pequeñas intimidades compartidas son el secreto de la armonía y el equilibrio que reina en su interior.

ALBERTO.- ¿Armonía y equilibrio en una casa donde conviven usted y Terán nada menos que con el comisario Piqueras? Me atrevo a dudarle.

SECRETARIO.- Aunque no pueda vencer su escepticismo, señor Rubio, sí puedo recordarle que la armonía no se da sólo en el unísono, o en lo simultáneo. Eso sería, en cualquier caso, una armonía simple, monódica. La armonía compleja se da gracias a la expresión adecuada de varias voces. La de Terán y la mía son muy diferentes, aunque usted, provisionalmente, las identifique ahora.

ALBERTO.- En ese discurso musical la voz de Piqueras tiene que ser disonante, profesor.

SECRETARIO.- No lo crea. Es una voz más, como lo es la del propio don Fermín, una voz ésta, no necesito decírselo, fundamental.

ALBERTO.- ¿Y la de Carmencita?

SECRETARIO.- Ella es la melodía que logra dar consistencia al discurso de todos nosotros. Ella consigue siempre el descanso tonal. Pero, en fin, lo mejor será que se retire usted. Conviértase después en un testigo imparcial antes de volver a ese hermoso país al que, me temo, pertenece usted ya más que al nuestro.

ALBERTO.- (Sigue dándole vueltas al asunto.) Profesor, me choca demasiado que esto se haya convertido en el mejor de los mundos posibles. ¿No sobrevendrá el terremoto de Lisboa en medio de tanto optimismo?

SECRETARIO.- Por desgracia, señor Rubio, no es éste un mundo feliz. He hablado de armonía, pero en esta casa, no fuera de ella. Tenemos muchos enemigos. Por ejemplo, el conocido caso de Iñaki Harri.

ALBERTO.- ¿Iñaki Harri? ¿Quién es...?

SECRETARIO.- (Con suavidad.) Un delincuente. Bueno, disculpeme si le parezco exagerado. Tengo entendido que Harri ha conseguido convencer a algunos paisanos suyos y a algún despistado nostálgico de que en realidad es un idealista. Asalta, extorsiona, asesina... Su verdadero objetivo es... **(Silencio grave. Mira a ALBERTO. Continúa con cierto temblor.)**...es asesinar a doña Carmencita. **(Parece horrorizado por la idea.)**

ALBERTO.- ¡Profesor, qué está usted diciendo...!

SECRETARIO.- La verdad, amigo Rubio, la horrible verdad. Pero no lo conseguirá. Nuestras medidas de seguridad son demasiado para él. Lo ha intentado varias veces, siempre sin éxito, y eso que en ocasiones se ha acercado bastante...

ALBERTO.- ¡Pero es inaudito! ¡Matar a Carmencita! ¿Cómo puede tener alguien una idea así en la cabeza?

SECRETARIO.- Ya lo ve usted. Esto le demostrará que no estamos en el mejor de los mundos. Pero Harri pretende sumirnos en el peor de ellos, **(Muy compungido.)** un mundo sin doña Carmencita.

ALBERTO.- ¡Y por qué, Dios mío, por qué!

SECRETARIO.- Hay explicaciones, pero nadie conoce la verdad. El resentimiento tiene razones que la razón desconoce.

ALBERTO.- Por favor, profesor, déjese de su teoría de las razones y dígame... dígame que han hecho ustedes para atrapar a ese Harri... ¿Y la policía?

SECRETARIO.- Han caído cómplices de su banda, pero sabemos poco sobre este turbio asunto. Sólo conocemos su odio. También conocemos explicaciones del mismo, pero son pueriles, no son razón suficiente. Tiene que haber algo más...

ALBERTO.- ¿Despecho, tal vez?

SECRETARIO.- En él, el despecho forma parte de un turbio resentimiento, de un odio a la vida y la belleza representados por doña Carmencita.

ALBERTO.- ¡Hay que hacer algo para acabar con él!

SECRETARIO.- Claro, pero ni siquiera sabemos quién es. Sospechamos que se trata de varias personas, por eso es tan ubicuo. Goza de complicidades ajenas y aprovecha la tolerancia actual para burlar a sus perseguidores.

ALBERTO.- Y en una de esas, cae Carmencita... ¡No quiero pensarlo!

SECRETARIO.- Le vuelvo a asegurar que por eso no hay que preocuparse. Pudo suceder hace tiempo, pero ya no. Hemos aprendido mucho. Usted mismo habrá podido advertir el dispositivo de seguridad al entrar en la finca. O tal vez no, por la oscuridad de la noche. No podemos estar tranquilos, desde luego que no, pero la seguridad de la señora es absoluta.

(Un silencio. Ambos se miran. El gesto de ALBERTO tiene algo de ausencia, como si aún ponderase las indeseables consecuencias de un éxito de Harri. El SECRETARIO espía solícito cualquier duda de ALBERTO para desmentirla, aclararla, para tranquilizarlo...)

ALBERTO.- **(Reacciona.)** Profesor, esto me aturde más que todo un viaje transoceánico.

SECRETARIO.- Lo lamento. Será mejor que descanse usted. Es demasiado tarde...

ALBERTO.- ...Y tendré que madrugar si quiero asistir al despertar de Carmencita.

SECRETARIO.- Tanto como madrugar, no, la verdad. Creo que podrá reponerse un poco antes de que sea solicitada su presencia.

ALBERTO.- No importa. En cualquier caso, no tengo la intención de dormir demasiado. No sería lo adecuado para cambiar el ritmo del sueño al horario de aquí. ¿Podría despertarme alguien para ver en primer lugar a don Fermín, si es que él se levanta antes que la señora?

SECRETARIO.- Así lo haremos. Tal vez pueda usted verle antes de que comience su despacho. Aunque es sábado, tiene prevista una jornada agotadora.

ALBERTO.- Se lo agradezco.

SECRETARIO.- Ah, se me olvidaba... Le ruego que no comente ni con el chófer ni con el mayordomo que usted asistirá al despertar de doña Carmencita. Lo aconsejan así algunas razones que...

ALBERTO.- Oh, lo comprendo, lo comprendo. Guardaré silencio.

SECRETARIO.- (Le muestra la escalera.) Por aquí, señor Rubio.

(ALBERTO comienza a subir la escalera, pero es interrumpido por el SECRETARIO, que aún está abajo.)

Me sorprende usted, de todas formas.

ALBERTO.- (Se vuelve.) ¿Por qué?

SECRETARIO.- No me ha preguntado qué hago aquí.

ALBERTO.- ¿Debería hacerlo?

SECRETARIO.- Tal vez no, por una encomiable discreción. Pero yo, en su lugar, estaría tentado de hacerlo.

ALBERTO.- Don Luis de Avellaneda y Gracia, marqués de Onrubia, catedrático de Teoría Económica de la Universidad Complutense de Madrid, autor de una obra escasa y exquisita, entre la que destaca Planificación supranacional: un futuro insoslayable, grandísimo rebelde de la según usted despreciable aristocracia española, en los años cincuenta, enfrentado al régimen de Franco, en su versión religioso-financiera de los años sesenta, expulsado de la Universidad, participante de plataformas, juntas, mesas, al parecer con alguna fortuna personal que le permite independencia y sosiego... Propuesto para el Nobel de Economía en los últimos años de Franco, y antes de la imprevisible e inusitada conversión de muchos de sus discípulos al liberalismo extremo de la segunda internacional... En efecto. Cualquiera debería preguntarse qué hace un hombre así como secretario de quien que podría ser su hijo o su discípulo.

SECRETARIO.- Así es, don Fermín fue discípulo mío.

ALBERTO.- Cualquiera se lo preguntaría. Pero yo no necesito preguntármelo. Conozco la respuesta.

SECRETARIO.- (Otra vez con suavidad.) Puedo asegurarle que no me tienta el poder. Hace tiempo que renuncié a su culto, mucho antes de que esta generación soñara siquiera con acceder a él.

ALBERTO.- Sé que no es por eso. Ya le digo que sé por qué está usted aquí.

SECRETARIO.- ¿Por qué lo sabe?

ALBERTO.- Porque antes que a usted he visto a Terán y a Piqueras.

(Silencio.)

SECRETARIO.- Claro... No se le ha escapado que... (Se detiene. Le señala a ALBERTO el resto de los escalones.) Creo que podemos subir...

ALBERTO.- Gracias, profesor. (Se vuelve y va a subir.)

SECRETARIO.- (Repentinamente.) Y usted, ¿por qué está aquí?

ALBERTO.- (Se ha detenido. Se vuelve con cuidado, con un gesto que parece invitar a que no se comente lo que parece obvio.) ...Me han invitado...

SECRETARIO.- (Insistente.) Sí, sí. Pero ¿por qué ha venido usted hasta aquí...?

(Se miran. Entre ellos hay un desnivel de escalones. ALBERTO sonríe con resignada dulzura. Los dos hombres parecen congelados, mirándose. Antes de hacerse el oscuro, comienza el intermedio musical que sirve de transición a la Escena II, fragmento 2.1¹. Entonces se hace la oscuridad sobre ambos personajes y continúa la música como única presencia. Oscuro.)

Escena II

A telón bajado, escuchamos un breve diálogo -voces en off- de ALBERTO y MIGUEL. Este último se ha encargado de despertar a su viejo amigo. Se oye en primer lugar el sonido de un teléfono. Tras unos cuantos timbrazos, responde ALBERTO.

ALBERTO.- (Off. Voz de quien se acaba de despertar y no ha descansado ni mucho menos lo suficiente.) Sí... diga...

MIGUEL.- (Off.) Buenos días. Son las ocho.

ALBERTO.- ¿Quién es?

MIGUEL.- ¿Prefieres seguir en la cama?

ALBERTO.- ¿Eres Miguel...?

² 2.1 Obertura Bodas de Fígaro, de Mozart, comienzo.

MIGUEL.- El mismo. El secretario de don Fermín estaba empeñado en despertarte él, te lo había prometido así, según parece. Pero le he insistido tanto que no ha tenido más remedio que permitirse esa pequeña transgresión del protocolo por dos antiguos amigos.

ALBERTO.- (Bostezo.) Eso está bien. Te agradezco el detalle. Me preparo enseguida.

MIGUEL.- Si no tardas mucho en asearte, te esperaré para desayunar juntos.

ALBERTO.- Bajo en quince minutos.

MIGUEL.- Es un desayuno magnífico. Lo he preparado yo mismo. No tardes.

(Sonido de colgar el teléfono. De nuevo la música pianística del comienzo -fragmento 1.1²-, que permanece lo suficiente como para producir la ilusión de un breve lapso de tiempo. El telón se levanta sobre una doble escena: una pequeña sala donde desayunan ALBERTO y MIGUEL y un despacho contiguo que tiene varias puertas de acceso.)

Tiene gracia. Así que el mayordomo te dijo que aquí había jerarquías. Pobre hombre, si eso le hace ilusión...

ALBERTO.- ¿Por qué le llamas «el mayordomo»? ¿Te molesta llamarle Piqueras?

MIGUEL.- Eso le molesta sobre todo a él. A mí no me importa que me llamen Terán.

ALBERTO.- ¿Por qué evitáis los nombres?

MIGUEL.- Por su exceso de carga afectiva.

ALBERTO.- ¿Borráis así el pasado?

MIGUEL.- Es así es como escribimos el presente.

¹ 1.1 Nocturno en la bemol mayor, de Miquel Capllonch.

ALBERTO.- Es sorprendente. No acabo de creerlo. ¿Cómo es posible que estéis en esta casa, en puestos subalternos, tres personas como vosotros?

MIGUEL.- Conoces la respuesta.

ALBERTO.- La conozco. Anoche lo comprendí en tres ocasiones, secuencialmente. Pero, como diría el profesor, son razones que no acaban de parecerme razón suficiente.

MIGUEL.- Eso es, tal vez, porque aún no has visto a Carmencita.

ALBERTO.- Carmencita era adorable, pero ahora debe de tener ya sus buenos cuarenta años.

MIGUEL.- Desde esta noche, cuarenta y uno. Te vas a llevar una buena sorpresa, Berto.

ALBERTO.- ¿Por qué...?

MIGUEL.- Ya sé que no puedo pretender que te vayas sin verla, aunque te digo sinceramente que sería lo mejor para ti. Pero sí te aconsejo que no prolongues tu estancia aquí. Celebralo, hazle un regalito, y vete mañana antes de que se despierte.

ALBERTO.- No exageres... ¿Qué es lo que me voy a encontrar?

MIGUEL.- No adelantemos acontecimientos.

ALBERTO.- (Con cierta ansiedad.) ¿Ha envejecido... mucho?

MIGUEL.- No. Precisamente es todo lo contrario. Mírame a mí. O mírate tú mismo. O esa ruina con verrugas en que se ha convertido el mayordomo, por no hablar del vejstorio del profesor. Por ella no ha pasado el tiempo. Debe de tener un pacto con el diablo. O es ella el mismísimo diablo, cuando quiere serlo. Pero también es una diosa.

ALBERTO.- ¿Y Fermín?

MIGUEL.- (Como en broma.) Fermín es quien aprovecha la luz que ella irradia.

ALBERTO.- Estás loco por ella.

MIGUEL.- Hay demasiadas cosas que tú no sabes.

ALBERTO.- No tienes por qué avergonzarte.

MIGUEL.- Eres tú quien no tiene por qué avergonzarme.

ALBERTO.- No era mi intención. ¿Desde cuándo el amor avergüenza?

MIGUEL.- Desde siempre. El amor es como la desnudez. Sólo podemos exhibirlo entre quienes se encuentran en la misma situación. Pero es algo tan privado, tan frágil, que lo defendemos en ese ámbito protector que llamamos intimidad. Hablo del amor, no de las parejas. Las parejas prefieren presumir de cosas falsas, de felicidad, de bienestar, antes que de amor, algo tan verdadero y tan íntimo que no resiste las miradas ajenas.

(Continúan el desayuno en silencio.)

ALBERTO.- Hablas de una manera... Me pregunto ahora qué queda de aquella confianza mutua entre tú, Carmencita y yo, y otras tres o cuatro personas realmente unidas.

MIGUEL.- Esa intimidad, deberías de saberlo, no sobrevive a la primera juventud. Y no se reanuda como si tal cosa después de una pausa de veinte años. De todas formas, no pretendo ocultar nada. Estoy dispuesto a contarte lo que haga falta. ¿Para qué crees que he querido desayunar contigo?

ALBERTO.- Lo dices en un tono que me recuerda aquella época en que no había comprendido la polémica ruso-china y me empeñaba en considerar tan comunistas a los unos como a los otros. Me llevaba más de una reconvención tuya.

MIGUEL.- Bah. Coqueteabas con los chinos sin saber realmente lo que significaba aquello.

ALBERTO.- Y ahora crees que no sé lo que hago al volver aquí, al aceptar esta invitación de cumpleaños.

MIGUEL.- Puedes tener datos erróneos.

ALBERTO.- (Ríe.) Miguel, siempre serás el mismo. Eras el líder porque nos hacías comprender que tú volvías cuando nosotros íbamos. Tus métodos no han cambiado.

MIGUEL.- Por tu bien, espero que tampoco tú hayas cambiado. Cuando me dijeron que te habías ido, temía que te hubieras largado a la China, ahíto de Bettleheim. Pero fuiste prudente. Tu corazón estaba en la China de Mao, pero tu destino te aguardaba en la América de Nixon y la guerra del Vietnam.

ALBERTO.- ¿Qué tiene que ver...?

MIGUEL.- Tiene que ver. Espero, simplemente, que seas prudente otra vez. Lo deseo por tu bien y confío en ello porque, en tu caso, el corazón no solía tener razones que la razón desconociera.

ALBERTO.- Eso parece una variante de las teorías del profesor.

MIGUEL.- Sólo parafraseaba a Pascal. Viví un año en Clermont-Ferrand. Fue después de irte a América. París y Londres por vocación. Clermont por necesidad. Allí está Pascal en cada esquina.

ALBERTO.- ¿Qué es eso de que fuiste a Clermont por necesidad?

MIGUEL.- Vivía allí un tío mío, hermano de mi madre, un republicano exiliado en pleno Macizo Central. Me vino muy bien entre mi trabajo político con los comunistas españoles de París y los platos que fregué en Londres. Mi tío me permitió comer y dormir sin sobresaltos durante un año. Gracias a él me doctoré en París.

ALBERTO.- ¿Y en Londres...?

MIGUEL.- Estuve a punto. En Cambridge, de veras. Al menos aprendí suficiente inglés para entrar en contacto con la bibliografía más insospechada. Ya lo ves, yo también tuve que irme. En el fondo, lo que sucede es que tú lo comprendiste de repente, y lo hiciste porque pudiste hacerlo. Yo tardé más, del mismo modo que ha habido otros que no lo comprendieron nunca.

ALBERTO.- Y después vinieron los éxitos...

MIGUEL.- Tanto como éxitos... Un escándalo por negarme la cátedra, escándalo que se olvidó, y yo sigo sin cátedra. No lo lamento. Gané mucho dinero después.

ALBERTO.- Me enteré de que te habías convertido en un economista cotizado.

MIGUEL.- En un cotizado escritor en materias económicas. Y consejero de esto y lo otro. Pero en política todo fue mal...

ALBERTO.- Jugaste en el equipo perdedor.

MIGUEL.- Era el único equipo que había entonces.

ALBERTO.- Y ahora, ¿qué queda de todo aquello?

MIGUEL.- Queda... Queda, por lo pronto, Carmencita, que siempre estuvo ahí. Quedan recuerdos, ahora irónicos, de mi etapa en el partido, en Madrid y en París.

ALBERTO.- ¿Recuerdos irónicos...?

MIGUEL.- Sí. ¿No te acuerdas del respeto hacia la clase obrera? Resulta irónico que ahora haya desaparecido ese respeto, que incluso la despreciemos todos. Sí, todos, esa es la verdad. En París la cosa se complicaba. Había un gran respeto hacia el tercer mundo, muchos de cuyos representantes orientales, negros o árabes vivían allí. Ese respeto de algunos era simultáneo al racismo de muchos. Nosotros nos sentíamos deudores de aquellos árabes, de aquellos negros. Había algunos, muy despabilados, que se las arreglaban para sacar provecho de nuestro sentido de culpa europeo. No eran, ni mucho menos, los más desfavorecidos, pero eso les servía para todo, desde la obtención de préstamos sin devolución hasta el arreglo higiénico de su vida sentimental con jovencitas fascinadas por el auge de las civilizaciones periféricas. A veces te sorprendías disculpándote de ser blanco. Mientras, ignorábamos a los que realmente lo pasaban mal, que seguían pudriéndose en París, explotados, despreciados, y sin una mala caricia de mujer. Ya has visto qué quedó de todo aquello. Ahí tienes los países que tanto prometían. Y todavía hay quienes siguen buscando la etapa superior del imperialismo, la etapa superior del colonialismo, la etapa superior de la etapa superior... Tardamos mucho en darnos cuenta de que no hay más cera que la que arde.

ALBERTO.- En América las cosas no son tan distintas. Yo llegué en pleno auge de los *black panthers*, cuando Berkeley estaba aún calentito, cuando la gente quemaba las cartillas de reclutamiento. Se acabaron pronto los *black panthers*, por la fuerza o por la disuasión; no quedó nada del movimiento estudiantil, al contrario, la universidad es una fábrica de *winner*s, para los que todo es dinero, o de *loser*s, para los que todo es desesperación. Y la guerra de Vietnam alcanzó unos extremos inimaginables antes. No tardaron en darle el premio Nobel de la paz a uno de sus artífices.

MIGUEL.- Hay quien dice que se lo dieron por el éxito del golpe de estado en Chile un mes antes. Pero, ya ves, lo de Chile, precisamente, fue el principio del fin. Entonces no podíamos darnos cuenta. Ahora todo queda demasiado lejos. Prefiero no recordar estas cosas. Hace mucho que no hablo de ellas, y veo que me voy a cabrear. Prefiero hablar de ti, cuéntame qué les enseñas a los yanquis.

ALBERTO.- Nada importante. Literatura española. Historia social y económica de España. Bobadas.

MIGUEL.- Es lo que te ha interesado siempre. Pero hiciste bien en irte a América a enseñar eso. Sólo a ellos puede interesarles. La literatura la suprimirán de la enseñanza cualquier día.

ALBERTO.- A ti te gustaba. Siempre estábamos discutiendo de todo eso. Bueno, no discutíamos... Aceptábamos tu preclara opinión.

MIGUEL.- En cuestiones de historia, sí, pero la literatura nunca ha sido mi fuerte.

ALBERTO.- Cómo que no. Aún recuerdo tus teorías sobre el papel de los escritores y los intelectuales en la huelga general...

MIGUEL.- Pero eso es otra cosa. El papel de los escritores... Qué cosas decíamos en aquellos tiempos. No me des detalles de lo que decía, me voy a ruborizar.

(Se oye un timbre estridente. MIGUEL se levanta con gran impulso.)

¡A formar!

(Pasa inmediatamente al despacho contiguo y allí manipula unos mandos. Surge una animada música, fragmento 2. 2³. Regresa en busca de la bandeja del desayuno y, cuando va a desaparecer por la izquierda, se siente observado por ALBERTO. Vuelve entonces a su tono de siempre.)

¿Sabes? A esta pequeña familia a veces le gusta parecerse a un gran ejército.

(Sale rápidamente por la izquierda. Vemos aparecer en el despacho de FERMÍN DE LA ROSA, al SECRETARIO y al MAYORDOMO, que forman en revista militar.

Permanecen en silencio, en posición descanso. A la izquierda, en la cámara contigua, ALBERTO no los ve; sólo repasa sonriente las imágenes de hace un momento y concluye su desayuno. Durante la escena siguiente, en la que ALBERTO aguarda, esta parte del escenario permanecerá oscura. Aparece MIGUEL en el despacho, ya con chaqueta abotonada, y se coloca junto a los otros dos, también en silencio. Todos ellos esperan la llegada de FERMÍN, que aparece inmediatamente antes de que concluya la segunda exposición completa del tema musical. La música, según lo previsto en este pequeño y nada solemne ceremonial, se diluirá poco a poco. El propio TERÁN, en un momento dado, desconectará el aparato.)

FERMÍN.- Buenos días, caballeros.

LOS OTROS.- Buenos días, don Fermín.

FERMÍN.- Descansen.

(Así lo hacen, pero es tomado todo como una broma, un chiste privado que sin duda se repite desde hace tiempo.)

FERMÍN.- Novedades graves.

³ 2.2 Carmen, de Bizet. Comienzo del acto IV, la feria.

SECRETARIO.- Ninguna, señor.

FERMÍN.- Novedades desagradables.

SECRETARIO.- Ninguna, señor.

FERMÍN.- Otras novedades.

SECRETARIO.- Una, señor. Según lo previsto, nuestro invitado ha llegado esta madrugada. Exactamente, a las tres treinta.

MAYORDOMO.- Y se entrevistó, sucesivamente, con nosotros tres.

FERMÍN.- ¿Por qué razón?

MAYORDOMO.- Tenía la pretensión...

MIGUEL.- Por favor, por favor, estamos haciendo esperar al señor Rubio.

FERMÍN.- Es cierto. Más tarde veremos eso, Piqueras.

MIGUEL.- Si el señor desea conocer las cosas con exactitud, consúltenos también al secretario y a mí.

FERMÍN.- Desde luego, Terán, me hago cargo. Ahora me gustaría que hicieran ustedes pasar a nuestro invitado. Aunque no sé si será adecuado hacerle salir poco después cuando despachemos los asuntos. ¿Qué opina usted, marqués?

SECRETARIO.- Si he de serle sincero, señor, acariciaba ya una idea. El señor Rubio viene de Estados Unidos, un país que, nos pongamos como nos pongamos, es una gran potencia industrial y de servicios...

MIGUEL.- ...y militar...

SECRETARIO.- ...Y militar. Una gran potencia que se basa, sobre todo, en la eficiencia de sus directivos. Si admitiéramos al señor Rubio en nuestro despacho de hoy podría darse cuenta de hasta qué punto han cambiado las cosas en nuestro país, con qué celeridad y eficacia se resuelven ahora los asuntos, cómo lo que antes parecía y era inerte es ahora de un inaudito dinamismo...

MAYORDOMO.- (Interrumpe al SECRETARIO, se dirige a FERMÍN.) Permítame el señor que desaconseje la realización de esa idea.

SECRETARIO.- (Que lo esperaba.) ¿Por qué razón?

MAYORDOMO.- ¿Cómo quiere que nos respeten en el extranjero si invitamos a los demás a que acudan al despacho privado de nuestros asuntos? Ni que fuéramos las Cortes.

SECRETARIO.- Hoy no vamos a tratar más que asuntos de intendencia general. Y el señor Rubio no es un extranjero, sino un compatriota que está lejos desde hace largo tiempo.

MAYORDOMO.- Insisto en que lo considero inconveniente. Cómo vamos a tratar delante del señor Rubio de las retribuciones del cocinero, el permiso por maternidad de la doncella, el plus solicitado por los jardineros y, lo que es peor, la redacción de aquel conflictivo punto en el convenio laboral del Ministerio del que don Fermín es dignísimo subsecretario?

MIGUEL.- (Se dirige a ambos, pero espía el efecto de sus palabras sobre FERMÍN.) Señores, les recuerdo que el señor Rubio está esperando.

MAYORDOMO.- Terán, puedo citarle personas que han esperado a don Fermín durante horas. Que yo sepa, el señor Rubio desayuna en estos momentos al otro lado de la puerta.

MIGUEL.- ¿Cómo lo ha sabido? ¿Ha puesto micrófonos o ya ha instalado un circuito cerrado de televisión? Comprendo que a su avanzada edad no se pueden abandonar ciertas costumbres, pero le aconsejaría que se armara del suficiente pudor como para no hacerlas demasiado ostensibles.

MAYORDOMO.- Me aconseja usted pudor a mí, usted, que alentó anoche al señor Rubio a abrir la puerta del dormitorio de doña Carmencita.

MIGUEL.- Miente usted con el mismo estilo de siempre, el que va desde el referéndum de 1966 hasta el espíritu del doce de febrero.

MAYORDOMO.- Me encierra usted en muy estrechos límites. Yo empecé a trabajar mucho antes. Por fortuna, no soy hijo de señorito.

MIGUEL.- Es decir, que al menos sospecha usted de quién es hijo.

MAYORDOMO.- (Se contiene.) No bromeé con cosas peligrosas.

SECRETARIO.- (Alarmado, les interrumpe.) Señores, les recuerdo que el señor Rubio está esperando.

MIGUEL.- Marqués, creo que es evidente que el mayordomo intenta que don Fermín, involuntariamente, ofenda al invitado.

(El MAYORDOMO se vuelve hacia una ventana. Intenta darse importancia ante FERMÍN, pero éste se ha retirado a su asiento, francamente divertido ante una escena que también debe de serle muy familiar. El SECRETARIO mira al MAYORDOMO, que se ha vuelto de espaldas, y a FERMÍN, que les contempla como espectador de una comedia.)

SECRETARIO.- ¿Usted cree? Por favor, cómo puede pensar eso del mayordomo. Es una persona muy correcta que sería incapaz de ir en contra de lo dispuesto por el señor...

(Mira a FERMÍN, pero no encuentra ningún apoyo en él, sino una sonrisa divertida y benevolente. Siguen hablando, en alto, como si estuvieran solos.)

MIGUEL.- El señor no ha dispuesto nada en concreto. La ley general de esta casa en cuanto a invitados es tratarlos con corrección según las costumbres de la hospitalidad. Pero el señor Rubio es otra clase de invitado.

SECRETARIO.- Entonces, no hay ningún problema. El señor le dará esas órdenes, sin duda.

MIGUEL.- ¿Usted cree?

SECRETARIO.- (Turbado, mira a FERMÍN, que sigue sonriendo como espectador.) Estoy... estoy convencido de ello. Yo mismo se lo diré.

MIGUEL.- ¿Quién le dice a usted que el señor no hará caso de la... digamos de la corazonada del mayordomo, que desde el primer momento ha juzgado mal al señor Rubio?

SECRETARIO.- ¿El señor hacer caso al mayordomo? ¿Por qué razón habría de hacerlo?

MIGUEL.- ¿Por qué no? Es un fiel servidor de esta casa y de esta familia. Todos somos iguales, viva la democracia, ¿no era eso lo que queríamos?

(Risa incontenible, pero breve, de FERMÍN, que se reprime y sigue observando. MIGUEL, impasible, continúa su perorata.)

Creo que es deber de usted informar debidamente a don Fermín. Ya sabe usted que Rubio, doña Carmencita y yo fuimos muy buenos amigos hace más de veinte años, en la época de la clandestinidad...

(Nueva risa incontenible de FERMÍN, y repetición del mismo juego.)

Hace tanto tiempo que algunos han olvidado todo.

MAYORDOMO.- **(Se vuelve hacia ambos.)** Señores, les recuerdo que el señor Rubio está esperando.

MIGUEL.- ¿Le preocupa mucho?

MAYORDOMO.- El señor Rubio no figura entre mis preocupaciones más graves.

MIGUEL.- ¿Tiene usted preocupaciones graves?

MAYORDOMO.- A eso sólo responderé en presencia de mi abogado.

MIGUEL.- Época feliz ésta en la que cualquier tipo de delincuente tiene derecho a abogado.

MAYORDOMO.- Triste época ésta en que los deslenguados acaparan la palabra.

FERMÍN.- **(Interviene por fin, después de su racionada diversión matinal, y acaso también para evitar males mayores.)** Señores, les recuerdo que el señor Rubio está esperando.

(Pequeña pausa. Los «contendientes» se recuperan.)

MAYORDOMO.- Tiene razón don Fermín.

SECRETARIO.- Como siempre, es don Fermín quien dice la palabra justa para llegar a la conciliación.

FERMÍN.- Le agradezco ese elogio, marqués. Pero usted sabe muy bien que la conciliación no es posible sin el concurso de los conciliados. **(Espera de ellos una decisión.)** Ustedes dirán.

SECRETARIO.- Señores, en mi opinión la cosa está clara. Ya que no hay ningún asunto delicado que tratar en el despacho de hoy, el señor Rubio podría presenciar parte de nuestro trabajo diario. La cuestión es si estamos en contra o a favor de su presencia.

FERMÍN.- Así es, caballeros. Por lo tanto, no queda más que adoptar esa decisión por mayoría. Veamos. Votos a favor de la presencia del señor Rubio en el despacho de asuntos que va a empezar inmediatamente.

(Los otros tres levantan la mano.)

MIGUEL.- **(Al ver que el MAYORDOMO levanta la mano.)** ¡Ah, vaya! Creí que no era usted partidario de que pasara Rubio.

MAYORDOMO.- Me disgusta mucho perder una votación.

MIGUEL.- **(Burlón.)** Ni que se presentara candidato...

MAYORDOMO.- Detesto encontrarme en el bando perdedor. Votar en contra sería prestarme al apaño. Ustedes son mayoría.

FERMÍN.- Yo podría votar en contra.

MAYORDOMO.- El señor Rubio es su invitado. No votará contra él. Fermín, no sería contra él, sino contra su presencia aquí.

MAYORDOMO.- Presencia que yo no voy a discutir, puesto que he votado a favor.

SECRETARIO.- En cualquier caso, don Fermín, tal vez sería adecuado que nosotros tres saliéramos un momento mientras usted saluda a su invitado.

FERMÍN.- Sí, es lo mejor. Pueden salir por esta otra puerta. Hágle pasar usted mismo, marqués.

SECRETARIO.- Disculpe, don Fermín. Le sugiero que sea usted quien vaya a recibirlo.

MIGUEL.- **(Para sí.)** Sería un detalle.

FERMÍN.- **(Burlón.)** ¿Y por qué habría de hacerlo?

SECRETARIO.- Compréndame... Quiero decir que... es su invitado.

FERMÍN.- Y eso qué importa. Hay ciertas formas que es preciso conservar. ¿No le parece, Terán?

MIGUEL.- Claro, don Fermín. ¿Hasta dónde podríamos llegar, si no...?

FERMÍN.- No se burle, Terán, o soy capaz de replantear la votación de nuevo y unirme a Piqueras.

(Ríe, muy animado. Los otros, tras reaccionar, se unen en un coro de risas de lo más diverso.)

MIGUEL.- Por mí no hay inconveniente, don Fermín. Por mí podemos votar cuantas veces disponga. **(Con intención.)** Nunca se sabe cuándo una nueva votación puede apearlos de nuestra ilusoria seguridad.

SECRETARIO.- Tal vez podría introducirle Terán, en razón de aquella vieja amistad.

FERMÍN.- No me perdonaría defraudarle a usted, marqués. Yo mismo le recibiré. **(Con cierto enfado.)** Ha sido usted, Piqueras, quien ha estado a punto de sacar las cosas de quicio.

MAYORDOMO.- **(Desagradablemente sorprendido.)** ¿Yo, don Fermín...?

FERMÍN.- No hablemos más del asunto, maldita sea, o el señor Rubio se va a pudrir ahí. Está bien hacer esperar a administrados, sobre todo cuando vienen a pedir algo, pero en este caso se trata de un amigo de la casa que se encuentra en el extranjero haciendo patria. No se hable más. Señores, esperen fuera, les llamaré enseguida.

(Aún no repuestos del súbito cambio de humor de FERMÍN, se retiran los otros tres, sin saber si decir algo o hacer alguna señal de asentimiento. A solas, FERMÍN se recompone mínimamente y va a la puerta tras la que se encuentra RUBIO. Se ilumina entonces la cámara contigua y vemos a ALBERTO con visibles muestras de impaciencia. FERMÍN tras abrir la puerta.)

Amigo Rubio... Le ruego disculpe este retraso, ajeno por completo a mí.

ALBERTO.- Fermín... No se preocupe... **(Va a darle la mano, pero ante los brazos abiertos de FERMÍN se deja abrazar.)**

FERMÍN.- No sabe cuánto me ha hablado Carmencita de usted.

ALBERTO.- Es un placer estar aquí.

FERMÍN.- ¿Le importa si nos tuteamos?

ALBERTO.- Por favor, eso es obligatorio en este país, y más en una vieja amistad.

FERMÍN.- Me honra incorporarme a esa amistad.

ALBERTO.- Después de tantos años de ausencia, no sé si soy yo quien debe hablar de incorporarse.

FERMÍN.- Tengo entendido que no has venido a menudo a España desde hace veinte años. **(Le invita a tomar asiento en un cómodo sofá separado de la mesa de despacho.)**

ALBERTO.- No tenía ánimos. Desconfiaba de lo que estaba sucediendo.

FERMÍN.- Ah, sí, la transición. Pero eso es ya historia. Hubo una lógica resistencia por parte de los franquistas, que fue permitida por la lenidad de los gobiernos de derecha. Una ridícula maniobra: o nosotros o el fascismo. Y, claro, la gente acabó diciendo que ninguno de los dos. A continuación, se arregló todo.

ALBERTO.- ¿Todo?

FERMÍN.- Por lo menos, lo fundamental. El sistema está consolidado, eso es indiscutible. No sé cómo se verán las cosas de España a tanta distancia.

ALBERTO.- La mayor parte de las veces no se ven. Y cuando se ven, se ven muy pequeñas.

FERMÍN.- ¿Es cierto que en Estados Unidos la gente no sabe dónde está España?

ALBERTO.- Estados Unidos está lleno de analfabetos. No tanto como España, pero sí como cualquier otro país europeo.

FERMÍN.- No pretendo atacar a ese maravilloso pueblo. Tal vez sea lógico pertenecer al país más poderoso del mundo y olvidarte de estudiar la geografía del resto del planeta.

ALBERTO.- Si no estoy mal informado, tú tienes ya una considerable experiencia americana.

FERMÍN.- Sí, estudié allí algún tiempo. Lo mío es la economía. Ciencias empresariales, organización, informática. Estudié en Inglaterra y en Estados Unidos.

ALBERTO.- Y cómo va la economía aquí.

FERMÍN.- Demasiado bien para lo que nos toca lidiar. La gente no hace más que gastar. Este pueblo desconoce el ahorro. No es que crea que el ahorro sea una virtud. Es una necesidad, sobre todo en una economía con tales presiones inflacionarias. Pero la gente, a gastar, a vivir, que son dos días. Y la inflación devora las rentas inmediatamente. No hay manera de hacer carrera de nuestros compatriotas. Si quieres que gasten menos, ya sabes lo que hay que hacer.

ALBERTO.- No lo sé. Qué hay que hacer.

FERMÍN.- Pues poner más impuestos a las rentas de trabajo. Tomar medidas de política monetaria. Dar instrucciones a la patronal para que se ajuste a una razonable moderación salarial. La gente a veces no comprende estas medidas. Para nosotros es doloroso tener que ponerlas en práctica, pero no hay otra alternativa. Todo el que sepa algo de economía tiene que admitir que es lo único que se puede hacer.

ALBERTO.- He leído un periódico de ayer que se refería al paro que hay en estos momentos. Parece que es uno de los grandes problemas.

FERMÍN.- El paro es un problema, sí. Ha sido la herencia de la nefasta política de la derecha. Pero en los últimos años se ha moderado mucho el paro. Lamentablemente, los sindicatos no colaboran en la nueva creación de empleo.

ALBERTO.- Sus dirigentes no deben saber gran cosa de economía.

FERMÍN.- No te burles. La verdad es esa, no saben nada. Además, hay mucho corporativismo por medio. Hay sectores auténticamente privilegiados: los empleados de banca, los funcionarios, los obreros especializados. En cambio, otros se mueren de hambre. Hay grupos que nunca encuentran un trabajo, como los jóvenes.

ALBERTO.- ¿No es posible a corto plazo el pleno empleo?

FERMÍN.- (Ríe y meneaba la cabeza.) Alberto, por favor. Qué terminología la tuya. El túnel del tiempo. Te acabo de decir que nuestros males parten de la inmoderación de los salarios. Y encima quieres que haya lo que los keynesianos llamaban pleno empleo. Venga, venga.

ALBERTO.- Entonces, no es bueno que descienda el desempleo.

FERMÍN.- No es bueno que descienda de una vez. Todo tiene que ir poco a poco. Si no, como siempre, los más perjudicados serán precisamente los que tienen un trabajo, porque no tardarían en perderlo.

ALBERTO.- Entonces, el pleno empleo no es ya un objetivo.

FERMÍN.- Digamos que los objetivos son más amplios. Empleo, sí, pero no cualquier empleo. No un empleo que deba ser destruido mañana. No un empleo que no arregle nada, que sea nueva fuente de inflación estructural.

ALBERTO.- El objetivo cuál es, entonces.

FERMÍN.- Una economía sana, ni más ni menos. Competitiva. Abierta. De punta. Mecanizada.

ALBERTO.- ¿Y los parados?

FERMÍN.- En este momento los parados cumplen una función desagradable, pero necesaria para el definitivo relanzamiento, la verdadera modernización de las estructuras productivas.

ALBERTO.- No creo que eso les consuele gran cosa. ¿Reciben algún subsidio por ello?

FERMÍN.- Está el subsidio de paro, que no llega a todos, claro está... Nuestro sistema no puede permitirselo. Está la economía sumergida. Está el mantenimiento del parado en virtud de la solidaridad familiar...

ALBERTO.- Y, supongo, como en Estados Unidos, mediante el trámite de la delincuencia, la prostitución, la vida marginada. Lo que llamábamos en tiempos «conducta desviada» después de leer quince minutos una reseña sobre Thomas Merton.

FERMÍN.- La delincuencia es inevitable. Y, estadísticamente, aquí es mucho menor que en otros países.

ALBERTO.- Bueno. Entonces, el paro ya no es una disfunción, sino un objetivo a mantener.

FERMÍN.- (Ríe.) El paro, un objetivo a mantener. Tiene gracia. Y para qué querríamos mantenerlo.

ALBERTO.- No sé. Tal vez por aquello del ejército de reserva.

FERMÍN.- (Ríe aún más.) Ahora te comprendo. Rubio, eres un cachondo mental. Empiezas con palabros keynesianos y ahora te pones marxista. Me gusta tu sentido del humor. Eso merece que nos tomemos un café. (Se levanta. Llama por un timbre al exterior. Por el teléfono.) Que pase el mayordomo. (Cuelga y vuelve con ALBERTO.) Ya conoces a todos, ¿no?

ALBERTO.- Sí, al marqués, es decir, al profesor, y también a Miguel y a... a Piqueras.

FERMÍN.- Un tipo con muchos humos, ¿no crees? Pero yo sé tratarlo.

(Dos golpecitos en la puerta y entra el MAYORDOMO.)

MAYORDOMO.- Señor de la Rosa.

FERMÍN.- No hay ninguna llamada telefónica. ¿Qué significa eso?

MAYORDOMO.- Cómo... Bueno, sigue desconectada la línea. Las llamadas se reciben en la secretaría y se registran de acuerdo con sus instrucciones.

FERMÍN.- ¿Cuántas llamadas ha habido hoy?

MAYORDOMO.- No lo sé, señor de la Rosa. El señor secretario debe de saberlo.

FERMÍN.- Y usted, ¿por qué no lo sabe?

MAYORDOMO.- Que por qué... Bueno, no es cometido mío.

FERMÍN.- Sabe usted perfectamente que sí es cometido suyo. Así que cálese y diga que me pasen las llamadas importantes. Eso sí, sólo las importantes.

MAYORDOMO.- Enseguida, señor...

FERMÍN.- Y vuelva usted inmediatamente.

(Completamente desconcertado, sale el MAYORDOMO.)

En el fondo, les encanta que se les trate así. Es la psicología del fascismo. ¿Has leído a Erich Fromm?

ALBERTO.- Erich Fromm... Eso sí que me parece un viaje por el túnel del tiempo. Cuando yo era joven se leía mucho uno de sus libros más insoportables.

FERMÍN.- Qué te ha parecido. Ése era Piqueras. Habrás visto lo fácil que es ponerle en su sitio.

ALBERTO.- Por mí puedes continuar. No te ha salido mal, pero quizás vendría bien un toque de virtuosismo.

FERMÍN.- Será a petición. Lo malo es que en estos casos uno tiene la tentación de pasarse.

ALBERTO.- Virtuosismo, sí. Exceso, no.

FERMÍN.- **(Ríe con ganas.)** Eres un cachondo, Alberto. Virtuosismo, sí. Excesos, no. Parece un slogan de manifestación de parados, o de pensionistas... Pensiones, sí. Miseria, no.

ALBERTO.- **(Ríe.)** ¿Eso gritan los pensionistas?

FERMÍN.- **(Se desternilla.)** Sí, eso gritan. Qué pena que no vivas aquí. Nos íbamos a reír mucho.

ALBERTO.- No creas. Allí también te puedes reír de lo lindo por menos de nada. No todos los países tienen como presidente durante ocho años a un oligofrénico. Y, además, elegido por sufragio universal.

FERMÍN.- **(Ríe aún más.)** ...Un oligofrénico... Sufragio universal... **(A estas alturas, ya llora de risa.)**

(Entra de nuevo el MAYORDOMO, que queda perplejo ante las risas de ambos. Se queda parado, casi en posición de firmes, en espera de nuevas instrucciones. ALBERTO le ve y su risa se congela en el acto. FERMÍN sigue aún unos segundos, pero al advertir el silencio de ALBERTO, se vuelve y ve con desagrado al MAYORDOMO. Adopta pose de patrón severo con sirviente estúpido.)

¿Se puede saber qué hace usted ahí parado? ¿Y el café?

MAYORDOMO.- ¿El café? ¿Qué café?

FERMÍN.- Le hemos pedido café, no me diga que no.

MAYORDOMO.- No, señor... Me ordenó el señor que diera instrucciones sobre las llamadas que se recibieran y...

FERMÍN.- Y le pedimos unos cafés. Yo quiero un café con leche. ¿Y tú, Alberto?

ALBERTO.- También, también...

FERMÍN.- Ya lo sabe, no necesito repetírselo.

MAYORDOMO.- **(Con estupor.)** ¿Debo traerlos yo...?

FERMÍN.- Claro, quién, sino no...

MAYORDOMO.- Llamaré a la camarera.

FERMÍN.- Nada de camareras. Hoy es sábado y conviene darle un poco de asueto a las clases trabajadoras. **(Se queda mirando al MAYORDOMO, intenta dominar su risa, pero al final cede ante la gracia que le hace lo que acaba de decir. Se vuelve a ALBERTO.)** Me río, pero es la pura verdad. Es conveniente, ¿no?

ALBERTO.- Claro. No hay que agitar las contradicciones en la base.

FERMÍN.- **(Ahora tiene que acudir al sofá para no caerse de la risa.)** Las contradicciones... La base... Eres un cachondo, un cachondo, Alberto.

(En su risa, se vuelve y ve parado al MAYORDOMO. Deja de reír y va a espetarle algo desagradable, pero el MAYORDOMO ya ha tenido tiempo de hacerse una composición de lugar, ha comprendido que es uno de los show favoritos de su señor y contraataca como puede. De momento, se adelanta con impertinencia.)

MAYORDOMO.- ¿Deseaba algo más el señor?

FERMÍN.- Deseaba que ya estuviera aquí el café.

MAYORDOMO.- El señor sabrá disculpar esta acumulación de torpezas en una sola mañana.

FERMÍN.- No sé si sabré. No sé si tengo que saberlo.

MAYORDOMO.- Le sugiero al señor que me dé orden de salir para traer esos cafés que los señores esperan.

FERMÍN.- Y yo le sugiero a usted que deje de sugerirme cosas. Tengo ya mi propio departamento de sugeridores...

(Se detiene, también esto le hace una gracia tremenda. Va a reír y el MAYORDOMO le interrumpe con nueva y sutil impertinencia.)

MAYORDOMO.- Si el señor me disculpa...

FERMÍN.- (Congelada su risa.) El señor no se disculpa a sí mismo por aguantarle a usted, Piqueras.

MAYORDOMO.- El señor está de muy buen humor esta mañana.

FERMÍN.- Fuera de mi vista, mayordomo impertinente. Traiga el café de una vez, a ver si puedo pensar con calma qué fórmula de despedido le convendría mejor.

MAYORDOMO.- (Le suena a conocido todo ello.) Con permiso, señor. **(Mutis.)**

FERMÍN.- Te das cuenta. Es un tiparraco. No sé cómo lo aguanto.

ALBERTO.- Para ser un profesional, tarda mucho en advertir que le están torturando.

FERMÍN.- Alberto, no sigas, que esta mañana ya he tenido una buena ración de risa. ¿Qué hago, le despido, o no?

ALBERTO.- No lo harás. Parece un pariente digno y arruinado que comprende las debilidades de su primo rico y caprichoso que le mantiene.

FERMÍN.- Qué... **(Lo rumia y ríe de nuevo.)** Dignidad, éste... No. Es lo que es y se nota. Por lo menos, yo se lo noto.

ALBERTO.- Pero le mantienes ahí.

FERMÍN.- Es una vieja historia... y forma parte de ella. Está Carmencita por medio. Qué quieres que haga. Y aunque te sorprendas, te diré que es muy útil.

ALBERTO.- Prefiero no hablar más de ese tipo. Y te advierto que no me fio de lo que puedan contener los cafés que traiga.

FERMÍN.- (Ríe.) Otra de las tuyas. ¿Sabes? Podemos obligarle a que los pruebe antes de tomarlos nosotros. Qué golpe, ¿no crees?

ALBERTO.- Para él sería una amplia victoria moral. Sabría así que hemos estado hablando de él todo este tiempo.

FERMÍN.- Qué pena. Sería una broma cruel. Hay un acuerdo tácito en no recordarle el pasado de manera explícita. Pero a veces lo hago mediante sugerencias. Es un curioso deporte de esta casa. Todos se recuerdan cosas de manera más o menos indirecta. Es francamente divertido. Lo pasamos muy bien.

ALBERTO.- ¿Y de ti no recuerdan nada?

FERMÍN.- Nada pueden recordar de mí. En ese pasado en que todos estaban revueltos, yo no existía. Quiero decir que existía en otra parte. Mi pasado es mío. En cambio, el de cada uno de ellos es de todos los demás.

ALBERTO.- ¿También el de Carmencita es de todos los demás?

FERMÍN.- No necesitarás estar mucho tiempo aquí para darte cuenta de que el pasado de todos ellos es el de Carmencita, en la medida en que ella lo quiere así. Pero que el pasado de Carmencita no les pertenece. Carmencita es bella, grácil, espiritual. No tiene pasado. Sólo tiene presente.

(Suena un timbre.)

Ya empezamos. **(Toma el auricular.)** Síííí...

(Silencio.)

¿A estas horas? (...) Sí, casi las nueve y media, por eso digo. Está bien, marqués, póngame usted...

(Silencio. Tapa el auricular. Le informa a ALBERTO.)

Es el ministro.

(Gesto de ALBERTO, como impresionado.)

Buenos días, preciosa. ¿Qué tiene tu señorito para mí? (...) Claro, por supuesto, Carmencita está feliz. Aún duerme. Pobrecita, le espera un día muy duro. Los cumpleaños son así, sobre todo si son tan sonados. Viene gente de todas partes. (...) Está bien, ponme con él.

(Silencio, algo más prolongado. El señor ministro se hace esperar. Ante la primera palabra que pronuncia el excelentísimo personaje al otro lado del hilo, FERMÍN reacciona casi con un taconazo.)

Buenos días, ministro (...) Sí, ministro (...) No, ninguna novedad en ese sentido.

(ALBERTO se ha levantado, y hace un gesto significativo de irse a retirar, por discreción. FERMÍN le ha hecho otro para que se quede, que no importa. En realidad, va dedicarle la faena a su nuevo amigo.)

El texto del proyecto estará dispuesto el miércoles, a más tardar. El contrato, una semana más tarde. La rueda de prensa será el mismo día. Contamos con la presencia de Juan Riquelme. (...) Sí, ministro, te tienes que acordar de él. Es del sindicato, y siempre ha estado dispuesto a oponerse a la ejecutiva. De los antiguos, es el único con el que podemos contar. Por lo menos, es el único que no me mira con odio cuando le llamo compañero. **(Se ríe de su propia gracia, pero algo le deben reprochar al otro lado.)** Nada, ministro, cosas más. Es que me río mucho con los del sindicato. (...) Pues no te lo aconsejo, ministro. Eso es malo para la salud. Yo prefiero reírme. (...) ¿Que para qué? Bueno, pues Riquelme puede estar allí y declarar que el proyecto es espléndido, que va a suponer tantos y tantos puestos de trabajo, que los obreros están de enhorabuena.

Todo eso. (...) No seas modesto, ministro. Se te habría ocurrido también a ti si no fuera porque estás en un punto más elevado de pensamiento. Estas cosas de andar por casa las tiene que pensar alguien. Y aquí estoy yo para eso. (...) No, no soy yo el modesto ahora. Me encanta mi trabajo, hasta lo encuentro divertido. (...) Hoy, sí, tengo un día muy movido. Lamento que no vayas a estar con nosotros. Carmencita lo lamenta aún más que yo. (...) **(Ríe, algo histérico, en falsete, reacción lógica ante un rasgo de humor que viene directamente del poder, del que FERMÍN, aparentemente, ocupa un escalón inmediatamente inferior.)** Ministro, a tus órdenes. Estaré toda la mañana despachando. (...) Como ordenes. (...) Buenos días, buenos días. **(Cuelga.)** No me dejan tranquilo.

ALBERTO.- Qué vida tan esclava.

FERMÍN.- Hombre, tanto como esclava. Los esclavos son otros.

ALBERTO.- También es verdad. Pero no todo el mundo sabe reconocerlo como tú. Entonces, a ti te gusta mandar.

FERMÍN.- ¿Gustarme? ¡No! Me encanta...

(Ríe secundado por ALBERTO.)

ALBERTO.- Qué tiene eso de mandar.

FERMÍN.- No me digas que no lo sabes.

ALBERTO.- No lo sé.

FERMÍN.- Sí lo sabes. Todo el mundo ha mandado alguna vez. Es maravilloso dar una orden y que se cumpla, que haya gente para cumplir órdenes y que te paguen para que ordenes cosas, que hayas estudiado para ordenar cosas y que todos los días y a cada momento se produzca el milagro de la sustanciación de la orden en su cumplimiento correlativo. Pero, no creas. No me gusta mandar por mandar. Quiero mandar porque tengo razón y porque tengo razones. Mis razones y mi razón. Hay un programa, hay una política, hay unas razones. Y yo los cumplo. ¿Cómo? Mediante órdenes que le doy a un equipo en virtud de una línea jerárquica de la que ocupo el punto más elevado.

ALBERTO.- ¿El más elevado no es el ministro?

FERMÍN.- Casi nunca. En mi caso, no lo es. Los ministros están para la foto grande. Yo estoy para la pequeña... y para llevar las decisiones a su puerto. Yo tengo línea directa con el partido y soy un hombre de partido. El ministro ha sido enviado a eso que le acabo de decir, a un punto más elevado de pensamiento. Y no estoy ironizando. Es de lo más presentable que tenemos. Por lo tanto, hay que presentarlo. Pero alguien tiene que hacer el trabajo.

(Llaman. FERMÍN casi grita adelante. Entra el MAYORDOMO con los cafés.)

Ah, vaya, not too soon, Piqueras.

MAYORDOMO.- (Que no comprende.) O.K., mister, O.K. (Se ha puesto desde el principio a servir los cafés en la mesita.)

FERMÍN.- Una pregunta. ¿Por qué no quería usted servirnos antes?

MAYORDOMO.- ¿Que no quería? Me expliqué mal. Me sorprendió tan inesperado traspaso de funciones. Pero una vez superada la sorpresa, lo hice con mucho gusto.

FERMÍN.- ¿Y no es más cierto que le avergonzaba llevar a cabo menester tan subalterno delante del señor Rubio?

MAYORDOMO.- (Con oculta ironía.) Me atemoriza su tono, señor. Se dirige a mí como un fiscal de la Audiencia. El señor se equivoca, perdón, quiero decir que el señor está mal informado, sin duda por culpa mía. Nada más grato para mí que servir al señor y a su invitado.

ALBERTO.- (Ya está preparándose el café.) Se lo agradezco por la parte que me corresponde.

MAYORDOMO.- Para servir a los señores. (Va a retirarse.)

FERMÍN.- ¿Por qué se retira, Piqueras?

MAYORDOMO.- ¿Desea algo más el señor?

FERMÍN.- Eso es lo que debería haberme preguntado antes de irse.

MAYORDOMO.- (Sonrisa amplia.) Pero si no me he ido, señor.

FERMÍN.- Se estaba yendo.

MAYORDOMO.- Es una forma de decirlo. Digamos, mejor, que me retiraba hacia un rincón para librar a los señores de un exceso de presencia mía.

FERMÍN.- Digamos mejor, digamos mejor. ¡Basta! Si quiero que se diga algo mejor, ya daré la orden.

MAYORDOMO.- Le ruego me disculpe.

FERMÍN.- Vayase... Y no diga ni una palabra más o lamentaré después lo que voy a hacer con usted.

(El MAYORDOMO va a decir algo, pero se adelanta imperioso FERMÍN.)

¡Silencio! Espere en su puesto por si queremos tomar más café.

(Reverencia del MAYORDOMO, que sale por fin, sin poder colocar la última palabra que a toda costa pretendía pronunciar.)

Qué impertinente. Pero se ha llevado lo suyo.

ALBERTO.- Venga, Fermín, tienes que comprenderle.

FERMÍN.- ¿Tú le comprendes?

ALBERTO.- Él ha practicado la tortura por la intimidación... Y por otros medios, claro está. Por eso sabe que el provocador -en este caso, tú-, digamos

(Ríen ambos.)

busca arrebatarte dos cosas, o al menos una de ellas, la dignidad y la serenidad. No lo advirtió al principio, pero lo descubrió pronto. Entonces, todo su juego consistió en desbaratar el tuyo. Ni se enfadaba contigo ni se humillaba. Por eso era más irritante.

FERMÍN.- Entonces, ése era su método en aquellos tiempos.

ALBERTO.- Ése y otros muchos. Lo usaba la policía al detenerte. Lo sigue usando, según tengo entendido.

FERMÍN.- No hagas caso de los calumniadores. Ahora todo es diferente.

ALBERTO.- Sería increíble que aquí no se utilizaran los métodos que están vigentes en las policías de todo el mundo.

FERMÍN.- ¿Todas? Bueno, si son todas... Hay cosas inevitables. Son las servidumbres insoslayables. A nadie le gustan, pero ahí están.

(Nuevo timbrado telefónico. FERMÍN toma el auricular.)

Sííí... (...) Pero, marqués, por el amor de Dios, le he dicho que sólo quería llamadas importantes. No me diga que me va a pasar las llamadas de esos pedigüeños durante toda la maldita mañana. (...) Líbrese usted de él y asunto concluido. **(Cuelga con fuerza.)** Estaría bueno. Qué se habrán creído. **(Vuelve a tomar el auricular. Ahora el timbrado es suyo.)** Marqués (...) Un momento, marqués. **(A ALBERTO.)** Te ruego en mi nombre y en el de mi equipo en esta casa que asistas a un pequeño despacho que vamos a tener a continuación.

(ALBERTO se levanta y hace un gesto de aceptación.)

Marqués, pasen ustedes, vamos a empezar el despacho de una vez. Si no, vamos a acabar a las tantas. **(Cuelga.)**

ALBERTO.- ¿Qué idea es esa?

FERMÍN.- Verás. Este país tiene muy poco que ver con el de hace veinte años, y eso es entre otras cosas por la nueva manera de trabajar. Una manera distinta de encararse con todo. Hay quien se queda por el camino, pero el país se adapta, cambia, se pone al día... eventualmente, se enrabieta. Es la fiebre del cambio, pero después viene la curación, ¿no es así?

ALBERTO.- Ojo con las fiebres, que en una de esas pegamos el reventón.

FERMÍN.- **(Ríe con estrépito.)** Otra de las tuyas. Qué tío.

(Sigue riendo. Así los ven el SECRETARIO, el MAYORDOMO y MIGUEL TERÁN, que entran a continuación, con sus portafolios. Se quedan quietos, algo perplejos, esperando que FERMÍN deje de reír.)

MIGUEL.- (Al SECRETARIO.) Esto va bien, ¿no cree?

SECRETARIO.- ¿A qué se refiere?

MIGUEL.- ¿No le recuerda nada?

SECRETARIO.- No. ¿Qué me tendría que recordar?

MIGUEL.- Tal vez con usted fue distinto.

(FERMÍN ha dejado de reír con ALBERTO y se ha vuelto hacia los otros tres.)

FERMÍN.- Pasen, pasen. Estaba pensando si prohibirle al mayordomo que asistiera esta noche al cumpleaños.

MAYORDOMO.- (Repentinamente desolado. Ha perdido su aparente seguridad.) ¡Cómo!... El señor no puede... ¡No va usted a hacerme eso!

FERMÍN.- (Satisfecho del instantáneo éxito.) Eso depende de usted, mayordomo. Procure ser más respetuoso. Usted, a callar y a obedecer, que para eso se le paga. ¿Entendido?

MAYORDOMO.- Sí... señor.

FERMÍN.- Y ahora, caballeros, a ver si trabajamos de una vez.

(Se sienta a una mesa circular preparada al efecto. Le siguen los otros. FERMÍN invita a ALBERTO a sentarse.)

Te pido, en mi nombre y en el de mis colaboradores, que te sientes con nosotros. Hay sillas de sobra.

ALBERTO.- Señores, no quisiera ser indiscreto.

MIGUEL.- Por favor, señor Rubio, estamos encantados. ¿No es así, mayordomo?

MAYORDOMO.- Cómo. (**Mira a MIGUEL, parece ir a enfadarse, mira a éste y hace un esfuerzo por calmarse.**) Claro, chófer. Señor Rubio, estamos todos encantados.

(**Nueva risa de FERMÍN.**)

FERMÍN.- (**Aún ríe.**) ¿Café, señores?

MAYORDOMO.- (**Se apresura.**) No, gracias.

FERMÍN.- (**Reanuda su risa.**) Por favor, mayordomo, no iba a enviarle a usted esta vez.

(**Se ríe. El MAYORDOMO está corrido. ALBERTO reprime su risa. Los otros dos no comprenden.**)

¿Te das cuenta, Alberto? Aquí hay risa todo el año. (**Repentinamente serio, se dirige al SECRETARIO.**) ¿Qué noticias hay de Vicente Palma? (**Antes de que pueda responder el SECRETARIO, se dirige a ALBERTO.**) Tú conocías a Vicente Palma, ¿no?

ALBERTO.- Ya lo creo. Y Miguel, mucho mejor que yo. Palma, en el partido, era el sector duro. En el sindicato, el sector duro también. Un militante muy combativo. ¿Qué es de él?

FERMÍN.- (**Irónico.**) Sigue siendo muy combativo... felizmente. (**Al SECRETARIO.**) Disculpe, marqués. (**Le presta atención.**)

SECRETARIO.- Malas noticias, don Fermín. Los mineros parecen decididos a ir a la huelga. No aceptan los despidos del señor Palma. Palma considera necesario resistir y cerrar toda la cuenca, si es necesario. Insiste en hablar con usted.

FERMÍN.- ¿Conmigo? Imposible. Creo que exagera la situación. Déle largas, marqués.

ALBERTO.- ¿Vicente Palma enfrentado a unos mineros? No puedo creerlo.

FERMÍN.- Siempre ha sido experto en cuestiones de personal y en organizaciones obreras. Llegó un momento en que sus conocimientos alcanzaron por fin verdadera utilidad. **(Ríe sin énfasis, pero realmente divertido.)**

ALBERTO.- **(Sorprendido, pero seducido por la nueva risa de FERMÍN.)** Dicho así...

FERMÍN.- **(Al SECRETARIO.)** Déle instrucciones de que tenga más mano izquierda. Sugíerale que, si no, me verá obligado a llamar a su antecesor. O mejor, no. Seré yo quien le diga eso cuando le vea, «espontáneamente». Dígale mientras tanto que confío en su mano izquierda, eso es, mano izquierda, que no le he mandado allí para que sea el ogro de los mineros. Se lo toma todo demasiado al pie de la letra. El técnico es él, ¿no? Pues que busque la manera de echarlos a la calle sin que los periódicos la armen. Eso es todo. No pido la luna, creo yo.

(Se ha ido excitando. El SECRETARIO, impasible, ha tomado alguna nota.)

SECRETARIO.- Entendido, don Fermín.

FERMÍN.- Más cosas.

SECRETARIO.- Aquí le tengo preparada la carta de respuesta negativa a la viuda que nos pidió...

FERMÍN.- **(Le interrumpe con brusquedad, pero sin desagrado.)** ¿Hay cosas realmente urgentes?

SECRETARIO.- Lo urgente salió ayer. Queda lo habitual.

FERMÍN.- **(Al MAYORDOMO y a MIGUEL.)** ¿Ustedes?

MAYORDOMO.- Nada de especial urgencia, don Fermín.

MIGUEL.- Todo salió ayer, efectivamente.

FERMÍN.- En ese caso, pasemos al asunto del día, que me parece suficientemente importante como para dejar aparcados esos asuntitos de nada.

SECRETARIO.- ¿Se refiere el señor al cumpleaños de doña Carmencita?

FERMÍN.- ¿Acaso tenemos hoy algo más importante, marqués?

SECRETARIO.- Estamos dispuestos a despachar ese tema, don Fermín. Tenemos listos todos los documentos.

FERMÍN.- Veamos. Protocolo. ¿Están perfectamente colocados los asistentes?

SECRETARIO.- Me atrevo a asegurar que sí, don Fermín. Aquí tiene un esquema, por si cree conveniente cambiar algún detalle.

FERMÍN.- Usted entiende de eso más que yo, marqués. Acepto su propuesta. Animación. ¿Cómo va esa movida, Terán?

MIGUEL.- Aquí tiene usted el programa definitivo. Lo abre un cantante joven muy prometedor, acompañado al piano por la hija del delegado del gobierno. En el capítulo de canción española, la gran tonadillera Rocío del Alba amenizará la sesión con antiguos éxitos de Quintero, León y Quiroga, así como hits de los últimos años sobre temas de amor, celos y otras pasiones. Cerrará el acto un recital de zarzuela del gran tenor Lucio Ponzano, recién venido del Metropolitan de Nueva York, que desea dedicárselo a doña Carmencita en muestra de admiración y agradecimiento.

FERMÍN.- Agradecimiento... ¿por qué?

MIGUEL.- No lo sé. Así lo ha hecho constar. Acaso agradecimiento, simplemente, por existir.

FERMÍN.- Muy gracioso. Pero quítelo. En muestra de admiración. Punto. Seguridad. ¿Está garantizada, Piqueras?

MAYORDOMO.- Nunca la habremos tenido tan garantizada como esta noche, señor. Va ser el apoteosis de la discreción policial.

FERMÍN.- La discreción y el apoteosis casan muy mal, Piqueras. Me basta con que me garantice tranquilidad.

MAYORDOMO.- Todo está bajo control, don Fermín.

(Teléfono.)

FERMÍN.- (Irritado ante la llamada.) ¿Es que no he dicho que se desconectarán las llamadas?

SECRETARIO.- (Alarmado.) Don Fermín, es el teléfono de seguridad.

FERMÍN.- (Se precipita sobre el teléfono, también alarmado.) Diga... Soy yo mismo. (...) ¡Cómo! (...) ¡Un muerto! (...) ¡Y se ha escapado! ¡Esto es intolerable! (...) ¡Basta, maldita sea, no se justifiquen ustedes! ¡Ha sucedido lo de siempre y como siempre! (...) Les espero dentro de media hora en mi despacho, entonces podrán explicarme todo lo que crean conveniente. Ahora, establezcan los controles de rigor, siempre tan útiles.

(Cuelga con violencia. Los otros han dado muestras de un inquieto estupor. El SECRETARIO, el MAYORDOMO y MIGUEL han comprendido perfectamente de qué se trata. ALBERTO, ajeno a las historias de la casa, advierte sólo la evidente gravedad del asunto. Todos miran expectantes a FERMÍN, uno rumiando ya su indignación y su cólera, otro desolado, el tercero intentando adoptar un aire de grave serenidad. ALBERTO mira alternativamente a FERMÍN y a los otros tres. FERMÍN se desploma en su sillón, pero su actitud es fuerte, dura, decidida. Tras una breve y estudiada pausa, que los otros, a quienes ni siquiera mira, no se atreven a interrumpir, se dirige a ellos, con rabia contenida.)

Señores, ha sucedido una vez más... Un atentado...

(Murmillos de los otros.)

Ha sido junto a la puerta norte. Ha muerto un jardinero. Extremeño. José Vargas.

ALBERTO.- ¿Es Iñaki Harri?

FERMÍN.- Con toda seguridad.

ALBERTO.- ¿Quería matar a Carmencita?

FERMÍN.- No creo. Hace tiempo que ha renunciado a eso. Ahora se conforma con personal de servicio.

ALBERTO.- Es horrible.

SECRETARIO.- Don Fermín, continuamos inermes ante ese criminal.

MAYORDOMO.- Porque queremos. Si fallan las instituciones, es suicida no echar mano de... **(Se detiene, como si quisiera mostrarse prudente a pesar suyo.)**

MIGUEL.- ¿...La acción directa?

MAYORDOMO.- Por qué no.

MIGUEL.- Pues la próxima vez procuren no retribuir servicios clandestinos con tarjeta de crédito.

MAYORDOMO.- No nos veríamos así si ustedes los demócratas no le hubieran dado alas a Iñaki Harri, que era de los suyos.

FERMÍN.- ¡Basta ya! ¡No pararán nunca...! Esto es un fastidio, y con muerto, fastidio doble. Qué va a pasar con la fiesta y con los invitados. Maldita sea.

SECRETARIO.- **(Abrumado, al borde del llanto.)** No tiene por qué pasar nada, don Fermín. **(Decidido, épico.)** Habrá fiesta por encima de todo.

FERMÍN.- Está bien, marqués, no se ponga usted así. Redacte inmediatamente el comunicado de condena del atentado.

SECRETARIO.- ¿El modelo tres, don Fermín?

FERMÍN.- No, me parece excesivo. El número dos.

SECRETARIO.- Permítame que insista, don Fermín: una muerte exige al menos el número tres.

FERMÍN.- Y yo le digo a usted que no, que el número tres es para casos excepcionales, y éste no lo es. Esto va siendo ya de lo más corriente. Entre la policía que no funciona y la prensa que nos echa los perros si... El número dos, ¿entendido?

SECRETARIO.- Entendido, don Fermín.

FERMÍN.- Rellénelo con el nombre del jardinero, Vargas, creo recordar, y las circunstancias concretas. Páselo al gabinete de prensa y... Pero antes...

(Se lo lleva aparte. Los demás, que aguardan, expectantes y tensos, hablan entre sí con discreción.)

Creo que ya va siendo hora de subir a nuestro huésped.

SECRETARIO.- **(Beatífico.)** Oh, está usted en todo, don Fermín, hasta en los momentos más dramáticos.

FERMÍN.- Llévelo discretamente, marqués.

SECRETARIO.- Así lo haré.

FERMÍN.- **(A ALBERTO, una vez concluido el aparte con el SECRETARIO.)** Discúlpame, Alberto. Esto trastoca un poco mi plan de trabajo. Ve con mi secretario mientras yo termino algunas cuestiones puntuales con el chófer y el mayordomo.

ALBERTO.- **(Le estrecha la mano.)** Como puedes comprender, estoy a tu disposición. Esto es demasiado horrible.

FERMÍN.- No te dejes llevar por el estado de ánimo de estos caballeros. Eres nuestro invitado y no voy a permitir que nada ni nadie te agüe la fiesta. **(Al SECRETARIO.)** Marqués, ya sabe usted...

(El SECRETARIO se lleva a ALBERTO, que está sorprendido por la reacción de FERMÍN. Mutis de ALBERTO y el SECRETARIO. FERMÍN se dirige ahora a los otros dos.)

Señores, vamos a terminar de una vez un par de cosas antes de que lleguen los responsables de seguridad de la finca. Veamos. **(A MIGUEL.)** Menú. Por fin, qué vamos a comer y cómo lo vamos a comer.

(Oscuro.)

Escena III

Breve introducción musical, fragmento 3.1⁴, que se diluye enseguida. Escuchamos de nuevo una conversación a telón bajado, ahora entre el SECRETARIO y ALBERTO.

ALBERTO.- (Off.) Es horrible, profesor, horrible. No comprendo cómo ustedes...

SECRETARIO.- (Off.) ¿No lo comprende? Ya lo comprenderá. O quizá la explicación es tan poco halagüeña para nosotros mismos que preferimos callar. Por eso, cada vez que acontece uno de estos... hechos, acabamos callando. Es posible que, antes de almorzar, la casa le invite a que acuda a una concentración silenciosa de repulsa. Al principio fue un minuto. Ahora ya vamos por los cinco o seis. Pronto nos quedaremos callados por completo y las bombas de ellos seguirán estallando, ni siquiera nos quedará el silencio.

ALBERTO.- Es curioso. De lejos se considera que España es un país sanguinario.

SECRETARIO.- Lo es.

ALBERTO.- No, profesor, no lo es. Si lo fuera, no correría tanta sangre inocente.

SECRETARIO.- ¿Qué sangre correría, entonces?

ALBERTO.- Lo sabe usted muy bien.

SECRETARIO.- No. No es solución. Qué diferencia puede haber entre una acumulación de asesinatos y otra.

(Sonido: suben escaleras.)

ALBERTO.- ¿Dónde vamos, profesor?

⁴ 3.1 *Damunt de tú només les flors*, de Mompou, primera estrofa hasta intermedio pianístico.

SECRETARIO.- Amigo Rubio, vamos donde espero que olvide, siquiera momentáneamente, tan desdichado asunto. Va usted a presenciar el despertar de doña Carmencita. Estoy encargado de conducirlo porque no es posible que lo haga otro. He de instruirle, además, sobre determinados aspectos del ceremonial.

ALBERTO.- ¡Un ceremonial!

SECRETARIO.- No tema, Rubio, no se trata de nada tan complicado como la ceremonia del té en Japón. El ceremonial del desayuno de doña Carmencita es mucho más sencillo... y familiar. Usted, como antiguo amigo, reencontrará a la señora a través de ese desayuno que usted mismo le servirá.

ALBERTO.- Será un honor.

SECRETARIO.- Y algo más que un honor, sospecho. Mire, esta es la puerta de entrada al aposento de doña Carmencita. Ahí espera, según lo previsto, el desayuno de la señora. Sólo falta el café. **(En voz más alta, a alguien que tal vez está por allí.)** Ya pueden traer el café.

(Pasos.)

Señor Rubio, entraremos juntos. Presenciará el despertar de doña Carmencita, que no le verá a usted. No le hable, se lo ruego, eso podría echarlo todo a rodar. Ella se aseará y regresará. Entonces querrá desayunar. Yo ya habré salido. Ella le reconocerá. El resto depende en buena medida de usted, y sólo de usted.

ALBERTO.- De ella también, supongo.

SECRETARIO.- Cualquier reacción negativa de doña Carmencita es culpa nuestra. Usted la conoció. Puede hacerse una idea a partir de sus recuerdos. Sólo que ella se encuentra al margen de nuestras limitaciones, entre ellas el tiempo...

(Se diluye la conversación en off entre ambos. Poco a poco se ilumina el escenario, cuyo telón se ha levantado hace unos instantes. Sensación de penumbra. Estamos en la cámara de CARMENCITA. Hay un lecho amplio y señorial donde apenas la vemos y donde aún duerme. Su larga caballera se extiende en acogedoras sábanas, en suave almohada. Varias puertas comunican este aposento con sus dependencias y otros puntos de la casa. Vemos entrar al SECRETARIO y a ALBERTO. Traen un servicio de desayuno. El SECRETARIO susurra.)

¿La ve usted?

ALBERTO.- (Id.) La adivino, más bien.

SECRETARIO.- (Manipula unos mandos y se escucha tenuemente una música, fragmento 3. 2⁵.) Ahora abra bien los ojos, no se pierda estos breves e inapreciables instantes.

(CARMENCITA, en su lecho, se despereza con lentitud. Así evoluciona, poco a poco, mientras la música asciende mínimamente de volumen. Al cabo, se levanta, se coloca una bata de seda y desaparece, sonámbula, sin advertir a los otros dos, por una de las puertas. El fragmento musical es muy breve. Ya ha concluido cuando ALBERTO y el SECRETARIO aguardan ante el lecho recién abandonado.)

Es el momento de dejarle a usted solo. Creo haberle explicado todo lo relativo al servicio del desayuno.

ALBERTO.- Creo que sí, no hay nada especial. Un desayuno frugal, sin complicaciones. Cualquiera podría servirlo. No comprendo las razones de todo este misterio.

SECRETARIO.- Ponga usted sus cinco sentidos. Me gusta usted y no quisiera que por una insignificancia... **(Se detiene, prudente.)**

⁵ 3.2 Pavane de La belle au bois dormant, de Ma mère l'Oye, de Ravel.

ALBERTO.- ...¿fuera expulsado de esta casa y castigado sin ir al cumpleaños, como antes le amenazaba Fermín a Piqueras?

SECRETARIO.- No, no es eso. Es que con usted... con usted todo sería distinto... No es que las cosas fueran a cambiar espectacularmente, pero su aportación sería muy positiva. Toda causa es más respetable cuando a ella se incorporan nuevas fuerzas. Y, al revés, también puede decirse que las causas empiezan a perderse cuando no hay nuevas adscripciones...

ALBERTO.- O cuando se practica la táctica de las exclusiones. Muy orteguiano. Pero ignoro a qué se refiere usted.

SECRETARIO.- **(Inquieto.)** Discúlpeme, creo que he ido demasiado lejos. **(Ya con una mano en el picaporte, para salir.)** Doña Carmencita está a punto de regresar.

ALBERTO.- ¿Tan aprisa ha despachado su toilette?

SECRETARIO.- Guarde su capacidad de asombro para dentro de un momento. Sé que está a punto de volver y que es absolutamente necesario que le encuentre a usted solo. Hasta muy pronto, Rubio. **(Sale rápidamente.)**

ALBERTO.- Hasta pronto...

(Pero el SECRETARIO ha salido ya.)

...profesor. Caramba. Qué misterioso es todo esto.

(Suena el mismo fragmento musical de antes, ahora sin que nadie manipule. ALBERTO se vuelve hacia la puerta por donde salió CARMENCITA.)

¡La música! ¿Qué sucede? ¿Carmencita vuelve ya?

(En efecto, se escucha un ligero murmullo que procede de aquella puerta. ALBERTO, en silencio, espera la aparición de la señora de la casa. Su espera dura aún unos largos instantes, lo suficiente para hacerle experimentar cierta inseguridad. Mas la ceremonia se desarrolla en buena parte sin su concurso, previsto todo en un mecanismo cuya sencillez repetitiva no ha quitado ni un mínimo de su encanto a los momentos culminantes de la misma, como esa súbita y sin embargo lenta, se diría que estudiada, aparición de la bellísima CARMENCITA, cuyo aspecto es algo distinto del que hemos percibido antes, ya cambiada y preparada, aún en deshabillé, con otra bata etérea, pero evidentemente pasada por aguas y perfumes que la transfiguran hasta suspender el aliento del huésped, atónito ante la aparición y al propio tiempo inquieto por los deberes que le corresponden en el ceremonial del desayuno.)

CARMENCITA regresa al lecho, después de detenerse para que la veamos, para que la vea él. ALBERTO vacila de nuevo, se pregunta qué ha de hacer, aunque no está nervioso, aún no ha perdido por completo la distancia y percibe una invitadora cordialidad. Es CARMENCITA, ahora que la música se resuelve de nuevo en el silencio, quien abre el diálogo.)

CARMENCITA.- (Algo lejana, somnolienta.) ¿Quién está ahí? ¿Eres tú?

ALBERTO.- Soy... Soy yo...

(Una pequeña pausa. Ella no le mira. No le ve desde el punto del lecho en que se encuentra, pero tampoco le busca. Sus palabras, que ALBERTO considera dirigidas a cualquiera que pudiera encontrarse allí, aunque tienen un evidente matiz de intimidad, parecen lanzadas al aire, acaso a nadie. ALBERTO aguarda nuevas palabras, pero se impone el silencio. ALBERTO que no consigue soportar el breve y cargado silencio.)

Soy yo... Carmencita... ¿Te acuerdas de mí?

CARMENCITA.- (Que no le mira, que sigue contemplando algún punto del horizonte entre el lecho y las ventanas que, aún cerradas, apenas dejan traspasar un mínimo de claridad.) ¿Cómo te iba a olvidar?

ALBERTO.- (Todavía junto a la puerta y el servicio de desayuno, no osa acercarse. Tal vez no quiere. Prefiere saber a quién está hablando, en su fugaz sonrisa de suave despertar, la señora de la casa.) Entonces dime quién soy... cómo me llamo.

CARMENCITA.- Tonto... Te llamas tonto... Pero hubo un tiempo en que tenías otro nombre. Eras el más joven, el más inteligente, el más soñador, el más atractivo... Alberto, el niño, te llamaban el niño. Era yo quien sabía que no eras un niño, sólo yo... Después de aquella noche de tortura...

ALBERTO.- (Vencido.) La tortura más hermosa... Me esperabas... Tal vez no me esperabas a mí... Pero viniste conmigo... Carmencita...

(Se acerca al lecho, la mira, sus miradas se encuentran por fin. Apenas se contiene y la toma con suavidad, la besa con contenido ardor. Ella se abandona, apenas incorporada por el beso, sus brazos caídos hacia atrás, no con desfallecimiento, sino falta de reacción manifiesta.)

Carmencita...

CARMENCITA.- Alberto... mi niño, mi hombre. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

ALBERTO.- ¿Qué sabes tú del tiempo? Eres la misma, la misma que despedí un hermoso día de primavera hace veinte años, no has cambiado.

CARMENCITA.- ¿Un día de primavera? No. Fue un lluvioso día de otoño.

ALBERTO.- Así lo recuerdo, así te veo tras el sucio cristal, en el aeropuerto. Pero no llovía, ni hacía viento, ni las hojas habían caído. Era primavera...

CARMENCITA.- ¿Estás seguro? ¡Qué lástima! Hubiera querido haberte despedido un día triste, para que hoy fuera más alegre, para poderte recibir con un día propicio, distinto a aquél en el que te despedí.

ALBERTO.- Entonces, ¿recuerdas aquel día? Sí, lo recuerdas. No importa que le pongas las nubes, el viento, la lluvia que yo también le había añadido. Creí que lo habrías olvidado inmediatamente después, al regresar a tu vida, mientras yo me iba lejos a buscar la mía. Pero lo recuerdas. Carmencita... ¿crees que me habría marchado de saber aún recordaría aquello veinte años después?

CARMENCITA.- Calla. Después de todo, te fuiste.

ALBERTO.- Días y días sin verte después de aquella noche... Y, al final, me acompañaste para despedirme. Un beso. Cuánto significaba un beso tuyo para mí. Sin embargo, no creí que para ti tuviera mucho sentido. Un amigo que se va, el niño que decide partir, y Carmencita le dedica, como despedida, el más hermoso de los besos...

CARMENCITA.- De los besos de amor...

ALBERTO.- ¡Carmencita!

(Se besan de nuevo, pero ella, ahora, le toma la cabeza, le acaricia, prolonga el beso, pero con suavidad, con el control que ALBERTO empieza a perder. En el estupor de lo inesperado que, según advierte, es también lo irremediable.)

Por qué... por qué no me dijiste...

CARMENCITA.- Decirte... Qué tenía que decirte. Parecías saber muy bien lo que querías. Y yo no estaba sola. Desgraciadamente, no vivía contigo en una isla desierta. Tú decidiste abandonar este pueblo. Y yo me quedé sin ti...

(Él va a oponer una protesta, pero ella le detiene.)

Pero ¿me diste siquiera una oportunidad? Entonces yo sólo sabía de dolor, de cárceles de amigos, los seres que más quería. Te fuiste demasiado lejos... Y demasiado pronto. Tú me amabas, pero yo no lo sabía.

ALBERTO.- Carmencita, cómo puedes decir eso. Te lo repetí, te lo repetí una y otra vez aquella noche.

CARMENCITA.- Me lo dijiste, me lo repetiste, pero sólo con palabras. No eran palabras de hombres supuestamente enamorados lo que me faltaba... Tenía todas las que hubiera podido desear cualquier mujer, si es que una mujer se conforma con palabras. En cambio, ¿poseía la certidumbre de algún amor auténtico?

ALBERTO.- Conmigo te equivocaste. Yo no he olvidado nada en veinte años.

CARMENCITA.- ¿Me tengo que consolar con eso? Tal vez sí. Tal vez me sienta mejor después de tantas declaraciones de amor, sin amor, en aquellos tiempos. Todos me anhelaban, me deseaban, me codiciaban. ¿Es que tú me querías?

ALBERTO.- ¿Te quería, te quería! ¡Cómo te quería! ¡Y cómo te quiero aún!

(Nuevo beso, en que CARMENCITA se permite una mayor efusión. ALBERTO aparece ya por completo arrebatado.)

Te he visto... despertar. Pero hubiera querido despertarte yo mismo. Al principio creía que era eso de lo que se trataba. Me ilusionaba pensar que te despertaría yo mismo.

CARMENCITA.- ¿Qué habrías hecho si me hubieras despertado?

ALBERTO.- Pregunto mejor cómo te habría despertado. Con un beso.

CARMENCITA.- Imposible. Cómo puedes decir eso. Un beso mañanero, antes de cepillarte los dientes. Algo repugnante.

ALBERTO.- Nada tuyo puede serlo.

CARMENCITA.- Bésame, bésame otra vez.

(Se besan de nuevo. Después continúa hablando, como en una nube.)

Está bien, ya que no ha sido como tú hubieras deseado, podemos repetir el plano. Yo me duermo. Tú tienes que despertarme con un beso.

ALBERTO.- Pero ya no será lo mismo. Será un simulacro.

CARMENCITA.- Un simulacro, claro está. Por eso será más auténtico, más real. Sabes lo que te espera, lo que vas a hacer. Nada puede sorprenderlo, defraudarlo, nada imprevisto puede desviarte de tu objetivo. **(Le acaricia.)** Sí, vamos a hacerlo, quiero que lo hagamos. Estoy dormida. Tú llegas y vas a despertarme.

ALBERTO.- Está bien. Yo llego. Te veo a distancia, dormida, aislada por un círculo mágico de fuego que nadie nunca se atrevió a franquear. Pero yo me atrevo porque... porque te quiero... y así te libraré de tu eterno sueño.

CARMENCITA.- Vamos.

ALBERTO.- Vamos.

(CARMENCITA se tiende en la cama, como una bella durmiente que aguardase serena el despertar liberador, el beso portador de amor, de luz y conocimiento, la invitación a Lázaro... Retrocede ALBERTO como si preparase su entrada, como si considerase una perspectiva, dispuesto a sorprenderse por la presencia de un ingente círculo mágico. Cuando ambos personajes y el público han asumido un tránsito razonable, entramos en el nuevo clima del dúo de amor.)

Qué significa este fuego que impide el paso. ¡He de atravesarlo! **(Lo «atraviesa».)** Cumbres luminosas, dulce soledad... ¿Qué veo allí? Parece un ser cubierto por un precioso manto. **(Se acerca a CARMENCITA.)** Duerme. Sonríe.

(CARMENCITA está a punto de reír.)

Su pecho se inflama en una súbita respiración acelerada. Debo quitarle el manto.

(Le quita la bata de seda.)

¡Qué estoy viendo! ¿Debo despertarla y que, a su vez, le conceda luz a mis ojos?

(De nuevo parece que CARMENCITA va a reír.)

Su boca de rosa tiembla suavemente.

**(Aún la mira unos instantes y al final le da un beso. Es un beso más prolongado que profundo, más delicado y tenue que apasionado, casi pudoroso, pero de efecto febril.
CARMENCITA «despierta» al fin.)**

CARMENCITA.- ¡Sol, luz, día resplandeciente! ¡Os saludo! Qué sueño tan prolongado. ¿Quién es el héroe que ha sido capaz de devolverme de la noche?

ALBERTO.- Soy yo, Alberto, quien te ha despertado.

CARMENCITA.- Alberto, mi héroe. Siempre he pensado en ti, siempre, desde mucho antes de conocerte. Soy Carmen, Carmencita, y, como tú, gozo de la bendición de un dios.

ALBERTO.- Qué hermoso es tu canto, qué hermosa es la luz que surge de tu mirada, qué cálido es tu aliento. Quiero escuchar el canto de tu desconocida voz. Mujer bienaventurada, me has herido el corazón.

CARMENCITA.- También tú me has herido. Soy ahora una mujer sin protección, indefensa.

ALBERTO.- He llegado a ti a través del fuego. Ninguna armadura me protegía. Mas es ahora que siento un fuego que me devora. Eres tú, mujer, quien lo ha provocado. Eres tú quien debe apagarlo. Eres mía, has de serlo.

(Se abrazan.)

CARMENCITA.- Qué me importa que desaparezca este mundo en que me encuentro. Que caiga esta orgullosa villa, que perezcan sus vanos fastos... Qué me importa que los míos renieguen de mí. Por ti me quedaré sola, renegada y feliz.

ALBERTO.- Amor, mi gran amor. Dime que me quieres.

CARMENCITA.- Temo declarar lo que puede matarme.

ALBERTO.- El amor no mata, al contrario, nos da la vida, y es en sí mismo una celestial sonrisa.

CARMENCITA.- Ámame, un poco. Me basta una ternura sutil, pero profunda, como el cielo, como el agua del mar.

ALBERTO.- ¡Ah, mariposa, dulce mariposa mía!

CARMENCITA.- Mariposa, sí. Mas hay quienes toman una mariposa y, con alfileres, la clavan.

ALBERTO.- No temas. Los que tal hacen temen que la mariposa huya. Y tú eres mía, mía.

CARMENCITA.- Tuya soy, para toda mi vida.

ALBERTO.- Pueden vernos. Quizá sea mejor separarse ahora.

CARMENCITA.- Momento funesto. Separarse ahora. Mi corazón irá contigo.

ALBERTO.- Es mi corazón el que permanece aquí.

CARMENCITA.- Pero necesitaré recibir de ti un mensaje, una noticia.

ALBERTO.- El viento te traerá mis ardientes suspiros y en el murmullo del mar escucharás el eco de mi lamento.

CARMENCITA.- Sí, sí, amor. Será el viento quien te lleve mis ardientes suspiros y en el murmullo del mar podrás oír el eco de mi lamento.

(Llaman a la puerta. El inoportuno sonido es recibido por ALBERTO como una deliberada y estúpida agresión. CARMENCITA, en cambio, efectúa una sorprendente transición ante el estupor de su compañero de dúo.)

¡Espere!

(Salta de la cama. Se coloca la bata. Se dirige a la puerta del baño y la abre. ALBERTO, profundamente frustrado, no reacciona. CARMENCITA le señala la franca puerta del baño.)

Alberto, corazón mío, pasa ahí dentro.

ALBERTO.- ¿Qué... qué...?

CARMENCITA.- (Le toma del brazo.) Sólo un momento. Ya te explicaré.

ALBERTO.- (Reacciona por fin.) Cómo que pase ahí dentro... ¿Por qué tengo yo que pasar ahí dentro...?

CARMENCITA.- (Le conduce con decisión.) Te lo explicaré. Ahora tienes que pasar.

(Le introduce en el baño. Cierra la puerta, que prácticamente le da a ALBERTO en las narices. Pero, tras volver la espalda, se lo piensa mejor y abre. Tras la puerta está el rostro inmóvil y desconcertado de ALBERTO. Le besa rápida, suave y convincentemente.)

No olvides una cosa: oigas lo que oigas, nada debe afectarte. Ten en cuenta que todos tienen derecho a su pequeño consuelo. ¿De acuerdo?

(Como toda respuesta, el estupefacto ALBERTO toma repentinamente a CARMENCITA en sus brazos y la besa. Ella acepta, pero se libera con magistral suavidad cuando se escucha otra llamada, a la que responde con perceptible enojo.)

¡He dicho que espere!

(Cierra la puerta del baño, de nuevo en las mismas narices de ALBERTO. Se tiende, toma el periódico que iba con el servicio del desayuno, parece leer y entonces abre ella misma con un mando a distancia.)

¡Adelante!

(Se abre la puerta de entrada y aparece MIGUEL.)

MIGUEL.- Carmencita...

CARMENCITA.- Ah, eras tú. ¿A qué viene tanta prisa?

MIGUEL.- ¿Prisa? Me extrañaba que no respondieras. Sabía que ya estabas despierta.

CARMENCITA.- Y por qué lo sabías.

MIGUEL.- Porque es la hora. Un poco más tarde que otros días. Fuiste tú quien me ordenó venir siempre a esta hora. Te noto extraña. ¿Es que no quieres que te ayude hoy en tu toilette?

CARMENCITA.- No sé... Hoy es un día muy especial.

MIGUEL.- ¿Por la fiesta?

CARMENCITA.- Por qué iba a ser, si no... Ni siquiera me has felicitado.

MIGUEL.- Tu cumpleaños es, en realidad, mañana. Esta noche, durante la fiesta, delante de toda esa gente que viene a admirarte, a las doce en punto, puede decirse que cumples tus...

CARMENCITA.- No hay por qué dar detalles. Siempre has tenido una cierta tendencia a la grosería.

MIGUEL.- Así no se trata a una dama, ¿no? Me gustaría saber cómo hay que tratarla. No, no me lo digas. Creo que lo sé muy bien.

(La besa con ardor. Ella parece pretender desasirse, pero en realidad finge un rechazo que queda resuelto en algo parecido a un pequeño arrebató. Al final del beso, mutua mirada cinematográfica.)

Carmencita, Carmencita... ¿por qué quieres volverme loco?

CARMENCITA.- No tengo esa intención.

MIGUEL.- Dime que me quieres.

CARMENCITA.- Te quiero.

MIGUEL.- ¿Quién te ha venido a servir hoy el desayuno?

CARMENCITA.- Cómo quieres que lo sepa. Me conoces muy bien a estas horas.

MIGUEL.- No, no te conozco. Lo he olvidado. Quiero tenerte de nuevo a esas horas.

CARMENCITA.- Eres un loco, un imprudente.

MIGUEL.- Por qué dices eso. Nadie puede oírnos.

CARMENCITA.- Cómo puedes estar tan seguro.

MIGUEL.- A no ser que... A no ser que no estuvieras sola cuando yo entré antes.

CARMENCITA.- Te estás convirtiendo en un viejo celoso.

MIGUEL.- Envejecer es inevitable. En cuanto a los celos, tengo mis razones. Eres muy aficionada a los juegos de puertas.

CARMENCITA.- Cómo no voy a serlo contigo y tu obstinada indiscreción. Siempre tengo que esconderte en un armario.

MIGUEL.- Y eso no es lo peor. Lo peor es mi actitud, estúpida y complaciente. Siempre me escondo en el armario. Quién me dice que no escondes a otros por otras puertas. En este dormitorio hay demasiadas.

CARMENCITA.- A quién puedo esconder. (**Ahora, baja la voz. No quiere que oiga ALBERTO.**) Quién puede entrar en este *bunker* sin que vosotros lo anotéis en el registro de seguridad. En cuanto a los otros dos, siempre vienen después que tú. Bien que nos reímos de ellos cuando sales del armario.

MIGUEL.- El mayordomo y el profesor siguen enamorados de ti, maldita sea. (**Más miradas fijas, cinematográficas.**) Pero tú a quien quieres es a mí. No pretendas engañarme ni engañarte.

CARMENCITA.- Soy una mujer fuerte, pero... ¿qué puedo hacer ante la verdad y la evidencia?

MIGUEL.- **(Repentinamente, tiene una sospecha.)** ¿Has visto a Berto?

CARMENCITA.- ¿A quién...?

MIGUEL.- A Alberto Rubio, nuestro invitado. Fermín y tú estabais esperándolo anoche. ¿No ha venido a verte?

CARMENCITA.- Alberto, el niño... sí. Era encantador. ¿Ha venido ya?

MIGUEL.- Esta madrugada. Quería verte.

CARMENCITA.- ¿De veras? El niño, el niño... ¿Te acuerdas?

MIGUEL.- ¿Le has visto, o no?

CARMENCITA.- No le he visto, no le he visto... Pero se puede saber qué te pasa hoy.

MIGUEL.- Bésame otra vez...

(Se van a besar, pero en ese momento llaman a la puerta.)

¡Maldición!

CARMENCITA.- ¡Espere!

MIGUEL.- Puedo imaginarme quién es. ¡Me ha espiado...!

CARMENCITA.- ¿Es que no tomas precauciones?

MIGUEL.- Las tomo. Pero si no me ve por la casa, puede pensar que estoy aquí. No se le escapa nada.

(Llaman de nuevo.)

CARMENCITA.- **(Muy irritada.)** ¡He dicho que espere...!
(Más bajo, a MIGUEL.) Vais a conseguir alterarme los nervios precisamente hoy, con tanta llamadita a la puerta.

MIGUEL.- Entonces, antes... ¿por qué no contestaste en el acto? Carmencita calla de una vez y escóndete en el armario. No pienso hacerlo. ¡Quién estaba aquí! ¡El baño! Tengo que mirar en el baño.

CARMENCITA.- ¿Quieres estropearlo todo con ese perro policía? Si no te escondes en el armario, te acordarás. ¡Te irás de aquí! ¡Te irás de esta casa!

(Se enfrenta a él. MIGUEL no puede afrontar la amenaza. Un último gesto de ella le conmina y, sin que CARMENCITA le abra la puerta, se introduce en un armario y cierra por dentro. Ahora puede ella relajar su actitud. De nuevo toma el periódico, se tiende en la cama, hace que lee y aprieta el mando.)

¡Adelante!

(Se abre la puerta de acceso a la habitación y entra el MAYORDOMO.)

MAYORDOMO.- Buenos días, señora...

(CARMENCITA continúa su fingida lectura.)

En primer lugar, si me lo permite, desearía felicitarle por su hermoso cumpleaños.

CARMENCITA.- Aún no es mi cumpleaños. Lo será esta noche. Además, ¿qué tiene de hermoso este cumpleaños?

MAYORDOMO.- Que es suyo, ¿no es suficiente?

CARMENCITA.- Lorenzo, no cambiarás nunca. Eres decimonónico.

MAYORDOMO.- ¿Usted... tú crees?

(Le arranca el periódico con suavidad, pero con energía, la mira apenas con cierta estudiada dureza de galán antiguo, y la besa apasionadamente. Desde luego, ella lo esperaba.)

Amor mío...

(Se oye una tos, parece furiosa. Probablemente es MIGUEL.)

¿Qué ha sido eso?

CARMENCITA.- Será la camarera, que viene por el servicio del desayuno. Deberías tener más cuidado.

MAYORDOMO.- La camarera no tiene esa tos cavernosa.

CARMENCITA.- Conoces bien a la camarera, ¿verdad?

MAYORDOMO.- No desvíes el asunto. No te hagas la celosa.

CARMENCITA.- No tengo celos de nada que se relacione contigo.

MAYORDOMO.- Gatita mía, señora mía, dueña mía... Mi tigre de papel, mi maoísta desvergonzada. Esa tos era de nuestro común amigo Miguel Terán, al que por error amaste en tiempos y al que ahora, con acierto, desprecias ampliamente.

(CARMENCITA tose con fuerza, acaso intentado evitar que se oiga otra tos oculta.)

Carmencita mía, no te habrás resfriado en el día de tu cumpleaños. Sería una lástima, por la fiesta. Tu marido la ha preparado con verdadero mimo, con auténtico tesón. Además, íbas a estar resplandeciente.

CARMENCITA.- Puedes llevarte el servicio del desayuno.

MAYORDOMO.- Desagradecida. He venido a felicitarte.

CARMENCITA.- Ya lo has hecho. Eso, y algo más, en sólo unos segundos. Eres muy rápido. Espero que lo seas yéndote de aquí.

MAYORDOMO.- Me iré, pero sin el servicio del desayuno. Esta mañana se me imponen demasiados cometidos indignos. Estoy harto. No puedo seguir así. Si queréis que me marche, me iré, me iré de esta casa, a la que quizá no debiera haber venido. Vengo a felicitarte, a darte los buenos días en la intimidad y nunca puedo estar seguro de que no haya un par de estúpidas orejas que escuchen mis delicadezas hacia ti con una burla rastrera, pero ocultas porque no se atreven a hacerse ver...

CARMENCITA.- **(Grita extemporáneamente, como para impedir algo peor.)** ¡No!

(Silencio. Se miran ambos.)

¡Basta! Me estás insultando... Sí, será mejor que te vayas de esta casa. Cuanto antes, mejor. Hoy mismo. No te quiero ver en mi fiesta, ¿lo entiendes? No quiero verte más.

MAYORDOMO.- Carmencita, no, yo... No lo dirás en serio... **(Atemorizado repentinamente.)**

CARMENCITA.- No puedo seguir aguantando esos modales tuyos. Eres incapaz de tener una relación normal conmigo, ni como señora, ni como... ni como nada... **(Se ha detenido a tiempo.)** Y ahora, me insultas, hablas de no sé qué orejas que nos escuchan. Sigues siendo el de siempre.

(El MAYORDOMO la mira con reproche. Es una prueba más de que nadie respeta el pacto de silencio para con su profesión de antaño.)

¡No lo niegues! Si pudieras, si te atrevieras, registrarías esta habitación todos los días, a todas horas, ahora mismo, a ver si encontrabas alguno de mis innumerables amantes debajo de la cama o detrás de una de esas puertas. Eres un imbécil. Si tú supieras qué difícil es amar a un imbécil.

MAYORDOMO.- Me mataré, me mataré...

CARMENCITA.- Ojalá lo hicieras. **(Pronuncia estas palabras dirigiéndose más al armario y a la puerta del baño que al propio MAYORDOMO.)** Pero tienes tan mala entraña que antes te llevarías a alguien por delante.

MAYORDOMO.- ¡Mala entraña! ¿Sabes lo que haré? Mataré a Iñaki Harri y después me suicidaré. ¿Qué te parece la idea?

CARMENCITA.- Si algún día matas a esa rata, nos iremos una semana a Canarias.

MAYORDOMO.- ¡Tú y yo en Canarias! Si eso ocurre, podré morir tranquilo.

CARMENCITA.- Mientras tanto sé bueno y llévate ese servicio antes de que algún oportuno nos interrumpa otra vez.

MAYORDOMO.- ¡Cómo otra vez!

CARMENCITA.- Otra vez... otra vez... ¿O es que sería la primera vez que nos interrumpen?

MAYORDOMO.- No, no lo sería... Pero hoy no pienso esconderme en el balcón. Me parece ridículo. Pueden verme desde abajo. Nada de balcón, ¿entendido?

(En ese momento suena la puerta. Lo primero es la reacción de CARMENCITA.)

CARMENCITA.- ¡Espere!

(A continuación, decidida e irresistible, señala al MAYORDOMO la puerta del balcón. El MAYORDOMO se muerde los labios un instante, pero se dirige raudo hacia el balcón. De repente, se vuelve, mira a CARMENCITA, la toma en sus brazos, la besa y desaparece tras la puerta del balcón. CARMENCITA respira de nuevo. Aprieta el mando.)

¡Adelante!

(Se abre la puerta y aparece el SECRETARIO.)

SECRETARIO.- Buenos días, señora. **(No le veíamos el brazo derecho. Ahora lo descubre y aparece un ramo de flores recién cortadas.)** No le molestaré mucho. Sólo quería felicitarla y entregarle esto. Empezar el día con flores era de buen augurio en... Pero qué veo. Ya está usted levantada, de pie derecho. Y no se han llevado el servicio... Permítame que lo retire.

CARMENCITA.- No haga usted eso, marqués. Hay gente ya para llevárselo. Qué flores tan hermosas. Y las ha cortado usted mismo, ¿verdad?

SECRETARIO.- No piense en ello. Piense en las flores. Es de buen augurio. **(En voz muy baja.)** ¿Y nuestro invitado? ¿Superó la prueba?

CARMENCITA.- (Igual.) Claro que sí.

SECRETARIO.- Me tenía muy preocupado.

CARMENCITA.- Le metió usted miedo.

SECRETARIO.- Según lo convenido. Por eso temía que pudiera fallar, excederse, dejarse llevar por... por el entusiasmo.

CARMENCITA.- (Nostálgica.) Qué bello es el entusiasmo.

SECRETARIO.- El entusiasmo es como un hermoso caballo de raza. ¿De qué nos sirve si no sabemos embridarle, si no podemos montar en él?

(CARMENCITA le mira, sorprendida y divertida a la vez.
Ríe ante la ingenua salida del SECRETARIO.)

CARMENCITA.- (Domina su risa.) Discúlpeme. Me encantan estas flores... y también sus palabras. **(Se acerca y le besa en la mejilla, con devoción filial.)**

SECRETARIO.- Gracias, señora, gracias...

CARMENCITA.- No, señora, no... Carmencita, como siempre, como antes, Carmencita...

SECRETARIO.- Sí, Carmencita...

(Están ambos en pie. Ella, recostada sobre el hombro de él, que la rodea con el brazo y le acaricia el cabello.)

Otro cumpleaños, qué barbaridad...

CARMENCITA.- **(Le interrumpe.)** Cuando te conocí, eras una niña. Tu padre era mi mejor amigo, mi mejor colega...

(Él queda sorprendido ante esta interrupción, ante esta cariñosa mimesis que sin duda se repite desde hace tiempo con periodicidad. Se miran y ríen. CARMENCITA le sigue hablando al SECRETARIO confidencialmente, muy bajo, de manera que los tres hombres ocultos no puedan percibir nada.)

Muy oportuno, como siempre... Empezaba a no saber qué hacer con ellos.

SECRETARIO.- No quería precipitarme. Eso tampoco hubiera estado bien. Supuse que al menos querrías estar un rato a solas con nuestro invitado. Yo mismo lo traje.

CARMENCITA.- Lo sé, lo sé... Me avisaste antes de subir, ¿no te acuerdas?

SECRETARIO.- **(Lo había olvidado.)** Claro, claro... Estoy hecho una calamidad. Un día se me va a olvidar el orden de entrada o de salida de estos chicos y voy a meter la pata. Y se va a descubrir el pastel.

CARMENCITA.- Eso sólo sería descubrirlo oficialmente.

SECRETARIO.- Oficialmente...

(Se miran de nuevo y ríen. Cuando dejan de reír, CARMENCITA se refugia una vez más en el viejo SECRETARIO, en el viejo profesor, quien de nuevo le acaricia el cabello. Permanecen así unos instantes, mientras él repite su nombre como si fuera una niña, una hija que no necesitara protección, pero sí su simulacro.)

Carmencita, Carmencita...

(Oscuro.)

Escena IV

A telón bajado escuchamos el sonido de cascos de dos caballos. Se acercan lo suficiente para escuchar las voces de las dos personas que los montan. Son CARMENCITA y ALBERTO. En el diálogo siguiente se nos sugiere, al mismo tiempo, la presencia montada de los brutos y determinados rumores y voces del paisaje que atraviesan.

CARMENCITA.- (Off.) Estás en forma. No lo hubiera creído antes.

ALBERTO.- (Off.) La edad no perdona, ¿no es eso?

CARMENCITA.- ¿Me lo dices a mí, el día de mi cumpleaños?

ALBERTO.- La edad no cuenta en tu caso. Careces de tiempo. Es decir, debes de ser eterna.

CARMENCITA.- Como las ideas platónicas.

ALBERTO.- Y sin embargo, de carne y hueso, de carne y sangre, como se dice allá. La carne y la sangre que te alejan de la entelequia y te acercan... **(Se detiene.)**

CARMENCITA.- ¿Dónde? ¿A la santidad?

ALBERTO.- Tal vez, pero no en el sentido cristiano, sino en el del paganismo griego.

CARMENCITA.- Demasiado masculina esa civilización. Los griegos desconocían a la mujer. Ninguna de ellas fue heroína.

ALBERTO.- Hubo alguna. Por ejemplo, Helena.

CARMENCITA.- Debieron de interceder por ella sus dos hermanos. No es esa familia el mejor modelo. Hubo sobre todo héroes, como Hércules, como Orfeo.

ALBERTO.- ¿Y por quién descendió Orfeo al Hades? Por una mujer.

CARMENCITA.- A la que al fin perdió por una tontería. Y eso que se trata de una leyenda antigua, donde todavía aparecían mujeres en condiciones favorables. Imagínate lo mismo en la misógina época clásica. Impensable.

ALBERTO.- Y sin embargo, tú posees ese tipo de santidad intemporal.

CARMENCITA.- ¿Lo crees de veras? Me encantaría creerlo yo también, con tal de que esa certidumbre no me llevara a la arrogancia.

ALBERTO.- A la hybris. No, no podría ser. Tienes ese sentido de la medida de quien ya ha sido santificado, como Orfeo después del sacrificio.

CARMENCITA.- ¿Es que he sido sacrificada alguna vez?

ALBERTO.- Hay muchas maneras de sufrir sacrificio. No es necesario ser despedazado por las ménades. Basta con acumular ciertos dolores, con llorar determinadas renunciadas íntimas...

CARMENCITA.- Renunciadas íntimas...

(Escuchamos, en la lejanía, el fragmento 4. 1⁶. La música aumentará poco a poco de volumen.)

ALBERTO.- Sí, renunciadas. Tú y yo, entre otros muchos, hemos renunciado ya a algunas cosas.

CARMENCITA.- Renunciadas íntimas...

⁶ 4.1 Primer movimiento, Animé, del Concert op. 21 de Ernest Chausson, a partir del siguiente punto. Partitura publicada por International Music Co., de Nueva York. Página 11 de la partitura íntegra, compás 140 y sgs.

(La música aumenta más aún.)

Alberto... Bésame...

(La música llega a ocupar todo el espacio sonoro. Ante la cortina iluminada, la música es lo único que ahora escuchamos. Esta presencia se diluirá en unos segundos, los suficientes para sugerir una transición a la escena que va a tener lugar. Al cabo, se alza el telón. Regresamos a la casa de CARMENCITA y FERMÍN DE LA ROSA. Es un comedor. Escalera. Ventanal al fondo. MIGUEL y el MAYORDOMO preparan en ese momento una mesa para tres comensales.)

MIGUEL.- Ya está bien, señor mayordomo. Cuál es la razón de que presuma usted tanto de pertenecer al pueblo. ¿Pretende justificar su servicio al poder?

MAYORDOMO.- Qué poco perspicaz. Ambos hemos terminado en ese servicio.

MIGUEL.- ¿Terminado? Soy lo que soy y aún no he concluido. En cambio, usted ya no sabe lo que es. Aunque no tenga más remedio que seguir siéndolo.

MAYORDOMO.- Soy el que soy. Muy gracioso. Ahí le tienen. Miguel Terán, de revolucionario a economista de moda, de economista de moda a chófer de doña Carmencita. ¿Qué no hará uno por una vieja amistad, por un viejo amor?

MIGUEL.- Un amor que usted desearía haber merecido alguna vez.

MAYORDOMO.- Ahora, en cambio, lo merecen otros. Por cierto, ¿ha visto usted esta mañana a su otro viejo amigo, el señor Rubio? **(Silencio tenso.)** ¿No me responde?

MIGUEL.- Qué puede importarle si le he visto o no.

MAYORDOMO.- No se haga el inocente. Sabe usted a lo que me refiero. Lamento compartir con usted cualquier cosa, sean odios o amores. Pero el destino nos sitúa ahora en el mismo terreno, el de los celos. No diga que no, no sea hipócrita.

MIGUEL.- El hipócrita es usted. En el fondo me divierte mucho todo esto. Qué no hubiera hecho con Rubio hace años para quitárselo de en medio. Ficha preventiva, seguimiento, fabricación de pruebas, citación, tortura, confesión, cárcel... Y, al final, Carmencita, libre para usted.

MAYORDOMO.- Conozco esa historia. Está de moda calumniar a aquéllos que le rendimos un verdadero servicio a la humanidad, cortarle las garras a quien, ya sin ellas, no tiene otro remedio que fingirse ponderado, cortés, demócrata, tolerante. Pero yo sé que, si pudiera, regresarían Robespierre y la guillotina.

MIGUEL.- Qué más hubiera querido usted que cortarme garras. Permanezco entero, inevitablemente adaptado a una vida que ha sido algo dura conmigo y con el mundo en que creía, pero que con usted ha sido destructiva. Mi mundo no existía, era un proyecto, con sus errores y con sus ideales. El suyo era una cloaca, una sala de torturas, el mundo de un inquisidor que ni siquiera cree en el dios en cuyo nombre le quiebra los miembros a sus víctimas inermes, pero que tampoco está dotado de la estatura de un demonio.

MAYORDOMO.- Mi forzada convivencia con usted me lleva cada vez más cerca de un diagnóstico. Tenga paciencia, averiguaré el sentido de su caso. Continúe con su maniquea exposición: inquisidores ateos, demonios sin suficiente estatura, no sé si intelectual o moral... Hablar es bueno. Es el principio de la curación.

MIGUEL.- Es usted listo, Piqueras, pero no sabe de qué está hablando. Cayó en sus manos un psicólogo y se le quedaron pegados un par de términos, una vaga idea conceptual. Pero vacía, sin contenido. Usted le pegó, le aplicó electricidad y, de repente, el buen freudiano reventó y dejó de darle ese barniz que usted ha aprendido en tan dudosa escuela.

MAYORDOMO.- (Se diría que pierde los estribos.) ¡No aguanto más! **(Interrumpe su tarea, casi concluida. Se dirige hacia el mueble, lo abre y saca una pistola. Apunta a TERÁN.)** ¡No puedo soportarlo! Se acabó, y que salga el sol por Antequera.

MIGUEL.- **(Completamente tranquilo.)** Deje de hacer el imbécil, Piqueras. Ni siquiera en broma puede volver a parecer el de antes. Recuerde que ya me ha sacado antes esa pistolita.

MAYORDOMO.- (Sonríe complacido.) Pero el primer día se llevó un buen susto, reconózcalo.

MIGUEL.- Está bien, se lo concedo. Espero que la próxima vez se busque un truco nuevo. Esto de repetirse mueve aún más a la piedad, señor aprendiz de Torquemada. Con perdón. Torquemada sería un inquisidor, y tiene mala prensa. Pero poseía una gran cultura.

MAYORDOMO.- Era un humanista. Como yo.

MIGUEL.- No me haga reír. Y, por favor, deje de apuntarme.

MAYORDOMO.- Quería demostrarle que no es el mismo truco de siempre.

MIGUEL.- ¿Se ha renovado usted? Me sorprendería. Y qué es lo que ha hecho. ¿No le habrá puesto un dispositivo para convertirlo en una pistola de agua?

MAYORDOMO.- En efecto. Cómo lo ha adivinado.

(Dispara contra TERÁN. Sale un chorrillo de agua que empapa el rostro estupefacto de la víctima.)

MIGUEL.- ¡Piqueras! ¡Miserable!

MAYORDOMO.- No se enfade. Se burlaba tanto de mi pistola que me vi obligado a incorporar alguna novedad. Una cuestión de honor.

MIGUEL.- Se va usted a enterar de la cuestión de honor.

(Le propina una sonora bofetada al MAYORDOMO, que cae al suelo.)

MAYORDOMO.- (Desde el suelo, palpándose la mejilla.) Por fin ha tenido usted agallas. Espero que sepamos resolver esta cuestión como hombres.

(Entra rápidamente el SECRETARIO.)

SECRETARIO.- Señores. Esto es intolerable. Ni siquiera hoy son capaces de conservar la serenidad. Levántese usted, Piqueras, y deje de hacer el ridículo. Y usted, Terán, serenese y recomponga su atuendo. ¿Se cree acaso un héroe de película?

MIGUEL.- De una del oeste. Piqueras era el indio.

(Se incorpora el MAYORDOMO.)

SECRETARIO.- No se dan cuenta de lo delicado de su posición aquí en los últimos tiempos. Se están pasando de la raya. Y no lo van a consentir los señores.

(Silencio. Se miran todos. Los contendientes renuncian a su interminable duelo... hasta la próxima.)

Vamos a celebrar un cumpleaños, ¿lo sabían? Un cumpleaños en el que todos hemos puesto mucha ilusión. No lo malogren con su inoportuna y, sobre todo, anacrónica y estentórea rivalidad.

(Silencio. Nuevo juego de miradas.)

Está bien. ¿Saben? ¡Acaban de llegar los regalos!

MIGUEL.- ¡Los regalos! ¡Magnífico!

MAYORDOMO.- (Casi al mismo tiempo.) ¡Por fin, los regalos!

SECRETARIO.- Creo, señores, que el señor Rubio debería participar en la entrega de esos regalos a doña Carmencita.

MIGUEL.- ¡Cómo! ¿Y por qué habría de hacerlo?

MAYORDOMO.- ¿Rubio entregar los regalos? De ninguna manera. Él ya habrá traído los suyos.

SECRETARIO.- Debería darle vergüenza, Terán. El señor Rubio es su amigo y no puede faltar en la ceremonia del regalo. Es algo demasiado entrañable y demasiado importante en esta casa. ¿Para eso le habrían invitado los señores? ¿Para que hiciera un regalito, como un invitado cualquiera? ¿Para que se siente en el jardín con los demás? El señor Rubio tomará alguno de los regalos seleccionados este año y se lo entregará a doña Carmencita como siempre ha sucedido.

MIGUEL.- Eso quiere decir mucho más de lo que parece, marqués.

MAYORDOMO.- Es cierto. Quiere decir mucho, mucho más...

SECRETARIO.- No es idea mía. Me limito a cumplir órdenes.

MAYORDOMO.- ¿Órdenes? ¿De quién?

SECRETARIO.- Ordenes, órdenes... Qué más da.

MAYORDOMO.- Terán, amigo, nos temíamos lo peor...

MIGUEL.- Piqueras, colega, esto es lo peor, sólo de momento.

SECRETARIO.- Señores, les ruego que me ayuden a colocar los regalos. Los transportistas los han dejado junto a la balastrada del jardín. Tan sólo debemos ocultarlos tras ponerlos en orden. Nada puede fallar esta noche.

MAYORDOMO.- Pues bien, si Rubio va a participar en la ceremonia, también debería arrimar un poco el hombro.

SECRETARIO.- Una buena idea, Piqueras. Vaya a avisarle.

MAYORDOMO.- ¿Avisarle... yo?

SECRETARIO.- Sí, usted. Y de paso le hace entrar en esto como en una asociación restringida. Al fin y al cabo, lo es. Venga, vaya usted a avisar al señor Rubio. Terán y yo esperaremos.

(El MAYORDOMO refunfuña, pero finalmente sale.)

MIGUEL.- Le recuerdo que doña Carmencita y don Fermín aparecerán de un momento a otro precisamente para almorzar con su invitado.

SECRETARIO.- Lo sé, Terán. No creo que el asunto de los regalos les demore demasiado. Piqueras se lo explicará en dos palabras.

MIGUEL.- Eso es lo peor. No quiero ni pensar cómo va a explicarlo. ¿Está usted seguro de que doña Carmencita o el propio don Fermín estarían de acuerdo en que sea Piqueras quien introduzca a Alberto en la teoría de tan poético ceremonial? Tenga en cuenta que una mala explicación puede viciar su conocimiento del asunto, por mucho que luego intentemos arreglarlo nosotros. Y ese «mal conocimiento» puede resultar nefasto para su actitud esta noche.

SECRETARIO.- Le concede usted a Piqueras un excesivo nivel de eficacia. Le ciega la rivalidad con el pobre mayordomo. Ninguno de los dos ha comprendido que tienen que vivir aquí, en esta casa, con don Fermín, conmigo, acaso algún día con...

MIGUEL.- Un día, sí, un día...

(Entra FERMÍN, apresurado. Lleva unos documentos.)

FERMÍN.- Es tardísimo, tardísimo. Esa llamada de Presidencia me ha descompuesto el horario. Pero ¿dónde está el señor Rubio? Es hora de almorzar.

SECRETARIO.- Creo que Piqueras le conducirá hasta aquí enseguida.

FERMÍN.- Han llegado los regalos, ¿verdad?

SECRETARIO.- Sí, don Fermín.

FERMÍN.- Todo en orden, supongo.

SECRETARIO.- Ibamos a comprobarlo ahora entre todos. Piqueras ha ido a pedirle al señor Rubio que nos eche una mano.

MIGUEL.- **(Con intención.)** A estas alturas debe de estar explicándole en qué consiste la ceremonia de los regalos.

FERMÍN.- (Escandalizado.) ¿Piqueras? Qué tontería. No se les habrá escapado a ustedes que Piqueras ha cobrado una espontánea y poco comprensible animadversión hacia Rubio. Me veo obligado, señores, a afearlos su torpeza y su falta de tacto. Vayan antes de que sea demasiado tarde.

SECRETARIO.- Sí, don Fermín, en el acto vamos a...

MIGUEL.- Como usted diga, don Fermín. Ya me parecía a mí...

(Antes de que salgan les detiene FERMÍN.)

FERMÍN.- Marqués, usted y Rubio pueden encargarse de revisar los regalos. Sean discretos, y que Carmencita no sepa nada. Ya saben ustedes lo que sucedió el año pasado. No estoy dispuesto a admitir este año nada parecido. **(Nueva inclinación, ahora más pronunciada. Pero hay otra interrupción del dueño de la casa.)** Se me olvidaba. Piqueras y Terán pueden traer ya el aperitivo. Estaremos los seis, si aceptan esta invitación.

MIGUEL.- (Sorprendido desagradablemente por el encargo hostelero.) ¿Piqueras y yo...?

FERMÍN.- ¡Sí, maldita sea, Piqueras y usted! Deberían agradecerme que no quiera a extraños. Sólo ustedes. Un aperitivo familiar. Después, pueden retirarse y nosotros almorzaremos con nuestro invitado... Pero qué hacen ahí, parados, muévanse...

(Nueva inclinación y rápido mutis del SECRETARIO y de TERÁN. A solas, FERMÍN se pone a ojear los papeles que traía. Gesto de interés. Al cabo de unos instantes aparece CARMENCITA. Se ha despojado del *complet* de amazona que no le hemos visto, aunque sí adivinado por la escena sólo sonora de antes, y con el que debía de estar preciosa. Ahora luce un amplio y elegantísimo vestido de lunch que tiene un toque nocturno, pero que es despreocupado, etéreo, volandero, y que evidencia su bellísima figura. Sus brazos quedan desnudos. Su presencia, relajada y feliz, ha de producir la inquietud del ideal cercano, tangible, humano, que posee el toque inalcanzable de la mujer no sofisticada, cuya presencia turba en su familiaridad.)

CARMENCITA.- Estás solo. No puedo creerlo.

FERMÍN.- (Abandona sus papeles.) ¿Lo lamentas?

CARMENCITA.- Bien sabes que no.

(Se acerca a él. Se besan.)

FERMÍN.- Estás maravillosa. Te podría decir que me gusta ese vestido nuevo, pero lo más probable es que lo hayas estrenado hace tiempo.

CARMENCITA.- Hace un año, exactamente. Me lo pongo en honor a ellos.

FERMÍN.- Ya recuerdo. Uno de los regalos del año pasado.

CARMENCITA.- Y ahora están preparando los regalos de esta noche. Fermín no se te escapa nada. No se lo digas. Se sentirían defraudados. Y son tan susceptibles que podrían creer que les has estado espiando.

CARMENCITA.- No necesito espiarles. Hacen tantos preparativos. No he tenido más remedio que enterarme.

FERMÍN.- Por lo menos, no sabes de qué se trata.

CARMENCITA.- Lo de siempre, supongo. Una nueva edición del «más difícil todavía». Y yo tengo que hacer lo de todos los años, espero. No habrá cambio en el programa.

FERMÍN.- Si te molesta, el programa puede cambiar desde este mismo cumpleaños.

CARMENCITA.- No me molesta. Me encanta. En esos momentos es cuando los quiero más. Ponen unas caras tan enternecedoras.

FERMÍN.- Después de todo, tienen su premio.

CARMENCITA.- A veces pienso que te pones celoso.

FERMÍN.- Lo piensas a veces y me lo dices muy a menudo. Pero sabes muy bien que no tengo celos. ¿Para qué? Las cosas son así, y soy el primero que carece de sentimientos totalitarios en cualquier cuestión, sea política o sentimental.

CARMENCITA.- En aquellos tiempos se decía que lo sentimental era también político.

FERMÍN.- En aquellos tiempos se exageraba demasiado. Todo era política: marxismo y psicoanálisis, psicoanálisis y política en la sociedad burguesa, el psicoanálisis y la lucha de clases. Parecíamos una versión aburrida de la señorita Ninotchka antes de conocer a Melvin Douglas.

CARMENCITA.- (Sin acritud.) Hoy, en cambio, practicáis el olvido y la irritación cuando por algún descuido se cuele el fantasmilla de un recuerdo.

FERMÍN.- Practicáis... Quién practica eso...

CARMENCITA.- (Le abraza de nuevo.) Tú... y los demás... **(Le besa larga y apasionadamente.)** Mi amor.

FERMÍN.- Vida mía.

CARMENCITA.- (Mira los papeles de FERMÍN, hace como si los ojeara y se interesase vagamente por ellos.) Qué hacías. No puedes detenerte nunca.

FERMÍN.- Aprovechaba un momento para recordar algo. No todo va a ser olvido. Sí, ya sé que no te referías a eso.

(La abraza, ella se cuelga de su cuello.)

Trabajamos tanto que no hay tiempo para recuerdos. Al contrario que antes. La realidad es el mejor antídoto contra la nostalgia.

CARMENCITA.- Hay quien dice que el poder es la condición necesaria para la amnesia.

FERMÍN.- (Le hace gracia.) ¿Sí? ¿Quién lo dice?

CARMENCITA.- Lo decía Miguel, mi querido Miguel Terán.

FERMÍN.- Ah, Miguel. Él recuerda demasiado. Yo no les impido que digan o piensen lo que le venga en gana. Espero que tú no le prohíbas a Terán que diga lo que quiera sobre el poder, el olvido o lo que se le ocurra.

CARMENCITA.- Fue hace tiempo. Se había puesto nostálgico. Estábamos en Londres, para ver a los niños. Tú no podías. Tenías una comisión de subsecretarios. **(Lo ha dicho sin tono alguno de reproche, incluso con dulzura.)** Había estado muy nervioso durante el viaje, y también cuando fuimos a cenar. Creo que temía que iba a rechazarle aquella noche. Después se puso melancólico. Entonces lo dijo, no sé a cuento de qué: el poder es la condición necesaria de la amnesia. Aún lo repitió con ligeras variantes, al volver de Londres. Ahora ya no lo dice.

FERMÍN.- ¿Por qué? ¿Teme repetirse?

CARMENCITA.- No. Es que, sabes, me temo que lo ha olvidado...

(Se miran un instante. Entonces se echan a reír y de nuevo caen el uno en brazos del otro. Se besan.)

CARMENCITA.- Soy feliz.

FERMÍN.- Casi... casi feliz.

CARMENCITA.- Claro está, casi feliz. Siempre hay nubes en el horizonte. Hoy, por ejemplo, han intentado matarme otra vez.

FERMÍN.- Y, como siempre, han fallado.

CARMENCITA.- Pero ha muerto un jardinero.

FERMÍN.- Una verdadera lástima. Una vida es irrepetible, pero no es tan difícil conseguir un jardinero nuevo. Iñaki, en cambio, caerá un día. Y no se le podrá encontrar sustituto.

CARMENCITA.- Me da lástima Iñaki Harri.

FERMÍN.- Qué cosas tienes, Carmencita. Es un miserable asesino.

CARMENCITA.- Es un pobre hombre incapaz de comprender el valor de vivir en paz. No tiene nada. Y cree tener muchas cosas.

FERMÍN.- Tal vez por eso mata. Mato, luego existo. De todas formas, hay algo especialísimo que no tiene. ¿Sabes el qué? No tiene nada parecido a ti.

CARMENCITA.- También por eso me da lástima. Pero me daría más lástima aún si tuviera éxito y consiguiese matarme. Qué iba a hacer con su odio.

FERMÍN.- Y qué íbamos a hacer los demás sin tu amor.

CARMENCITA.- (Se echa en brazos de FERMÍN.) Qué horrible, qué horrible...

FERMÍN.- (La acoge, casi paternalmente.) No tienes nada que temer. Estás a salvo. Te lo he dicho mil veces y has podido comprobarlo.

CARMENCITA.- Pero si no temo por mí. Si muero, qué puede importarme ya. Ni siquiera ha conseguido inquietarme en vida. Lo máximo que puede hacer es seguir matando jardineros.

FERMÍN.- Ha demostrado a menudo que le tientan otras profesiones.

CARMENCITA.- (Despectiva.) Qué me importa ese tipo. Quiero tomar un aperitivo.

FERMÍN.- Tus enamorados lo servirán inmediatamente.

CARMENCITA.- Ellos. Será más dulce si lo sirven ellos.

FERMÍN.- ¿Y tu paseo? ¿Hasta dónde has llegado hoy?

CARMENCITA.- Hasta la fuente del robledo.

FERMÍN.- ¿Nada más? ¿Te has levantado tarde?

CARMENCITA.- No. Según estaba previsto. Pero he ido acompañada.

FERMÍN.- Ah, claro. Y nuestro amigo Rubio no es buen jinete.

CARMENCITA.- No lo es, pero qué puede importar eso. Es un hombre maravilloso.

FERMÍN.- ¿Te vas a enamorar?

CARMENCITA.- Quién sabe. Hemos hecho bien en llamarle.

FERMÍN.- Me alegro de que todo vaya saliendo según lo previsto. ¿Crees que terminará bien?

CARMENCITA.- Si sale bien esto, como tantas otras cosas, es porque el plan es tuyo.

FERMÍN.- Qué sería de mis planes sin tu voluntad.

CARMENCITA.- Qué sería de mi voluntad sin tus ideas.

FERMÍN.- Qué sería de mis ideas sin tus sueños.

(Se besan.)

Pueden vernos.

(Ríen, alegres, animados, sin desenlazarse.)

Ten en cuenta que Alberto no comprendería lo que está pasando. Al fin y al cabo, es un recién llegado, todavía un extraño.

CARMENCITA.- Alberto es encantador. Podríamos haber hecho muy buena pareja. **(Convencida, pero sin enfatizar.)** No como contigo, claro está. Le llamábamos el niño, y no sólo porque era más joven que los demás. Lo que tiene de niño es lo maravilloso...

FERMÍN.- Entonces, después de mí, tal vez Alberto Rubio.

CARMENCITA.- Por encima de todos, amor mío, te quiero...

(Se besan. Entra el SECRETARIO a toda prisa y los ve así.)

SECRETARIO.- **(Al verlos.)** Ya sabía yo... Ejem. Señores... Disculpen mi intromisión, pero es que me he adelantado... Viene conmigo el señor Rubio...

(Llega ALBERTO, con unas prisas que él mismo no comprende. CARMENCITA y FERMÍN ya no están abrazados.)

ALBERTO.- Marqués, ¿por qué corría usted...? Ah, Carmencita, Fermín. ¿Estabais esperando?

FERMÍN.- Oh, no, no. Lo que esperábamos en realidad es el aperitivo. Me parece que se retrasan Terán y Piqueras.

SECRETARIO.- Un instante, sólo un instante. Al pasar les he visto ultimando los preparativos.

(En ese momento entran MIGUEL y el MAYORDOMO con un carrito donde llevan bebidas y vasos.)

MIGUEL.- Desearíamos no haberles hecho esperar demasiado.

MAYORDOMO.- (A FERMÍN.) El señor debería hacerme caso. Hay que instalar un pequeño bar en este comedor.

FERMÍN.- ¡Un bar en el comedor! No sea usted hortera, Lorenzo.

MAYORDOMO.- Disculpe el señor. Me limitaba a recomendar algo que he observado en las casas de sus iguales.

FERMÍN.- ¿Ah, sí? ¿Ha visto usted en casa de mis «iguales» compañía tan selecta como la de ustedes o una mujer como Carmencita?

(Silencio. Todos miran a FERMÍN y a CARMENCITA, y se miran entre sí.)

ALBERTO.- (Que se decide a romper un silencio tan embarazado como pleno en sonrisas cómplices.) Lo pones muy difícil, Fermín. Una mujer como tu gentil esposa no se encuentra en casa de los iguales, ni siquiera de los desiguales.

FERMÍN.- (Ríe.) Alberto, hay que ver cómo eres. (A CARMENCITA.) No me habías dicho que nuestro amigo era tan divertido.

CARMENCITA.- Sí te lo dije. Te dije que es encantador. (Se acerca a ALBERTO, se coloca muy cerca, muy cerca, seguida de las miradas de todos los demás. Insinuante.) Alberto, ¿qué quieres tomar?

(ALBERTO se ha quedado mudo, no puede responder.)

MAYORDOMO.- (Sin pretenderlo, acude en ayuda de ALBERTO, tal vez pretende desviar la atención que todos centran ahora en el invitado. A FERMÍN.) El señor, un negroni, como siempre.

FERMÍN.- (Burlón.) Primero la señora, Piqueras. Parece mentira...

MIGUEL.- (Que no impide el ridículo de PIQUERAS, pero que al mismo tiempo quiere mostrar su propio mérito; tras una pequeña pausa para dejar en evidencia al MAYORDOMO.) Don Fermín, ya me ocupaba yo de la señora. Es una división interna del trabajo en el sector servicios. Un cóctel de champán, ¿no es así? (Le tiende a CARMENCITA una copa que acaba de preparar.)

CARMENCITA.- (No mira a MIGUEL. Sigue insinuante y fija en ALBERTO.) ¿Qué bebes tú, cariño?

ALBERTO.- (Hace un supremo esfuerzo por reaccionar.) Yo... Un cóctel de champán, también... Como en... (Se detiene. No puede continuar.)

CARMENCITA.- (Ha tomado rápidamente sendas copas preparadas por MIGUEL, una de las cuales no iba destinada precisamente al amigo invitado.) Como en los viejos tiempos. El recuerdo... Qué bello es recordar. Aunque es más bella la presencia de aquello con lo que hemos soñado.

ALBERTO.- ¿Tú sueñas?

CARMENCITA.- Nunca dejé de soñar. Y, a veces, los sueños se tornan realidad.

FERMÍN.- (Atrae al resto del grupo hacia otro lugar del comedor.) ¿Está ya mi negroni?

MAYORDOMO.- (A su pesar, se ve obligado a replegarse en el grupo de FERMÍN.) Aquí lo tiene, don Fermín. Creo que está en su punto.

FERMÍN.- ¿Qué bebe usted, Terán?

MIGUEL.- No se preocupe por mí, don Fermín. Me había preparado un cóctel de champán, pero en un segundo me hago otro.

FERMÍN.- ¿Y usted, marqués?

SECRETARIO.- Mis compañeros conocen bien mis gustos. Ya me habían preparado un fino.

FERMÍN.- Tal vez algún día me preocupe, pero por el momento me congratula comprobar que no hay ningún abstemio en esta casa.

MAYORDOMO.- Yo aún no he decidido qué tomar.

FERMÍN.- Eso no altera mi observación. Estoy convencido de que no se va a conformar con un agua tónica.

MAYORDOMO.- Tomaré este otro negroni que había preparado. Creí que nuestro invitado iba a seguir los gustos del señor.

FERMÍN.- Ya lo ve usted. Ha preferido los gustos de la señora. Gustos siempre indiscutibles.

MAYORDOMO.- ¿Usted cree...?

FERMÍN.- Lo creo, a pesar de todo... (Lo ha dicho con evidente intención contra el propio MAYORDOMO.) Sobre gustos hay mucho escrito. Si no, no habría tanta revista especializada.

SECRETARIO.- Ni tantos críticos literarios o musicales.

FERMÍN.- O teatrales. Qué hermoso es el teatro, ¿verdad?

MAYORDOMO.- Lo es. O lo era. Hoy día ya no es lo mismo. Se estrenan unas comedias muy raras. Ni siquiera hay enredo.

FERMÍN.- Nunca se puede estar seguro. A veces hay más del que parece. Chín-chín.

MAYORDOMO.- ¿No brindamos con la señora?

FERMÍN.- Es usted incorregible, Piqueras.

(Brindan los cuatro. Siguen conversando, sin permitirse mirar a CARMENCITA y a ALBERTO más que de soslayo en alguna rara ocasión, en especial -MIGUEL, MAYORDOMO y eventualmente SECRETARIO, nunca FERMÍN- en momentos que se comprenderán sin necesidad de acotación. Mientras se desarrollaba el anterior diálogo, ALBERTO y CARMENCITA seguían juntos, muy juntos. Han brindado y han mojado sus labios. CARMENCITA ha ceñido el talle de su invitado y amigo, pero no hay en su gesto ni picardía ni procacidad. Tampoco la alegría natural de una sensualidad sin inhibiciones. Hay en su invitación algo de acogedor y de entrañable, un cariño que se promete más intenso, una muestra de deseo femenino que desconoce tanto la desvergüenza como el recato, una invitación a la intimidad que no olvida otras presencias, sino que las integra y las deja precisamente donde están, en aquel diálogo que tal vez ahora comienza a ser desinteresado. El ALBERTO alterado del comienzo del brindis casi se deshace de los códigos que le impiden continuarlo, casi asume el sentido del que le propone CARMENCITA, aunque sin especial penetración. No comprende aún, pero al menos entiende el sentido de esa nueva ceremonia que prepara el almuerzo.)

CARMENCITA.- Estoy contenta de que hayas venido.

ALBERTO.- Estoy contento de haber venido.

CARMENCITA.- Acércate. No te vayas.

ALBERTO.- No puedo irme. Aunque quisiera, no me dejarías.

CARMENCITA.- ¿Es que te sientes atrapado?

ALBERTO.- Al contrario. Me siento como quisiera sentirse el que aspirase a la mayor libertad posible.

CARMENCITA.- ¿Crees que aquí puedes encontrar... lo posible?

ALBERTO.- Empiezo a creer que lo que es más fácil de encontrar aquí es, precisamente, lo imposible.

CARMENCITA.- ¿Ese imposible es lo deseable?

ALBERTO.- Ese imposible es lo que no nos atrevemos a soñar.

CARMENCITA.- Para qué vas a soñar, ahora que estás más despierto...

ALBERTO.- (Encendido.) Sí, más despierto que nunca lo he estado. Cómo puedes saberlo. Debería sentirme atrapado, porque me adivinas en cada gesto, en cada deseo, porque sabes, antes que yo mismo, la caricia que quiero hacerte, **(La acaricia.)** los labios húmedos que quiero tocar con los míos... **(Se detiene.)**

CARMENCITA.- ¿Por qué no me besas? Ibas a hacerlo.

ALBERTO.- (Ahora sí se ve constreñido a mirar al otro grupo. Pero los encuentra en animada charla. Ha debido de surgir algún tema polémico.) Carmencita... ¿es que no te das cuenta...?

CARMENCITA.- Bésame. Hazlo. Yo no te besaré a ti si tú no tienes ese pequeño coraje.

ALBERTO.- ¿Coraje...?

(La besa con ardor, pero contenido y púdico. La pasión hace tambalearse mínimamente los cuerpos y considerablemente las copas, por suerte ya mediadas. Permanecen así mientras el grupo, donde todo esto no pasa por completo inadvertido, continúa su tertulia recién empezada.)

FERMÍN.- (Ríe.) Señores, no sé cómo calificarlos. No sé si son ustedes románticos o rematados egoístas.

MIGUEL.- No es contradictorio.

FERMÍN.- Debería serlo. Amar es, sobre todo, dar.

MAYORDOMO.- ¿Usted cree?

FERMÍN.- Desde luego, usted no lo cree, Piqueras.

MAYORDOMO.- Es fácil decir eso cuando se tienen... cuando se tiene todo.

SECRETARIO.- No lo crea. Es más difícil decirlo, y sobre todo creerlo, cuando no se tiene nada.

MIGUEL.- Si seguimos así, vamos a llegar a la conclusión de que dar es algo tan propio del amor que este sublime sentimiento es imposible entre nosotros, pobres pecadores.

SECRETARIO.- Puede burlarse si quiere, Terán. Pero aunque le parezca mentira, dar suele ser un buen negocio. Un negocio mayor que el de recibir.

MAYORDOMO.- Eso suena encomiable y hasta santo, querido marqués. Pero qué tiene que ver eso con la vida cotidiana, con la manera corriente que tenemos de amar... y no sólo de amar, sino de ser amados. Quién quiere por nada.

SECRETARIO.- No se trata de querer por nada. Queremos por algo, por algo difícilmente definible, y ese algo es egoísmo, sí, pero al mismo tiempo es condición de amor. Damos por egoísmo, y entonces se nos da. No hay contradicción.

MIGUEL.- Eso decía yo. No hay contradicción.

SECRETARIO.- Disculpeme, Terán, pero creo que no estábamos hablando de lo mismo. No es igual el egoísmo natural, que supuestamente lleva al interés de todos, que ese cariño condicional que le imponemos a nuestros hijos, a nuestras mujeres...

MIGUEL.- Yo me refería a un egoísmo más modesto, menos cósmico. Incluso preferiría no llamarlo egoísmo. Lo llamo amor, que es lo que he querido llamarle desde el principio. Es una fuerza esencial de cada existencia, pero no permanente, sino perecedera, algo que tiene principio y fin, y que nunca es por completo incondicional, pero que mientras existe ejerce un tremendo poder. Y que es, si quieren ustedes, tan egoísta, que requiere todo lo del otro para sí.

SECRETARIO.- Cuidado. Puede -y suele- quererlo todo del otro, hasta el punto de anular su vida, aquello del otro que no es nuestro. En el amor tendemos a empobrecer, primero, y a anular, después, el mundo del otro, con el ingenuo designio de conservarlo nuestro e inalienable. Pero cuando hemos vaciado al otro, cuando es una máscara hueca, ya no nos interesa. Empezamos por su pasado, es decir, por su realidad esencial. Somos capaces de llegar a prohibirle ciertas aficiones, ciertos intereses, algunas -o muchas- compañías...

MAYORDOMO.- Pero el amor ideal es aquél en el que el mundo de uno es el mundo del otro, donde hay una pertenencia radical, o mejor, una íntima y total fusión de ambos seres.

FERMÍN.- Nada es total, ni siquiera uno mismo. Si tenemos la dudosa capacidad de convertirnos en esquizofrénicos, no pidamos unidad íntima a la unión de dos seres, aunque estén unidos por el sublime nexo del amor. Les confieso que me gustaría escuchar alguna visión menos lógica, y desde luego menos polémica, que trate del amor.

SECRETARIO.- ¿Sin conceptos lógicos?

FERMÍN.- Si ello fuera posible...

MIGUEL.- Según estudié hace tiempo con mis amigos Carmencita y Alberto...

(Hacia unos instantes que éstos parecían seguir la cada vez más animada discusión y ahora atienden más al ser mencionados.)

...según estudié entonces, había varias formas de conocimiento. El conocimiento lógico era una de ellas. Había también la magia, el mito, y todas las formas derivadas o tendentes con respecto al ritual. Pero ya hemos perdido esas posibilidades. A cambio, hemos ganado la racionalidad. No es que la desprecie. Junto con la idea de progreso, suponemos que es una de las maneras de creer que todo será mejor en el futuro, o al menos que eso depende de nosotros. Pero cómo vamos a explicarnos las cosas ahora que sabemos, de nuevo, que todo camino puede ser inmediatamente desandado. Que la razón puede retroceder ante eficaces asaltos. Quién podría hablar del amor sin conceptos.

SECRETARIO.- Ni usted ni yo podríamos... **(Con timidez.)** Quizá podría hacerlo doña Carmencita.

(Silencio. Todos miran a CARMENCITA.)

No tema usted, somos amigos, amantes, seres inocentes en nuestra constante fabricación de logros. Quién sabe si usted...

ALBERTO.- Quién, sino ella. Ella sí conoce el amor.

MIGUEL.- Carmencita, recuerda... recuerda... Hay tantas cosas que puedes decir.

CARMENCITA.- (Enternecida.) Pero las he dicho muchas veces. Cada uno de vosotros las conoce. Voy a repetirme. Qué puedo contar. **(A ALBERTO.)** Hasta tú mismo conoces algunas cosas, veinte años... veinte años después.

ALBERTO.- No importa. Cuéntanos. Háblanos del amor.

SECRETARIO.- Guardaremos silencio. Somos ingenuos, ingenuos y perversos. No sabemos que los besos que ha prodigado una mujer son un largo corredor que la lleva hasta nuestra boca anhelante, que la estaba esperando. Cuéntelo de nuevo.

CARMENCITA.- Usted sí lo sabe, profesor.

SECRETARIO.- No, no lo sé. Lo digo, pero no lo sé. Hable usted, doña Carmencita. Mire, le prepararé otro cóctel de champán.

CARMENCITA.- No. Ahora no. El día va a tener una noche demasiado larga.

(Silencio. Todos la contemplan, expectantes. Ella mira al vacío, es decir, a sus profundos recuerdos. Al cabo de un rato de mágica expectación, hilvana su relato.)

Fue aquella vez... no recuerdo exactamente dónde. Caía la tarde. Olía a pasto, a humedad. Lo recuerdo todo con detalle. ¿Es posible que fuera un sueño? Guardad silencio, no me interrumpáis. Prados. Declives. Hermosos castaños se amontonaban hacia un lado del camino y disuadían de continuar por su oscura frondosidad. El cielo, alternativamente, se encapotaba y se abría. Uno detrás de otro, encontré entonces a los siete vaqueros.

(Desde hace un rato escuchamos, poco perceptible, el fragmento musical 4. 2⁷, que apenas aumentará de volumen, pero cuya presencia acompaña el parlamento de CARMENCITA.)

Se pusieron en fila frente a mí, para dejarme pasar, para hacerme un arco con sus espadas y con sus cayados, si es que portaban cayados en sus gigantescas y acogedoras manos. Los miré y comprobé en ellos un sentimiento complejo de ternura imposible y melancolía infinita. Los atraje hacia el castañar donde lo umbrío ocultaba aquel sol declinante.

Allí les poseí a todos ellos. Me parece recordar que fue con los siete al mismo tiempo. Pero no pudo ser así. Estaban alegres, silenciosos, próximos a las lágrimas. No eran lascivos, sólo me deseaban con la inocencia que en alguna ocasión adjudicamos a los campos y que, como sabemos, es por completo ajena a ellos, ya que la tierra es pródiga en caínes, y en mujeres núbiles cuya primera experiencia amorosa es la brutalidad de la violación y el puño cerrado que se estrella contra su mejilla.

⁷ 4.2 Casta diva, aria del primer acto de Norma, de Bellini.

La segunda suele ser el feto arrancado con rabia y con monstruoso dolor, y desde entonces, el sufrimiento que gotea paulatino e interminable. **(Pausa.)** Aquella tarde todo fue distinto, porque los vaqueros eran inocentes y los poseí con el estupor del amor correspondido. Fui amándoles desde una repentina desnudez que, lejos de igualarnos, los llevó a adorarme de hinojos y a entregarse, mansos, a mis caricias. Al final estábamos húmedos de una llovizna que no había conseguido sorprendernos, en los olores de la tierra mojada y el amor quejumbroso y feliz. Allí los dejé, y al cabo de nueve meses tuve siete niñas. Y eso tal vez fue un sueño. Como quizás lo es mi continuada visita a los vaqueros, que se confiaban a mí de nuevo, inocentes y felices, incapaces de comprender, como si la maternidad fuese fruto del viento y de la diosa, una diosa cuyo rostro estuviera surcado por los rasgos de la luna. Cada uno de ellos yacía conmigo una noche. Al despuntar el día, el ritual de la muerte lo sacrificaba. **(Pausa.)** Mucho más tarde, y aquello tal vez fue un sueño, uno de ellos reclamó para sí a los siete hijos que yo traía cada tiempo. Sabía que eran suyos. Mi amor a los vaqueros sufrió un cambio. Trataron sin éxito de dar a luz siete hijos. ¿Cuándo volví a verlos? Tuve que aprender a amar en la contienda y el recelo. Nunca me resigné por completo. Vosotros llegasteis más tarde. Parecía regresar el día en que pude yacer con siete hombres puros. Ahora sé que el regreso es imposible... **(Pausa.)** Quisiera saber cuál es el sentido de estos sueños. Pero ninguno de vosotros me lo puede decir. Sobre todo porque os horroriza lo que a mí me parece más feliz... Queredme siempre así. Queredme siempre.

(Silencio. CARMENCITA mira al vacío, lejos, a un horizonte inexistente. Los otros apenas se mueven, apenas se aventuran a mirarse entre sí. Hay algún discretísimo carraspeo. Se escucha, siempre lejano, el fragmento 4. 2, que se diluye ahora en el silencio para dar paso al final de la escena.)

FERMÍN.- (Se levanta, sin dejar de mirar a CARMENCITA, a la que contempla con infinita ternura. Se dirige, sin mirarlo, al SECRETARIO.) Marqués, tenga la bondad de ordenar que sirvan el almuerzo.

SECRETARIO.- Inmediatamente, don Fermín. **(Va a salir.)**

CARMENCITA.- (Interrumpe el mutis.) Yo no voy a almorzar...

(El SECRETARIO se vuelve, sorprendido, tal vez en un paso de los distintos que ha de dar para salir del encanto precipitado por el aria de CARMENCITA. Los otros aún no han dado el primero, aunque estos pequeños estímulos les propician a salir del estupor. Siguen sentados, permitiéndose sólo pequeños y bruscos movimientos.)

No sé por qué, estoy cansada... muy cansada. Voy a retirarme. Sé que vais a prepararlo todo muy bien, que será una noche inolvidable... Pero antes, recordad, tenemos que tomar champán juntos, solos...

FERMÍN.- Te esperaremos todos... con una sorpresa...

CARMENCITA.- Y cantaremos todos, ¿verdad?

(Nadie responde. Fascinados, los otros cuatro miran a CARMENCITA, que los contempla por última vez antes de salir. Se va lentamente, sonriendo. Sólo cuando quedan solos los cinco hombres, propicia FERMÍN un brusco «despertar» del grupo.)

FERMÍN.- (Burlón, muy animado.) Cantaremos todos, caballeros, quiero suponer.

(Salen de repente del estupor fascinado. Responden los cuatro de forma atropellada, cómica, llena de risible convicción.)

LOS CUATRO.- Sí, claro... Cantaremos... No faltaría más... Tenemos que cantar... Es el cumpleaños de doña Carmencita... Qué mejor ocasión. (Etc., etc.)

(En medio del confuso atropellarse de las voces, concluye la escena y se produce el consiguiente: Oscuro. Intermedio musical: fragmento 5. 1.)

Escena V

**A telón bajado, concluye el fragmento musical 5. 1⁸.
Nueva escena sólo sonora. Escuchamos las voces de
ALBERTO RUBIO y MIGUEL TERÁN.**

MIGUEL.- (Off. Molesto. Se diría que no consigue hacerse comprender.) Por el amor de Dios, Alberto. Creo que es muy sencillo lo que acabo de explicarte. ¿Es que voy a tener que repetirlo?

ALBERTO.- (Off. Picado.) He entendido perfectamente. Lo que no veo es el sentido. Para qué hacéis todos los años una cosa así.

MIGUEL.- (Lo deja por imposible.) No has comprendido lo más importante. Modera tu escepticismo, profesor. Basta con formar parte de la cofradía para comprenderlo todo. De eso se trata. De que los demás no comprendan nada si nosotros no queremos.

ALBERTO.- Tampoco comprendo cómo puede permitirlo Fermín... o cómo puedes permitirlo tú mismo.

MIGUEL.- Cómo se ve que vienes de lejos y no entiendes nada. Desde el otro lado del océano regresas más estrecho que la sección femenina. Según eso, deberías preguntarte por qué no te hemos partido la cara todavía.

ALBERTO.- Explícamelo tú. ¿Por qué no me habéis partido la cara?

MIGUEL.- Por la misma razón de la que provienen todas las razones de esta casa. Por lo mismo que la ceremonia de los regalos se hará como te he explicado y tú formarás parte del grupo y cumplirás tu cometido.

ALBERTO.- Está bien. Ya que no hay más remedio...

⁸ 5.1 Final de la obertura de Los esclavos felices, de Arriaga.

MIGUEL.- No te hagas el mártir... Y, si no, ya veremos esta noche. Vas a creer que estás soñando.

(Se ha levantado el telón antes de que concluyera la conversación en off. Estamos en una amplia sala, con ventanal al fondo que ahora aparece cerrado por cortinas cuya iluminación posterior cumplirá un cometido. Hay un piano vertical. Junto al ventanal, una puerta. Tras ambos está la puerta sur, la balaustrada, el amplio jardín, el ámbito de recepción de los otros invitados, un conjunto que no vemos y que sin embargo estará presente a lo largo de toda la escena. También hay en esta sala una escalera que conduce a las habitaciones del piso superior, donde nos es visible una puerta inmediata a dicha escalera. Tiene que haber una posibilidad de comunicación fluida entre la parte superior, la escalera y la puerta que lleva al jardín.

En alguna parte, un cubo con champán. Al levantarse el telón, vemos en la penumbra a FERMÍN DE LA ROSA. Escuchamos, en sordina por el momento, el piano que está tocando. El SECRETARIO le pasa las páginas de una partitura. La conversación en off se ha ido diluyendo en la lejanía, y a medida que descendía el volumen de las palabras aumentaba el de la música pianística: FERMÍN ensaya una versión algo ralentizada, lógicamente torpe, y con mucho uso del pedal, del fragmento musical 5. 2º.

Sería deseable que fuera el actor que interpreta a FERMÍN quien tocara, pero puede ser ayudado -mano izquierda- por el SECRETARIO, y en el momento en que ha de tocar la pieza entera, más adelante, tal vez por alguno de los otros actores.

El volumen de sonoridad normal le sorprende ya en los últimos compases. Cuando concluye, el SECRETARIO le felicita con más intención de animarle que plena convicción.)

SECRETARIO.- Creo que esta vez ha salido mucho mejor, don Fermín.

⁹ 5.2 Gnosienne nº 3, de Satie.

FERMÍN. - (Irritado, pero sobre todo consigo mismo.) Y yo creo que esta vez podría haberse callado usted. (Rectifica en el acto.) Discúlpeme. Estos preparativos me ponen nervioso. Y, además, la música de acompañamiento. No es una pieza difícil, pero Carmencita podía haberse conformado con un tocadiscos. Espero que dentro de un rato saldrá mejor.

SECRETARIO. - Estamos en familia, don Fermín.

FERMÍN. - No es un consuelo para mí. En familia me encanta reírme de los demás, pero no me gusta darles demasiadas oportunidades a ustedes de que se rían de mí.

SECRETARIO. - El señor puede estar seguro de que le daremos oportunidades de reírse. De nosotros, quiero decir.

FERMÍN. - Se encuentra usted cómico y encuentra cómicos a sus compañeros. Demasiado distanciamiento. No es fácil reírse de quien no cree en lo que está haciendo.

SECRETARIO. - No, don Fermín. Ni yo ni ninguno de mis colegas descreo de la representación. Es como un auto sacramental. Hoy es nuestro día del Corpus. Sabemos que es teatro, pero lo vivimos con el fervor del auténtico creyente.

FERMÍN. - Sólo que ustedes no son auténticos creyentes.

SECRETARIO. - Más que eso, don Fermín. Si me lo permite, dentro del respeto que inspira universalmente su persona, somos algo más que creyentes... Somos amantes. Los cristianos aseguran que Dios es amor.

FERMÍN. - Basta, marqués, se lo ruego. No se ponga usted mitológico. No es lo suyo. Usted es keynesiano, no crea que lo olvido.

SECRETARIO. - Keynesiano sólo por las noches. Cuando despacho con el señor soy un liberal antiutópico. Aspiro a una síntesis, pero no lo he conseguido por el momento.

FERMÍN. - Apuesto a que prepara usted en secreto una refutación de la política económica vigente.

SECRETARIO. - No es necesario, señor. A veces pienso que lo que hacemos ahora producirá la misma risa que nos provocan las modas de hace más de veinte años en esas fotos que volvemos a mirar para comprobar que están descoloridas.

FERMÍN.- ¿Y qué cree usted? ¿Que yo no lo pienso? Pero sé una cosa, y sospecho que usted también. Que lo que estamos haciendo hay que hacerlo. Espero que comprenderán al menos eso los que miren nuestras fotografías y se rían de las modas y los peinados de la época que nos ha correspondido. (**Mira su reloj.**) Empieza a hacerse tarde.

(**Entra ALBERTO.**)

ALBERTO.- Me han dicho que venga. Al parecer, todo está listo.

FERMÍN.- Pareces nervioso, Alberto. Te supongo al tanto de todo.

ALBERTO.- Sí, claro... Estoy al tanto, pero no por eso...

FERMÍN.- (**Le sirve un güisqui.**) Bebe esto. Te tranquilizará.

ALBERTO.- No sé si debo. En un día como este no me perdonaría cometer cualquier estupidez.

SECRETARIO.- (**Acude a un mueble cercano.**) A propósito. Se me olvidaban las copas de champán. (**Saca media docena de copas, las lustra y las va colocando a un lado.**)

FERMÍN.- (**A ALBERTO.**) Es sólo un cumpleaños.

ALBERTO.- Eso es lo que más me sorprende. Yo creía que venía a... a un cumpleaños.

(**Entran MIGUEL y el MAYORDOMO, con dos grandes cajas.**)

SECRETARIO.- Bien, señores. Ha llegado el momento de la verdad. Don Fermín, usted puede colocarse ya en el piano.

FERMÍN.- (**Con ironía.**) A sus órdenes, señor marqués.

MIGUEL.- Venga, muévanse. Se nos está echando la hora encima.

MAYORDOMO.- (Toma algunos regalos, que no están ni empaquetados, ni envueltos, sólo delicadamente doblados, dispuestos a aparecer.) A ver... Esto es mío, y esto, y esto...

MIGUEL.- Alberto, por favor, no te quedes ahí parado. Ya sabes lo que te corresponde, ¿no?

ALBERTO.- Sí... sí, claro...

(Va hacia las cajas y empieza a tomar, sin tenerlas todas consigo, los objetos que constituyen sus regalos para CARMENCITA. En ese momento, cuando todos buscan sus regalos-atributos en medio de una calma tensa y disimulan su anhelante desasosiego, se ilumina el exterior del ventanal.)

FERMÍN.- Me lo imaginaba. Nos va a pillar el toro.

SECRETARIO.- No es culpa de nadie, don Fermín. Es evidente que algunos invitados se adelantan más de la cuenta. No es normal en nuestra tierra, ya sabe. A nadie le gusta ser telonero.

FERMÍN.- A nuestros invitados, sí. Es así siempre.

MIGUEL.- Pues tendrán que esperar... como otros años.

MAYORDOMO.- Habrá que darles una lección. Porque vengan antes de tiempo no va a aparecer antes la anfitriona.

MIGUEL.- Está bien. Les daremos la lección de todos los años. Lo cual no impedirá que don Fermín tenga que salir.

FERMÍN.- Marqués, intente ver quién ha llegado.

(El SECRETARIO descorre parcialmente las cortinas y mira hacia el exterior, intentando no ser visto por los de fuera.)

SECRETARIO.- Don Fermín, ha llegado ya el general Ventoso, y el señor Madero, Jefe Superior de Policía... **(Se va alarmando progresivamente.)** Y monseñor Cubenit, Cardenal Primado... Dios mío, y el propio señor Rosigón, presidente de la Comunidad Autónoma de...

FERMÍN.- (Le interrumpe.) No tengo más remedio que salir.

SECRETARIO.- Quizá estén a punto de llegar los señores ministros...

FERMÍN.- Razón de más. Señores, sigan ustedes sin mí. Vienen todos con sus esposas, supongo.

SECRETARIO.- (Sin dejar de mirar al exterior.) Sí, don Fermín, todos... Excepto el cardenal primado, quiero decir... Pero qué veo, también está ahí el periodista ese, el señor Gallof... No sabía que el señor había invitado a ese caballero.

FERMÍN.- Gallof no necesita ninguna invitación. Pero he hecho mal en no acordarme de él. Hay que cuidar a la prensa del corazón. Por cierto, ¿a quién ha convocado usted de los medios de comunicación?

SECRETARIO.- (Se vuelve.) A los de siempre, señor.

FERMÍN.- En adelante, no olvide a Gallof, y a todos los gallofos que haya por ahí. Tendré que ser especialmente amable con su esposa esta noche.

MIGUEL.- Triste servidumbre...

MAYORDOMO.- Viva la libertad de prensa.

FERMÍN.- Señores, les ruego discreción. Voy a salir. Tengan cuidado que nadie vea desde el exterior lo que se traen ustedes entre manos. Volveré en cuanto pueda.

SECRETARIO.- (Que de nuevo mira hacia el exterior por el ventanal iluminado.) Veo también a Busconte, su jefe de gabinete.

FERMÍN.- Vaya, felizmente, mi paisano. Él me sacará del apuro.

SECRETARIO.- Cualquiera de nosotros podría, don Fermín...

FERMÍN.- No, no pueden. Qué pasaría con los regalos y con Carmencita. Y Busconte, al fin y al cabo, es mi jefe de gabinete y mi hombre de confianza en el ministerio. Nadie se sentirá ofendido, ¿está claro? Ustedes a lo suyo... y yo al ruedo...

(Se dirige a la puerta. Le abre el SECRETARIO. Los otros disimulan hasta que se cierra la puerta.)

SECRETARIO.- Señores, ¿está todo preparado?

MIGUEL.- Por mi parte, sí.

MAYORDOMO.- Y por la mía.

MIGUEL.- Alberto, qué demonios te pasa. Dónde están tus cosas.

ALBERTO.- Aquí... aquí... Yo también estoy listo.

MAYORDOMO.- Disculpe, señor Rubio. No me atrevo a preguntarle si estará usted a la altura de las circunstancias. Quiero creer que lo estará.

ALBERTO.- **(Picado.)** ¿A la altura de las circunstancias? Señores, me he visto en peores trances.

MAYORDOMO.- Peores, sí, sin duda. Pero tal vez nunca tan... tan emotivos.

ALBERTO.- **(Irónico.)** Espero que sabrán disculpar los errores de un principiante, errores que, por otra parte, pueden muy bien disimularse entre la torpeza... perdón, quise decir el nerviosismo general.

MAYORDOMO.- ¿Nerviosismo? Aquí nadie está nervioso, más que usted.

ALBERTO.- Tal vez confundo el nervioso natural y explicable de todos con la impertinencia incontinente de alguno.

MAYORDOMO.- Decididamente, a mi querido colega Terán le ha salido un competidor en todos los sentidos.

MIGUEL.- Tal vez un aliado. Tiemble, Piqueras, entre todos le daremos su merecido.

ALBERTO.- No tema, Piqueras. No le guardo rencor. Resulta usted tan divertido que sería ingrato por mi parte mostrarme agresivo.

MAYORDOMO.- Algo así me sucede a mí con ustedes. Como usted muy bien sabe, amigo Terán, detesto ofender. Es algo que está al alcance de cualquiera. Antes que usted se precipite a decirlo, le confirmaré que hubo un tiempo en que prefería ejercer determinado tipo de violencia institucional al servicio de mi pueblo. Puro altruismo. Era bailar con la más fea.

ALBERTO.- Cuando a usted quien le gustaba era, precisamente, la más bonita.

MAYORDOMO.- Claro, como a usted. Ya ve, no me molesta que recuerde eso. Mantengo mis fidelidades.

MIGUEL.- Sobre todo, mantiene sus fantasmas.

(En ese momento, tras el ventanal, suena una fanfarria. Los cuatro se vuelven hacia allí, de espaldas al público. Sorprendidos, permanecen inmóviles unos instantes.)

¿Y eso...? No era lo previsto.

SECRETARIO.- (Anonadado, y al mismo tiempo con gran júbilo.) ¿Será posible? No puedo creerlo, no puedo creerlo...

ALBERTO.- Qué es, qué sucede...

SECRETARIO.- Es la guardia... la guardia. Eso quiero decir.

MAYORDOMO.- ¿Qué guardia? (Entusiasmado.) ¿No será la guardia real?

SECRETARIO.- No, no es la guardia real... Es la guardia del papa... Lo cual quiere decir que dentro de unos minutos llegará Su Santidad. ¡No puedo creerlo!

MAYORDOMO.- Dios es misericordioso.

MIGUEL.- Caramba, y yo que creía que el marqués era agnóstico.

ALBERTO.- (A MIGUEL.) Creo... creo que no entiendo lo que pasa. Me tienes que explicar...

MIGUEL.- ¿Ahora? Imposible... Tendrás que esperar a mañana. Para entonces lo habremos entendido todos.

(Por la puerta del fondo entra apresuradamente FERMÍN DE LA ROSA. Los otros cuatro continúan mirando hacia el ventanal. FERMÍN es el único que se encuentra cara al público, frente a ellos.)

FERMÍN.- (Emocionado.) Señores. Espero que hayan comprendido qué momento histórico estamos a punto de vivir.

SECRETARIO.- (Un paso al frente hacia FERMÍN.) Lo hemos comprendido perfectamente. Cuento usted con nosotros.

FERMÍN.- No necesito decirles que lo que ocurre entre bastidores es tanto o más importante que lo que se ve en escena.

MAYORDOMO.- ¿No veremos al papa?

SECRETARIO.- No moleste a don Fermín, Piqueras. Claro que lo verá usted. Lo veremos todos. Fíjese qué ventanal tan amplio, hay sitio para los cuatro. Es la cazuela del mejor de los teatros.

FERMÍN.- Le agradezco su comprensión, marqués. Y a ustedes les agradezco su espíritu de servicio. Ahora, manos a la obra.

SECRETARIO.- Señores, tomen sus regalos y ocupen sus puestos.

ALBERTO.- Pero... ¿no hay que avisar a Carmencita?

MIGUEL.- No tendría gracia. Ella oirá el piano y sabrá lo que tiene que hacer. No te pongas nervioso.

(FERMÍN se sienta al piano. Sus regalos quedan junto a las cajas. Los tomará después. Lo que viene a continuación sólo cambiará en la medida en que el actor que cumple el cometido de FERMÍN no pueda acompañarse a la mano izquierda por sí mismo. Los otros cuatro, con sus regalos, se colocan al pie de la escalera, unos peldaños más arriba del nivel de la planta. FERMÍN empieza a tocar, ahora desde el principio, el fragmento 5. 2. Así, iluminado el ventanal, acompañados por la música que FERMÍN desgrana sin demasiada torpeza, tensos, expectantes e ilusionados, el anterior ambiente de bullicio se ha convertido en repentino sosiego aparente, en un oasis de calma tras una agitada alteración. Como único sonido, el piano. Los otros cuatro esperan, sin dejar de mirar arriba, a la puerta por la que surgirá CARMENCITA. Al cabo de un rato, se abre con lentitud, acorde con la magia del momento, no por prevista menos emocionante. Entonces, aparece CARMENCITA, completamente desnuda, sin siquiera una cinta o un anillo, ningún calzado, el cabello suelto, volátil, imagen cristalizada de un sueño. Se acerca al pretil y se detiene. Los mira, les sonríe, de nuevo sin coquetería ni intención, tierna, descuidada y contenta. Ante la imagen de la maravillosa mujer, los otros cuatro no pueden ni desear reprimir una sonora interjección de asombro: ¡Oooooh! La música del piano de FERMÍN continúa el subrayado ceremonial. CARMENCITA desciende ahora con gozosa lentitud los peldaños que la separan de los adoradores. Se adelanta MIGUEL y le pone la primera prenda, unas braguitas mínimas, suaves, natural continuación de su piel conmovedora. Retrocede MIGUEL y el MAYORDOMO le pone unas medias. Nuevo retroceso, y el SECRETARIO y ALBERTO le ponen la prenda más complicada, un *body* de seda, sin disimular el último de ellos su nerviosismo. No hay en ninguno la menor procacidad, pero sí una emoción intensa, que en el caso de ALBERTO es, además, torpe desasosiego.

Tras estas primeras prendas, otras, que también le corresponden a los cuatro: zapatos, un elegante y sin embargo sencillo vestido de noche cuya belleza confiamos a la fantasía y al gusto del figurinista o de la boutique patrocinadora del espectáculo, una ligera estola que no desentona con la estación, un reloj, un abanico, incluso una diadema. CARMENCITA ya está vestida. Faltan sólo unos pequeños detalles de los que se ocupará su amante esposo, que concluye por fin la partitura, ante lo cual aplaude CARMENCITA, secundada por los demás.)

FERMÍN.- No, a mí no, amor mío. A ti. A ti, que estás preciosa, como nunca.

(Aplauda a CARMENCITA, secundado por los demás, que ahora lo hacen con auténtico entusiasmo.)

Pero falta algo, ¿no es así, marqués?

SECRETARIO.- Claro, señor. El señor no puede hacer dos cosas al mismo tiempo, en especial si una de ellas requiere ambas manos. **(Risita.)** Aquí lo tiene, don Fermín.

(Va a tomar los regalos que aún faltan, para entregárselos a FERMÍN. El SECRETARIO le entrega a FERMÍN sus regalos. Con ellos, éste se aproxima a CARMENCITA.)

FERMÍN.- Mi amor... **(Le coloca, despaciosamente y feliz, tres joyas maravillosas para la más maravillosa de las mujeres: pulsera, anillo, gargantilla...)**

CARMENCITA.- Os quiero... os quiero tanto... **(Los mira a todos. No sabe por quién empezar.)** ¿Me dejáis... me dejáis llorar?

TODOS.- (Simultáneos, pequeño barullo.) No, de ninguna manera. Tan hermosa. No hay razón para llorar. Es el momento de reír, sólo de reír.

CARMENCITA.- (Abraza a FERMÍN.) Amor mío...

(Después de un instante estrechando a su marido, se vuelve al SECRETARIO y le abraza también; después, al MAYORDOMO; después a MIGUEL; les musita cariñosas palabras que no alcanzamos a descifrar; cuando llega a ALBERTO su abrazo es más prolongado.)

Gracias, gracias por venir.

(Se vuelve hacia los demás. Ríe, pero se diría que reprime el más gozoso de los llantos. Los otros -excepto FERMÍN- la contemplan arrobados, prestos a la mínima demanda de protección que sea necesaria, que acaso quisieran prodigar, sin atreverse a ser importunos ante ella y ante los demás.

Están mudos. Qué pueden decir. FERMÍN descorcha una botella de champán. Comentarios regocijados. Se la pasa a ALBERTO.)

FERMÍN.- Que sea nuestro invitado quien sirva este primer champán de la noche. El champán de la intimidad.

ALBERTO.- Será un honor. **(Toma la botella y sirve en las copas que había preparado antes el SECRETARIO.)**

SECRETARIO.- El cava de don Fermín. El señor Rubio se preguntará por qué en ocasión tan especial no bebemos champán francés.

ALBERTO.- No lo crea. Estoy convencido de que este espumoso no tiene nada que envidiar a otros.

FERMÍN.- Así es, amigo Rubio. Lo mejor, para la mejor ocasión.

(Todos tienen ya sus copas.)

No creo necesario pedirle a nuestra anfitriona que sea ella quien proponga un brindis.

CARMENCITA.- (Con su copa levantada.) Estoy tan contenta... No sé qué decir.

SECRETARIO.- Hágalo a su manera, doña Carmencita. No esperamos otra cosa. Nosotros no sabríamos...

FERMÍN.- (Le interrumpe.) Te lo ruego, amor mío. Dinos lo que quieras, o el marqués nos explicará otra vez que no sabemos... Y ya sabemos que no sabemos nada. (Levanta su copa.)

MIGUEL.- (La levanta también.) *Docta ignorantia.*

(Todos levantan las copas y aguardan expectantes a CARMENCITA. Ésta les recorre a todos con la mirada, ahora tranquila y dominada su emoción. Por fin, queda fija en ALBERTO.)

CARMENCITA.- (Levanta su copa.)

Ayer soñé que volvías
por los recodos del tiempo,
y soñé que acariciaba
uno a uno tus cabellos.
Se había secado el llanto
derramado por no verlos.
Ayer soñé con el agua
y soñé con los helechos,
con las espigas quebradas
debajo de nuestros cuerpos,
con tu boca de granada
donde agotaba mis besos.
Decías que yo era luna
pero guardaba silencio.
Soñé con cabalgadura
que nos llevaba muy lejos,
que atravesaba los campos

por detrás del firmamento.
Llegábamos a un palacio
con una princesa dentro.
Pasad, que son bienvenidos
en casa los forasteros.
Esa noche nos ofrece
el mejor de los festejos,
y pronto de mí te aleja,
perdido tú en su deseo.
Monto aterrada en el potro
para intentar el regreso.
Vago agotada por valles,
por montañas y desiertos.
Al fin encuentra el caballo
un acertado sendero.
Y sentada ante mi reja
a veces canto mi sueño,
mientras vigilo si vuelves
para salirte al encuentro.

(CARMENCITA ha concluido. Permanece en silencio, sin dejar de mirar a ALBERTO. Con un gesto breve, significativo, sale del trance. Ya está hecho el brindis, todos pueden beber.)

CARMENCITA.- ¡Salud!

TODOS.- (Enfáticos.) ¡Salud!

(Beben los seis.)

ALBERTO.- ¿Y ese poema? El profesor de literatura española confiesa que lo desconoce.

MIGUEL.- Claro. Es el poema que le falta al Romancero gitano y que doña Carmencita va a proponer en la próxima edición.

MAYORDOMO.- No. Más bien es un hallazgo que habrá que incluir en una futura revisión crítica del Cancionero tradicional.

SECRETARIO.- Señores, es un privilegio para nosotros. Una primicia. Tómenlo como tal y apuren sus copas. Y déjenla marchar.

MAYORDOMO.- No puede ser. Aún no hemos cantado.

FERMÍN.- Habrá que dejarlo para más tarde. Querida, tienes que salir inmediatamente. Todos te esperan. A estas alturas se habrá agolpado ya un buen gentío y Busconte debe de estar agotado. Pobre paisano. Al menos, no ha llegado aún el papa.

CARMENCITA.- ¡El papa! No me lo habías dicho. **(Fastidiada.)** ¿Y de qué voy a hablar con el papa?

FERMÍN.- Qué sé yo, amor mío, de cualquier cosa. Menos de sexo, de teología de la liberación o de los sandinistas... puedes hablar de cualquier cosa.

MIGUEL y MAYORDOMO.- (Simultáneamente.) Le sugiero a la señora...

FERMÍN.- ¡Ustedes no van a sugerir nada! Voy a acompañar a la señora a la balastrada. Ustedes esperan aquí. Es una orden.

MIGUEL.- Sí, señor... **(Se cuadra.)**

MAYORDOMO.- (Igual.) Señor...

CARMENCITA.- No, no. No consiento tal rigor en momento como éste. **(Se acerca a ambos y los besa en las mejillas.)** Fermín, nada de castigos. **(Ellos sonrían, complacidos.)** Mañana, si quieres, puedes cesarlos.

(Lo ha dicho con perversa inocencia. Los aludidos muestran desamparo. Pero todos se unen pronto a un regocijo general. Ríen los seis.)

SECRETARIO.- (Que ha estado mirando de nuevo a través de la ventana.) Don Fermín, alarma, ha llegado ya el señor ministro de economía, señor Tacher, y señora. Y vienen acompañados del banquero Inocenti...

MIGUEL.- ...Y señora...

SECRETARIO.- ¡Qué hacer!

FERMÍN.- Por el momento, no ponernos más nerviosos aún.
(A CARMENCITA.) ¿Estás lista, querida?

CARMENCITA.- (Toma el brazo que le ofrece FERMÍN. Están ambos de espaldas al público y cara a la puerta del fondo. Agita su abanico.) Lista, amor mío. Cuando quieras.

(Se dirigen a la puerta. Todos les hacen una ligera reverencia, incluso ALBERTO, que hace esfuerzos por integrarse en la situación, por imitar a los demás. El SECRETARIO, una vez más, es quien franquea la puerta de los señores, que desaparecen tras ella. Expectación de los cuatro que permanecen en escena. Pero no han de aguardar demasiado. Desde el otro lado, tras el ventanal, la balaustrada y otras escaleras que en ese momento debe de estar descendiendo CARMENCITA, llega un aplauso cerrado, vítores entusiastas y bravos. Tras ellos, irreconocible, el rumor de los comentarios.)

SECRETARIO.- ¡Un éxito, un éxito! ¡Como siempre!

MIGUEL.- (Mira su reloj.) Este año ha durado más. Pasa como en la ópera o en los toros. Los divos y los matadores son cada vez más queridos por su público.

MAYORDOMO.- Y, si no, que se lo pregunten a usted.

MIGUEL.- (Renuncia a discutir más con PIQUERAS.) Mejor que se lo pregunten a Alberto.

MAYORDOMO.- Bah. Es un aficionado reciente.

ALBERTO.- No lo crea. Lo soy de hace tiempo. Pero la lejanía me ha impedido ver de cerca a mis cantantes favoritos. Por cierto, se me ocurre una manera de celebrar el próximo cumpleaños de Carmencita, ahora que Miguel ha hablado de divos y de ópera. Se podría hacer una ópera al aire libre.

SECRETARIO.- Excelente idea. Tenemos que sugerírselo a don Fermín.

MIGUEL.- Señores, por favor, no seamos absurdos. La fiesta de cumpleaños de doña Carmencita exige su único y exclusivo protagonismo. ¿Creen ustedes adecuado o correcto que, además, haya que admirar, escuchar y aplaudir a una orquesta, un director, unos cantantes, un director de escena, un figurinista...?

ALBERTO.- Es cierto. Pensaba en la época en que se encargaba un título operístico para celebrar las bodas de una reina. Pero has sabido verlo mejor que yo.

SECRETARIO.- (Ocupado en renovar las copas de champán.) Qué lástima. No sé, pienso que tal vez un espectáculo así realzaría a doña Carmencita. Igual que a una reina, sí...

(Se abre de nuevo la puerta del fondo y reaparece FERMÍN. Viene muy contento.)

FERMÍN.- (Ríe.) Bien, ya lo han oído ustedes.

MAYORDOMO.- Doña Carmencita es incomparable.

ALBERTO.- ¿Cómo es que vuelves? ¿No le haces los cumplidos a los invitados?

FERMÍN.- Me voy enseguida otra vez. Antes tenía algo importante que hacer aquí. Tiene que ver contigo.

ALBERTO.- ¿Conmigo?

FERMÍN.- Además, aún quedaba una botella de champán para beberla con los amigos. Por favor, Terán.

MIGUEL.- Enseguida.

(Abre otra botella de champán y sirve en nuevas copas traídas por el SECRETARIO.)

FERMÍN.- (Alza su copa.) Señores, no vamos a ser capaces de un brindis como el anterior. Pero creo que está en la mente de todos cuál va a ser el de ahora.

(Levanta su copa algo más, en invitación a que todos expresen su brindis, y así lo hacen.)

TODOS.- (Con decisión, de nuevo con énfasis y entusiasmo.) ¡Por doña Carmencita!

(Cada uno de ellos apura íntegramente su copa. Comentan: excelente, muy bueno, no podía ser menos, etc. etc.)

FERMÍN.- (Atrae a ALBERTO a un lado.) ¿Tienes un minuto para mí?

ALBERTO.- Claro.

FERMÍN.- Quiero proponerte algo. No sé si voy a molestarte o a ofenderte. O si va a ser algo inaceptable por tu vida allá, en Estados Unidos.

ALBERTO.- Tú dirás.

FERMÍN.- No soy muy amigo de circunloquios. Llevas sólo unas horas en esta casa, pero ya te has podido dar cuenta de lo más importante. No necesito darte detalles, ¿verdad que no? **(Lo ha dicho con gesto de significativa complicidad.)** Entonces, al grano. Como sabes, esta mañana ha habido un atentado sangriento en la finca.

(ALBERTO asiente.)

Pues bien, Alberto, en nombre de Carmencita y en el mío propio te propongo que aceptes un puesto vacante de jardinero en esta casa.

(Silencio. FERMÍN sonríe, invitador. ALBERTO recapacita, pondera, y acaba también por sonreír.)

Puedes pensártelo, pero no creo que eso vaya a cambiar mucho. Decídetes, y todos tranquilos. Especialmente Carmencita, claro está.

(Silencio, de nuevo. Se miran. Sonríen. Los otros tres conversan al fondo, mientras preparan una nueva botella de champán.)

ALBERTO.- Bueno. Eso supondría dejar la enseñanza en Estados Unidos, dejar la investigación, la vida académica...

FERMÍN.- ...Y que te integres en la vida real y radical. Ahora sí que serías tú y tu circunstancia.

ALBERTO.- El salario no sería muy elevado.

FERMÍN.- Lo lamento. Los jardineros sólo ganaron mucho en la época dorada de Versalles. Y tampoco eran jardineros de a pie.

ALBERTO.- No todo iban a ser ventajas. Pero algo me dice que no tengo más remedio que aceptar.

FERMÍN.- ¿Aceptas, entonces?

ALBERTO.- Claro que sí. ¿Cuándo empiezo?

FERMÍN.- Mañana descansas. Empiezas pasado mañana. ¿Puedo anunciarlo oficialmente a tus nuevos compañeros?

ALBERTO.- Preferiría que lo supiera Carmencita antes que nadie.

FERMÍN.- ¿Carmencita? Ella ya lo sabe.

ALBERTO.- ¿Cómo puede saberlo?

FERMÍN.- Porque la idea es suya.

ALBERTO.- La idea será suya, pero la decisión final ha sido mía.

FERMÍN.- ¿Tú crees? Tal vez. Pero puedo asegurarte que lo sabe.

ALBERTO.- Será que lo sospecha.

FERMÍN.- No, Alberto. Lo sabe. No merece la pena esperar toda la noche y tener a estos buenos compañeros al margen de tan importante noticia. Será la señal definitiva de tu entrada en la logia.

ALBERTO.- Está bien. Espero que también lo celebremos con champán.

FERMÍN.- Como verás, están preparando otra botella. Algo se han maliciado. Una última cosa antes de levantar la liebre. **(Le da un apretón de manos.)** Alberto, amigo mío, esta es la última vez que nos tuteamos.

ALBERTO.- Ah... Claro, lo comprendo. Ha durado poco.

FERMÍN.- Eso carece de importancia. Lo importante es lo que viene ahora. Por cierto, ¿sabías que te iba a proponer algo así?

ALBERTO.- No lo podía imaginar, pero...

FERMÍN.- ...Pero deseabas algo por el estilo.

ALBERTO.- Te confesaré -si ello no te sirve para disminuir mis retribuciones- que anhelaba algo semejante, sin que se me ocurriera en ningún momento la solución.

FERMÍN.- Yo, en cambio, como Carmencita, sabía que aceptarías.

ALBERTO.- ¿Cómo podías estar tan seguro?

FERMÍN.- ¿No aceptaron los demás? **(Mira su copa y la encuentra vacía. Al otro grupo.)** Señores, acaben de abrir esa botella, por favor. Aún hay algo que celebrar.

MAYORDOMO.- ¿De veras, don Fermín? **(A TERÁN.)** Los acontecimientos se precipitan y los resultados no se hacen esperar.

MIGUEL.- *Alea iacta est.* (**Descorcha la botella. Sirve las copas.**)

FERMÍN.- (**De nuevo proponiendo un brindis.**) Señores. Alberto Rubio, amigo de la familia desde el pasado, se incorpora al servicio de esta casa en calidad de jardinero, plaza que, como ustedes saben, dadas las desgraciadas circunstancias del atentado de hoy, estaba vacante desde esta mañana. Como brindis propongo la más calurosa de las bienvenidas.

TODOS.- (**Ante un gesto final de FERMÍN.**) ¡Bienvenido!
¡Bienvenido!

FERMÍN.- Señor Rubio, no necesito decirle que me hace usted feliz.

ALBERTO.- Don Fermín, en adelante cuenten su esposa y usted con las mejores rosas en el más bello de los jarrones.

FERMÍN.- Le agradezco sus palabras. Ahora, señores, he de ausentarme. Les dejo en compañía de su nuevo colega y voy a enfrentarme con las pesadas obligaciones que siempre acompañan, como la otra cara de la moneda y a modo de impuesto, a quienes pretenden hacer compatible el servicio a su país y la propia felicidad. Buenas noches.

(**El SECRETARIO abre la puerta y desaparece FERMÍN tras ella.**)

MAYORDOMO.- Aunque no lo crea, Rubio, por mi parte es usted bienvenido. Le dará un tono variado al paisaje de esta casa.

ALBERTO.- Se lo agradezco.

SECRETARIO.- Ha sido todo tan rápido. Pero en poco tiempo ha tenido usted un excelente aprendizaje. Por el momento, ya conoce los derechos anejos al puesto.

ALBERTO.- Espero irlos conociendo mejor.

MIGUEL.- (**Toma a ALBERTO del brazo. A los otros dos.**) Señores, les ruego me disculpen. Permítanme dos palabras a solas con mi antiguo gran amigo.

SECRETARIO.- No faltaría más.

(**Aparte, conversa con el MAYORDOMO.**)

MIGUEL.- (**Aparte ambos.**) ¿Por qué has aceptado? Te lo advertí.

ALBERTO.- Tú aceptaste un día.

MIGUEL.- Es distinto. Carmencita y yo hemos vivido juntos mucho tiempo. Ha sido mi mujer. Pero tú...

ALBERTO.- Y qué me dices de esos dos.

MIGUEL.- Están en otro mundo, en otro planeta...

ALBERTO.- Como tú. Tú vives en otro tiempo. En el pasado.

MIGUEL.- (**Dolido.**) Gracias.

ALBERTO.- Lo siento, Miguel. No quise herirte. Pero hay algo que me impulsa a heriros a vosotros tres. También quisiera herir a Fermín, pero él es... no sé cómo decirlo...

MIGUEL.- Él es la legitimidad.

ALBERTO.- Sí, eso es, la legitimidad. Lo cual es más problemático.

MIGUEL.- ¿Y Carmencita?

ALBERTO.- (**Decidido.**) Me quiere.

MIGUEL.- Claro que te quiere. Ya te dije que tuvieras cuidado.

ALBERTO.- (**Le mira, sonriendo sin comprender.**) ¿Y a ti?

MIGUEL.- También. No consigue olvidarme.

ALBERTO.- Tú tampoco. (**Se mira en un espejo. Se atusa, se ciñe la corbata, se corrige el cabello.**)

MIGUEL.- No sabía que te habías convertido en un coquetón. De modo que eres un asiduo de los espejos.

ALBERTO.- (Sale de su atención en el espejo.) Cómo dices... ¿Espejos? No lo creas. Al menos, no de los auténticos espejos, los de cristal, bruñidos y pulimentados. Creo que, como a todo el mundo, me gusta mirarme en ese espejo que es el otro, cuando consigo tenerlo en frente. Pero ahora, no sé por qué, necesitaba un espejo auténtico.

MIGUEL.- No sabes por qué. A estas alturas debes de saberlo ya.

ALBERTO.- Sí, la verdad es que creo saberlo. Tengo que darte la razón, ya que has insistido en ello desde el principio. O tal vez era yo quien insistía. Sí, quiero a Carmencita. La quiero. Eso es todo. Quizás necesitaba quererla tan sólo para mirarme en el espejo y arreglarme la corbata. Desde ahora, como tú, como el profesor, o como Piqueras, tendré que seguir queriéndola para poder mirarme de vez en cuando en el espejo.

(Beben de sus mediadas copas.)

Por cierto, ¿no íbamos a cantar todos juntos? No hemos cantando...

MIGUEL.- Ella sí ha cantado. Y aún hay tiempo, hay tiempo...

(En ese momento, sorprendiendo a los dos aislados grupos, suena de nuevo la fanfarria de antes. Se vuelven precipitadamente hacia el ventanal, cuyas cortinas están ahora corridas.)

SECRETARIO.- ¡Es el papa, el papa, que debe de estar llegando!

(Junto al ventanal, iluminadísimo, miran hacia el exterior. Al mismo tiempo, la luz del escenario disminuye lentamente hasta el oscuro final de la escena.)

¡Miren, miren! ¡Allí! ¡Qué hermosa está doña Carmencita esta noche!

(De espaldas al público, los cuatro miran hacia el exterior. La oscuridad es ya completa en el comedor. Queda la iluminación exterior. Permanece la fanfarria, mas al cabo de unos instantes se le sobrepone una voz, que la hace desaparecer a medida que se impone. Es la voz de CARMENCITA. El grupo permanece cara al ventanal, inmóvil.)

CARMENCITA.- (Off.) Querido, queridísimo. Por fin he conseguido averiguar tu paradero. Por fin consigo saber de ti. Por fin puedo escribirte y no voy a dejar de hacerlo. ¿Sabes? Vamos a celebrar mi cumpleaños y nos gustaría...

(La voz se ha ido diluyendo también. Se impone, poco a poco, otro fragmento musical, 5. 3¹⁰. Aún permanece la iluminación exterior al ventanal sobre el que se destacan, inmóviles, las cuatro siluetas. Al cabo, poco a poco, también se desvanece. Concluye así la comedia.)

FIN

¹⁰ 5.3 Crescendo de la obertura de La cenerentola, de Rossini.